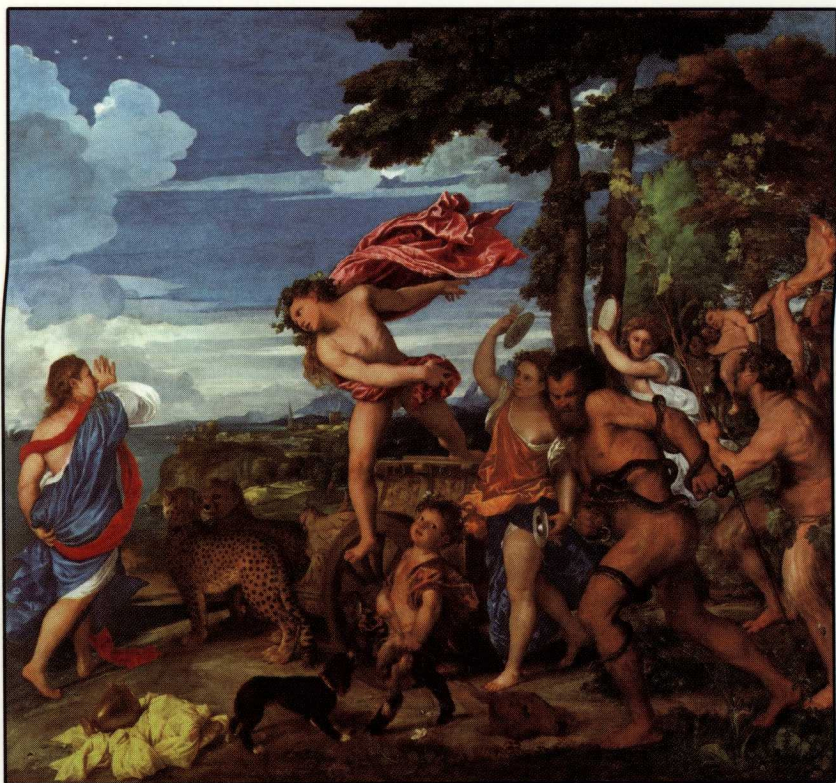


TESORO DE VARIAS POESIAS

Pedro de Padilla

Versión y prólogo de Virgilio López Lemus

Tomo I



Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México, 2006

esoro de varias poesías

Pedro de Padilla
Tomo I

Versión actualizada, prólogo
y notas de Virgilio López Lemus

21



Pablo de la Torre
Editorial

Versión actualizada: Virgilio López Lemus

Revisión técnica: Mayra Hernández Menéndez y Virgilio López Lemus

© 2006 Pablo de la Torre Editorial

© 2006 Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

Edición: Mayra Hernández Menéndez

Diseño de cubierta: Daniel Gutiérrez Pedreiro

Diseño interior: Lilia Álvarez Pérez

Ilustración de cubierta: Bacco ed Arianna, Tiziano Vecellio, Italiano (1477 - 1576).

Diagramación: Mayra Renté Reyes

Composición digital: Thais Estrada Salazar

ISBN: 959-259-182-2

PRÓLOGO AL *TESORO* DE PADILLA

...que los sueños sueños son.

PEDRO DE PADILLA

*...menester es que este libro se escarde y limpie
de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene.*

El Cura, en *El Ingenioso Hidalgo
don Quijote de la Mancha*

MIGUEL DE CERVANTES

Miguel de Cervantes Saavedra salva de la pira inquisitorial del Cura y del Barbero —y es el Cura quien lo hace— al *Tesoro de varias poesías*, de Pedro de Padilla, no sin dejar dicho que en tan voluminoso conjunto poético hay «bajezas» junto a «grandezas», que es decir que hay mucha paja ligada con el grano. La orden es sin apelaciones: «Como ellas no fueran tantas [...], fueran más estimadas. [...] Guárdese, porque el autor es amigo mío, y por res-

peto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito.»¹ La amistad, que apaña al libro, no hace ciego al Cervantes crítico literario, quien ofrece el reparo más fuerte de su tiempo, en la coetaneidad del vasto poemario de Padilla. El aserto cervantino sigue vigente, y ofrece un justo equilibrio ante otras referencias a Padilla en la obra de Cervantes, ya mediante poemas laudatorios al frente de textos en los que el autor de *El Quijote* no frena sus elogios, o por menciones encomiásticas directas, como la que regala en tres versos del «Canto de Calíope»: «todo cuanto yo miro, escucho y leo / del celebrado Pedro de Padilla / me causa nuevo gusto y maravilla».

Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Vicente Espinel, los hermanos Argensola y otros coetáneos, no escatimaron elogios para el «insigne», «sabio», «ilustre» Pedro de Padilla, si bien alguno lanzó su cuchufleta ante el volumen enorme de la obra de este autor, en especial este *Tesoro*, que para Baltazar del Alcázar se convierte en redondilla sonriente: «Padilla, ved qué gran mal: / El libro de vuestra mano / unos le llaman liviano / y otros, que pesa un quintal.» Lo de «liviano» tal vez se refiere al contenido ligero y amatorio de todo el libro; el lector contemporáneo que tenga esta edición en sus manos, podrá experimentar el peso real, si bien no ha de llegar al «quintal».² Pero Vicente Espinel justiprecia más al poeta en sus *Diversas rimas* (1691), cuando a él se refiere con

¹ Cit., Aurelio Valladares Reguero, *El poeta linarense Pedro de Padilla. Estudio bibliográfico y crítico*, Jaén/Úbeda, UNED [199?], tomada de Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras completas*, edic. de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1980, t. I, p. 895; otras citas cervantinas de igual libro en pp. 327-328.

² Recuérdese que un quintal equivale a 46 kilogramos. Es una unidad de medida tradicional española que se extendió a las colonias de América, en muchas de las cuales, ya convertidas en naciones independientes, se conservó por encima del sistema métrico decimal. Proviene del árabe *quintar*.

subido encomio: «Es Padilla de ingenio peregrino / que vuelve lo divino, a lo divino.»³

Los poetas de la finisecularidad del xvi, que no tuvieron vigencia o arraigo creativo en al menos las tres primeras décadas del siglo siguiente, el llamado de Oro, fueron casi arrasados por los grandes nombres de la literatura española de los tiempos barrocos: Miguel de Cervantes, Lope de Vega, don Luis de Góngora, Francisco de Quevedo, Tirso de Molina, Calderón de la Barca... Algunos de ellos habían comenzado a escribir y a editar sus obras en las décadas de 1580 y 1590, pero hay que considerar que sus ámbitos de gran creación y de enorme influencia sobre el idioma, se desarrollaron sobre todo entre 1600 y 1640. Para entonces, algunos poetas del siglo xvi tenían asiento asegurado en la gloria española, tales Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, y poco después fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila (sobre todo por sus obras en prosa), Hurtado de Mendoza y algunos otros, que formaban una nominación secular muy destacada; pero los finiseculares apenas iban a dejar una huella más perecedera, no siempre precisamente por razones cualitativas, pues salvo don Vicente Martínez Espinel (más que nada por el asunto de la discutida «invención» de la décima espinela), los demás casi se esfumaron, a pesar de haber sido muy famosos y reconocidos en su tiempo.

Así ocurrió con el que era entonces grande Pedro de Padilla, de quien no sabemos en qué año exactamente nació en el pueblo andaluz de Linares, quizás entre 1540 y 1550, ni cuándo falleció, tal vez sobre 1600; sus verdaderos apellidos parecen haber sido Hernández, que usaba su madre, y probablemente López, por su

³ Cit. Aurelio Valladares Reguero, *op. cit.*, p. 65; cit. procedente de la edición de *Diversas rimas*, de Dorothy Clotelle Clarke, New York, Hispanic Institute, 1956, p. 90. La anterior cita de Alcázar proviene de la misma fuente de Valladares Reguero, p. 68.

padre. Su biografía cierta se limita hoy a unos pocos datos, referidos a sus libros o a su condición de sacerdote carmelita. Padilla había tenido su auge editorial en la década de 1580, cuando aparece ese mismo año el presente *Tesoro de varias poesías*, que alcanzó al menos otras dos ediciones conocidas en 1587 y 1589, y del que dice bien Aurelio Valladares Reguero que, pese a las críticas que cosechó, «resulta un poco extraño [que] fue el único autor que conoció tres ediciones en vida del mismo [libro]». ⁴ En los años intermedios y aun finalizando la década de 1580, aparecieron otras colectáneas líricas suyas, como el aludido *Cancionero de poesías varias*, del cual los eruditos tienen la certeza de que contenga un buen porcentaje de poemas suyos. En 1582 publicó las *Églogas pastoriles*, y en 1583 imprimió su *Romancero*. Así pues, cuando Espinel reunía sus *Diversas rimas* (1591), ya Padilla era un poeta de los cimeros de la finisecularidad; no resultaba raro que desarrollase a la sazón una fuerte amistad con Miguel de Cervantes, coincidiendo con él no solo en espacio y tiempo, sino también por algunos datos semejantes de sus respectivas biografías, como el servicio militar y las estancias en Italia. Hay que advertir que Padilla fue una suerte de puente intergeneracional entre los grupos del propio Cervantes y del mucho más joven Lope de Vega, y que sostuvo muy diáfana relación con sus mayores Espinel, Figueroa (*el Divino*) y Diego Hurtado de Mendoza. Habría que decir que ese carácter de puente se extiende entre el Renacimiento y el Barroco, y su desarrollo puede relacionarse con el Manierismo, aunque quizás menos en *Tesoro de varias poesías*, que es un extenso libro de amor, de francas fuentes renacentistas.

Los muy pocos datos de su vida lo señalan como bachiller en 1564 y como estudiante universitario en 1572 en Alcalá de

⁴ *Op. cit.*, p. 69.

Henares; sobre 1573 marchó a Flandes e Italia reclutado en el ejército, y ya en 1575 presuntamente residía en Madrid, donde obtuvo en 1579 permiso para imprimir *Tesoro de varias poesías*. Padilla tuvo una activa vida como intelectual y luego como religioso; en 1583 ingresó en el convento del Carmelo y tomó los hábitos en 1585, año en que editó su *Jardín espiritual*, o asimismo *Ramillete de flores espirituales, recogido de católicos y graves autores*. En 1587 publicó *Grandezas y excelencias de la Virgen Señora nuestra*, dedicada a la Infanta Margarita de Austria, profesa en las Descalzas de Madrid. El *Ramillete* tuvo algunos incidentes ideológicos con la Inquisición, que mandó retirarlo de circulación, censurado por razones de igual quilate que la siguiente: afirmaba Padilla que el evangelio es más excelente que la epístola, en tanto el censor decía que eso no puede ser, porque en ambos casos es el mismo espíritu el que habla.

Es extraño que a tan activa y prolífica vida de escrituras y ediciones siga una década, al final de su vida, de relativo silencio, quizás porque asumió un retiro espiritual, o porque se enfermó, o porque escribió y su papelería quedó o bien dispersa o no se conservó, por algún desencanto o desengaño, por razones de la disciplina de su profesión de fe, u otras causas, que ya no pueden ser más que mera especulación. Consta, sin embargo, que editó en los años de 1590 varias traducciones, por lo que su labor literaria pudo no estar detenida. Él mismo, citado por Labrador Herráiz y DiFranco, advierte sobre 1597: «[...] haber muchos años puesto en entredicho a todas las empresas de Poesía (cuando no fuesen cosas celestiales o divinas)».⁵ Parece que también en los finales del siglo xvi, Padilla asumió funciones de censor, con aprobacio-

⁵ Cf. José J. Labrador Herráiz y Ralph A. DiFranco, editores, *Cancionero de poesías varias*, prólogo de Samuel G. Armistead, Madrid, Visor Libros, 1994.

nes de obras de Lope de Vega, Henrique Garces, Miguel Martínez Leyva y Alonso de Ledesma, de quien es el último libro en el cual aparece el nombre de Padilla en agosto de 1600, año en que se supone falleció.

El círculo de sus amigos de los años setenta y ochenta había crecido en torno al maestro Juan López de Hoyos, y reunía nada menos que una lista de ilustres, formada por Luis Barahona de Soto, Miguel de Cervantes, Vicente Martínez Espinel, Félix Lope de Vega Carpio, Gabriel (Juan) López Maldonado, Pedro Laínez, Juan de Vergara, Pedro Liñán de Riaza, Hernando de Acuña, entre otros, y eran asimismo de su amistad el censor Antonio Gómez de Eraso, Alonso de Ercilla, el Divino Figueroa, Juan Rufo, Gabriel Lasso de la Vega, *et al.* Padilla falleció entre los 50 y 60 años de edad, no pudo adentrarse en el siglo XVII, y su obra fue sepultada por el aluvión creativo de aquel nuevo siglo dorado. Quizás las propias dimensiones de *Tesoro de varias poesías* desalentaron a los editores póstumos, pero de cualquier modo, el nombre de Pedro de Padilla no aparece en numerosas antologías de la lírica española, ni muchas selecciones de sus poemas han alcanzado ediciones postreras.

Así, este poeta se iba convirtiendo en un inexplorado, con la sombra del olvido penetrándolo más. No es cierto que la poesía escrita sea *inmortal, imperecedera*, que la fama corone «eternamente» a los mortales que la escriben; ella es también temporal, hija del tiempo y de las circunstancias. Un libro como *Tesoro de varias poesías*, casi monotemático y enorme, consagrado a la poesía de amor al modo propio del siglo XVI,⁶ no parece que resultara simpático para la reimpresión en los tiempos postreros, sobre todo

⁶ Algunos pocos poemas no son de tema amoroso o erótico, como es el caso de la «Disputa entre Él y Tú», «Pronóstico del cometa que se vio el año de 1577» e incluso las «Redondillas a una vieja que se cansaba mucho que un galán visitase a su ama».

porque el autor no penetró ampliamente en los temas existenciales, en los juegos de equívocos del Barroco, o en poemas de diversos intereses humanos.

En el «Estudio preliminar» del grueso volumen *Cancionero de poesías varias*, Labrador Herráiz y DiFranco afirman que Padilla «no figura entre los mejores en cuanto a mantener un constante grado de alta inspiración», entre los poetas de su generación, pero «sí puede considerarse el poeta más prolífico de todos ellos».⁷ No cabe duda. Apréciense solo las dimensiones de *Tesoro de varias poesías*, y piénsese que en la propia década publicó otros cinco conjuntos, algunos también extensos. En el orden cuantitativo, solo lo superaría entre sus amigos el más joven Lope de Vega, quien le sobrevivió por unos veinticinco o treinta años. Sin embargo, en esa extensa suma de versos no hay algún poema que sobresalga inequívocamente y lo fije como un autor ineludible en cualquier antología lírica, lo que conspiró también, probablemente, contra su fama postrera.

Aurelio Valladares Reguero publicó el libro hasta ahora capital para la comprensión total de este poeta andaluz. Con *El poeta linarense Pedro de Padilla*, obra que debe de haber salido de imprenta en la década de 1990, se produjo entonces su mejor recuperación filológica, por lo que ahora deberían de aparecer diversas ediciones de sus versos y se halla preparado el terreno para una edición crítica. Valladares Reguero afirma que muchas veces los autores de «segunda fila» dan mejor el tono de la época que sus grandes figuras, y piensa que Padilla, con su extensa obra, es sin dudas un punto de mira sumamente importante para la finisecularidad postrenacentista, manierista, prebarroca del siglo XVI, cuando en verdad comenzaba el afamado Siglo de Oro.

⁷ *Op. cit.*, p. lviii.

Sin embargo, me gustaría hallar en la obra *padillesca* algo más que ese punto referativo epocal, y hacer ver que ella misma aún ofrece aristas de goce estético, que muchos de sus poemas poseen sustancia lírica y gracia expresiva suficientes como para detenernos a leerlos con el sentido último de la obra literaria: el placer de la lectura.

El amor, tema universal si alguno hay (como la muerte, la existencia y sus por qué, para qué y hacia dónde del destino humano...), alcanza simpatía transepocal, y más allá de saber cómo se amaban zagalas y zagales de antaño, parece grato ver que en última cuenta lo hacían de manera similar a como lo ejercemos hoy. Los dos orbes más socorridos en el amplio libro, son los de los amores pastoriles y de la morería. El amor pastoril se advierte en la doble expresión de amores desdichados (amo a quien no me ama) y el culto a la dama (que es la más bella, de una belleza «que nunca tuvo igual»), como asimismo ya vimos en *El Quijote*, y era tradicional en la poesía de inspiración petrarquista, de moda en el siglo XVI. Bien dejaron dicho Labrador Herráiz y DiFranco, que Padilla logró sacar el asunto pastoril de la idealización precedente, para situarlo al mismo nivel que los amores cortesanos de su tiempo. Entre los moros, el amor se desarrolla con incidentes heroicos, peleas por la dama, y el asunto de la cautividad (moras cautivas de cristianos o cristianas cautivas de moros) abre sus alas, para ofrecer algunos de los mejores textos. El lugar común o punto recurrente entre tales dos orbes amatorios, resulta ser el amor a mujer bella, incomparable, idealizada, pero también el constante equívoco de amar a quien no nos ama, siendo entonces ella mujer de corazón de piedra, mármreo, propio de fiera y no de dama.

El otro aspecto compartido, o co-tema del libro, es la muerte, pues en la inmensa mayoría de los poemas el amante muere, quiere morir, se deja morir o amenaza con suicidio y hasta lo realiza,

ante la dura esquividad de la amada. Eros/tanatos dicta la suerte de sentencia de que si falta la amada, viene la muerte. Y aun en el puro goce del amor correspondido, los amantes sienten que amar los conduce a la muerte. Morir por amor es una honra («Que el que bien amado muere / muy honrado fin alcanza»), un fin de la *areté* epocal; o sea, resulta ser uno de los paradigmas sociales del individuo, por supuesto sobre todo del hombre, que es quien tiene a su cargo el lado de la acción, en tanto la dama acepta o niega sus favores. Ciertamente que el tema no es novedad de Padilla, y que la época del Barroco sublimará aún más esa relación entre el amor y la muerte (recuérdense en los sonetos de Quevedo, por ejemplo, o más tarde en Calderón de la Barca, hasta entrado ya el siglo con sor Juana Inés de la Cruz), pero en *Tesoro de varias poesías*, dada su propia extensión, la relación eros/tanatos ocupa rango mayoritario.⁸

La fuerte presencia de la mitología griega en el libro, tampoco es algo exclusivo de la obra de Padilla, por supuesto. La revolución italianizante de la lírica española, protagonizada en principio por Boscán y Garcilaso, siete u ocho décadas antes del período lírico padillesco, no consiste solo en imponer el endecasílabo y la poesía «al itálico modo», sino también en numerosos asuntos temáticos y recursos literarios diversos, entre ellos ese de aparecer dríades y diosas entre pastores, o que la amada se parezca a Juno o a Venus/Afrodita, y que el galán se compare con dioses o semidioses... Alguna dama es tan bella, que el amante quisiera poder hacer como Júpiter: «[...]de toro / tomando forma», para engañar y raptar a Europa, o convertirse en lluvia de oro para cubrir a la amada que semeja o supera en belleza a la propia Danae.

⁸ Véase las singulares excepciones de esta relación amor/muerte, en las «Estancias desvaneciéndose de una dama», pues cuando ella ofrece sus negativas a los requiebros del amante, este expresa: «de cuantas viere pienso enamorarme / por no perder el tiempo y el sentido», ni, por supuesto, la vida.

En Padilla, sin embargo, el asunto mitológico no suele alcanzar a ser centro de tema (como podría verse luego en Góngora), y en muchas ocasiones se limita a ser adorno, medio de comparación, símil. La frecuente presencia del mito de Narciso o la mención reiterada del personaje central de tal mito y de Eco, puede ser considerado como una marca estilística del autor.⁹

Otros elementos singulares del amor cantado por Padilla son el rebajamiento total del amante ante la amada y el sentido de libertad/cautiverio que se halla en los lazos del amor. El primero aparece con más frecuencia entre los amantes del bosque, cuando el amado se declara «grosero / pobre y de poco valor» («Carta en redondillas»). Como el amor es fuente de dolor, llanto, desconuelo y de dulce infelicidad, quien a él se entrega, no tiene remedio sino en el amor mismo, el poeta lo dice: «ando tan enamorado / como Narciso de sí», pues el amor es algo más que la búsqueda de un *alter ego* femenino: resulta un duelo, un acto heroico, una actividad propia de caballero, y el amor por la dama es un acto de autocomplacencia y de honor; un caballero debe amar, como herencia del Medioevo, y ese amor contribuye a su identidad. Pero muchas veces el amante es un cautivo, en tanto que otras se ama a una mujer prisionera, a la que hay que rescatar de las manos de moros. El amor se torna entonces (y la amada con él) una suerte de Santo Grial, de búsqueda de liberación de la Tierra Santa, un acto de conquista. La libertad aparece en dos dimensiones: 1) el rescate a la cautiva conduce a la libertad material y objetiva, 2) la liberación es espiritual cuando el hombre cautivo por el amor de una mujer, logra la realización amorosa. Las sagas de los amores

⁹ A modo de curiosidad, advierto las cercanías expresivas y la similar intención poética existente entre los «Tercetos en que se pinta la música» y la «Ensaladilla pastoril de una baila y un bateo», de Padilla, con la segunda parte del importante poema *Faz* (1955), del poeta cubano Samuel Feijóo.

entre Melisenda y Gaiferos, por ejemplo, están saturadas del amor gentil, de la lucha por el amor, de la conquista y de la propia batalla para el mutuo rescate del ser cautivo: él de ella, ella de los moros.

¿Cuánto de medieval queda en la España recién salida de su propio Renacimiento, no tan intenso como el itálico, y que no ha realizado una profunda revolución/renovación económica, que inspire una no menos honda transformación ideológica, espiritual? Estos poemas de amor muestran de manera tangencial el pensamiento y la identidad panhispánica, o al menos castellana, de su tiempo, aun en la memoria la Reconquista y el Descubrimiento, con dos siglos de Colonización, con la dependencia de las riquezas que llegan de las colonias americanas, y que en esencia pasan, no se quedan para elevar el ámbito humano (lo que hoy llamamos confort) de los españoles, sino que sigue, como es sabido, la ruta del norte europeo. La forma como se expresa el amor (caballeresco, clasista, pleno del modo de pensar de su tiempo) en *Tesoro de varias poesías*, indica de paso, pero intensamente, el modo de vida español de su tiempo, y las ideas rectoras de una metrópoli sumida en contradicciones de todo género, que acarrearán las crisis del siglo XVII.

Hay poemas de bellezas singulares, antológicos incluso, aun cuando no hayan sido tenidos por tales en las mejores colectáneas de la poesía española; tal es el caso de la «Elegía en tercetos de un amor desesperado», o la magnífica estampa que es el no poco petrarquista «Retrato en estancias» y hasta el bello «Soneto» sobre el penar y la pena del enamorado, cuyo verso inicial es: «Siéntome de mi pena tan penado». Pero quisiera detenerme en un amorío cantado en el libro de una manera muy singular, y que debe ser uno de los primeros textos que cantase al amor de un peninsular, por supuesto «blanco», por una mujer negra. Este poema está en la raíz de la llamada «poesía mulata», que habría de

verse en el siglo xx en el área natural de cruces étnicos que fue el Caribe. Poco después de Padilla, Góngora se acercaría al «lenguaje de negros» como estampa pintoresca, y asimismo lo harán otros autores del Barroco, entre ellos de manera magistral, y ya desde América, sor Juana Inés de la Cruz.¹⁰ La «Carta en redondillas a una mujer morena» es una de las obras singulares de Padilla, motivado el poema por la unión interracial (moros y cristianos, pero ahora africana esclava o libre con peninsular a quien no le importa el color de la piel, o lo prefiere), en el que se llega a hablar de «negra horra», «esclava» y otros asuntos propios del nacimiento de la esclavitud africana, que en los próximos siglos habría de ser un factor de conformación identitaria en casi todo el Nuevo Mundo. Padilla se opone al racismo con versos en los que declara: «que la morena color / es honesta y es galana», y sigue con un comentario simpático y vigente aun para nuestros días: «pues basta esa colorcilla / a tornar a un hombre loco». Se trata de uno de los primeros poemas de amor interracial sin ambages en la poesía de lengua española, donde no se entra en contradicción directa con la condición de esclava que puede tener una mujer negra, aunque a esta, a la mujer morena a la que se canta, se le rinde tanta pleitesía y se le corresponde como a cualesquiera otras de la mujeres «servidas» por zagales, galanes, héroes o sencillamente enamorados de sus tiempo: «Porque el bien

¹⁰ Don Luis de Góngora decía por 1609 en la fiesta del Santísimo Sacramento: »Zambambú, morenica de Congo, / zambambú. / Vamo a la sagraria, prima, / zambambú», en un diálogo de una Juana y una Clara que obligó a los futuros compiladores a poner una nota al pie: «Versos en español de negros». Son algunos de los primeros «personajes» negros de la lírica de lengua española, seguidos casi de inmediato por la «Loa sacramental» de 1639, obra de la poetisa doña Ana Caro de Mallén, uno de cuyos «personajes» es un negro que deja bien dicho «y aunque negla, gente samo». Saltamos todo el Atlántico y, por 1676, escuchamos a sor Juana Inés de la Cruz entonando el Villancico VIII: «—Aunque neglo, blanco / somo, lela, lela, / que il alma rivota / blanca sá, no prieta. / —¡Diga, diga, diga! / ¡Zambio, lela, lela!»

sois de mi vida,/ y aunque hay negras entonadas / buenas para ser mandadas,/ lo sois para ser servida.» Es muy interesante cómo se particulariza en la mujer amada, diferenciándola de otras buenas para servir (sirvienta, esclava), en tanto la fuerza del amor redime al cuerpo oscuro al grado de ser *servida*, según el sentido galante que para la época tiene tal expresión. Es asimismo interesante, como nota adicional, el evidente hecho que subraya Valladares Reguero, de cierto contraste entre el ideal de belleza femenina, dable por la mujer de cabellos rubios, y la presencia creciente de mujeres morenas o de cabellera negra, a lo largo del libro.

En la poesía de tema pastoril, hay un sentimiento prerromántico cuando el pastor amante observa en el mundo que le rodea, en la naturaleza, los signos de su amor, el estado de su propio ánimo, y la naturaleza le responde acentuando su dolor, lo que es visible en las «Liras de un pastor enamorado y desfavorecido»:

*Y vosotros, collados,
llenos de verdes árboles floridos
de mi mal lastimados,
y a veces ofendidos
con mis suspiros tristes encendidos [...]*

En un libro tan extenso, parece natural que el poeta registre todos los lances de amor que podía advertir en su tiempo, desde la idealización hasta la entrega material, desde la realización plena (que está en minoría entre los poemas) hasta el amor desdichado, no correspondido, separado por la muerte o el cautiverio... El amor es así también un medio para expresar el ideal (o los ideales) de la época, una suerte de *areté* que domina al hombre, o un sistema de conducta, un modelo a seguir; bien puede ello mostrar cómo el llamado «tema eterno» es sumamente temporal en sus modos de realización o en sus formas de sentirlo.

El libro de Padilla presenta rasgos formales que deben ser distinguidos. Si bien hay una suerte de censo, conteo o aplicación de los asuntos métricos y estróficos de su tiempo, debe advertirse también la característica pugna de su siglo entre la tradición (el octosílabo sobre todo, las formas clásicas de los cancioneros y de la poesía castellana) y la innovación o ruptura (la poesía italianizante, el endecasílabo y las canciones en sonetos, tercetos y estancias). Las tradicionales coplas, los villancicos y las redondillas se unen a estancias de fórmula versal ABABABCC o liras aBabB y otras variantes; aunque Padilla trata de no hacer monótono por la forma su libro casi exclusivamente monotemático, la constante sucesión de fórmulas poemáticas parecidas en casi mil páginas (seguramente más de veinte mil versos) ofrece cansancio al lector, que debe tomarlo y dejarlo y retomarlo en la lectura estudiosa o de placer. Hay que tener en cuenta asimismo las que hoy podemos ver como francas «imperfecciones», que consisten en la presencia de versos «cortos» o «largos» (heptasílabos o eneasílabos en poemas de dominio octosilábico, o lo mismo con otros metros en abierta hipermetría) y hasta rupturas de ritmos por usar diversos tipos de endecasílabos mezclados, más allá del recurso del endecasílabo mixto; o también fallas diversas en la rima, o rimas arcaicas (pero comunes en sus tiempo) que nos obligan a dejarlas tal cual, para no destruirlas.

No parece que fuese un autor perfeccionista, y sí un rimador fácil, alguien a quien el verso, hablar en versos o versificar de manera improvisada, se le podía dar con largueza. No obstante, Padilla respetaba, cultivaba y discernía los valores estéticos de su tiempo, era un hombre culto, conocedor de su sistema expresivo, un evidente lector de poesía que dejaba filtrar las influencias de sus antecesores y coetáneos en sus propios poemas. Su poética, o mejor dicho, su *concepto de la poesía* radicaba en los temas tratados, del humano mundo (el propio amor) y de lo divino (otros

libros suyos consagrados a la profesión de fe o a la Virgen), sin que Padilla se preocupase mucho por la teoría de la versificación o por cuestiones estéticas que luego habrán de verse en poetas como los Argensola, Lope, Calderón, *et al.* Como dice Valladares Reguero: «La estima de que gozó Pedro de Padilla entre sus contemporáneos queda corroborada por la extraordinaria difusión de sus obras, circunstancia poco común en la poesía de su tiempo.»¹¹ Pero también: «La estimación de su figura literaria muy pronto empezó a decaer, convirtiéndolo en un autor de segunda fila que ha ido deambulando a lo largo de estos cuatro siglos en una más discreta posición dentro del panorama literario español.»¹²

Hoy siguen los estudiosos lamentándose de las carencias de tratados serios y densos sobre su obra, incluso a pesar del muy completo libro del autor antes citado, pero tal asunto no hace de Padilla, como bien dice el propio Valladares Reguero, «un poeta desconocido», unas veces por su relación de amistad con Cervantes y otras por estudios más detenidos del inicio mismo del Siglo de Oro. El «desconocimiento» en todo caso consiste en olvido o preferencia por otros autores anteriores o posteriores, que han relegado a Padilla a un segundo plano, a una figura de segunda fila, lo cual quizás es profundamente injusto. Si algunas historias de la literatura española lo ignoran, o pasan sobre su nombre con demasiada rapidez, otras, sin embargo, y algunas pocas antologías poéticas, son más deferentes con el autor del *Tesoro*. El siglo xx vio una mayor cantidad de aproximaciones a su vida y obra que los siglos xvii al xix, y quizás el xxi sea el de su completa recuperación como uno de los poetas capitales del xvi hispánico.

No es este el espacio para realizar una labor de exégesis de su obra global, pero al menos cabe recordar sus obras principales,

¹¹ *Op. cit.*, p. 79.

¹² *Ibíd.*, p. 83.

cuyas menciones al principio de este prólogo no obstan para en algunos casos repetirlas aquí. La primera de la cual se da noticia es el *Romance de don Manuel glosado por Padilla* (1576), aunque su inicial obra realmente de mérito, a considerar como su primer libro, es el *Tesoro de varias poesías*, aquí reproducido, y que ya se le han indicado tres ediciones: 1580, 1587 y 1589 (de esta última se discute su existencia, pues no se conserva ejemplar alguno).¹³ Seguimos aquí la edición de 1580, que, como bien señala Valladares Reguero, debe poseer el ordenamiento preciso de la voluntad de Padilla, aunque los eruditos han señalado la repetición de dos poemas en ella (que respetamos, o sea, no retiramos ninguno),¹⁴ y errores de foliación original que sí rectificamos. La edición de 1587 agrupa de modo diferente los textos, según su tipo de composición: canciones, coplas, glosas, octavas, tercetos, liras, villancicos, sonetos, romances y ensaladillas.¹⁵ Sigue en la serie de sus obras el *Romancero de Pedro de Padilla*, de 1583 (reeditado en 1880 por la Sociedad de Bibliófilos Es-

¹³ Debo a Olga Vega, especialista de la Biblioteca Nacional José Martí, en La Habana, la documentación bibliográfica fundamental de la obra de Padilla; ella fijó las dos ediciones básicas de *Tesoro de varias poesías* como las siguientes: En Madrid: En casa de Francisco Sánchez: A costa de Blas de Robles, 1580//8 hoj. + 482 fol.; 4º. La segunda: En Madrid: por Querino Gerardo: a costa de Blas de Robles, 1587. // [8], 468, [8] h.; 8º. Debo otras informaciones bibliográficas también a esta especialista, y los libros de Valladares Reguero: *El poeta linarense Pedro de Padilla*, y de Labrador Herráiz y DiFranco: *Cancionero de poesías varias*; asimismo a Fredo Arias de la Canal, alma y trasfondo del apoyo material de esta edición realizada a propuesta suya, quien aportó su propio volumen *Décimas reales, coplas y octavas de Pedro de Padilla*.

¹⁴ Los textos repetidos son la glosa del verso «Mas quien tendrá las riendas al deseo», cuyo primer verso dice: «Quien merece gozar el bien de veros» (eliminado en la edición de 1587); y asimismo el Villancico de primer verso: «Entro por los ojos míos» (repetición reiterada en la edición posterior).

¹⁵ Tanto en el estudio de Labrador Herráiz y DiFranco, como en el de Valladares Reguero, hay listados cuantitativos de tales tipos de composiciones y abierta comparación entre las dos ediciones referenciales. El segundo autor citado verifica la exclusión de nueve poemas en la edición de 1587 y la inclusión de un romance que no aparecía en la de 1580.

pañoles); el *Jardín espiritual*, de 1585; *Grandezas y excelencias de la Virgen Señora nuestra*, de 1587; y del antes aludido *Ramillete de flores espirituales, recogido de católicos y graves autores*, de 1585, del que no se conservó ejemplar, al haber sido confiscado por la Inquisición en su momento.

Cuánta apertura formal y cuánta diferencia del modo de tratamientos temáticos puede hallarse en el *Tesoro*. La influencia que este libro con tres ediciones tendría sobre los poetas barrocos posteriores, y sobre algunos que ya le eran contemporáneos, puede ser enorme, y requiere un tratado erudito de literatura comparada, puesto que Padilla no fue un autor de paso o ignorado, ni tampoco sus libros, en especial este *Tesoro*, son labores de continuidad tradicional, sino más bien reelaboración de la tradición de la poesía castellana y asunción ya desde el hecho natural de los nuevos modos surgidos de la influencia de la lírica italiana en la primera mitad del siglo XVI.

Si de preferencias se tratara, me gusta más el Padilla tradicionalista, el de los villancicos y las coplas; sus redondillas (incluso cuando llama así a las quintillas) son de una frescura y goce estético capaces de rebasar el limitado tiempo de su escritura, y presentan para el lector de hoy un valor de simpatía mucho mayor que la seriedad de fondo que puede advertirse en el tratamiento de los modos itálicos, ya por entonces incorporados al devenir poético de la lengua castellana. Padilla fue asimismo un destacado cultor del romance; a veces pasa de un poema en estancias endecasilábicas a comentarios o continuaciones del asunto tratado, mediante el empleo del romance, que le da fluidez a la historia y no atasca al lector en un cuento de poca intensidad poética por la forma elegida. Queda para una edición revisada o crítica, determinar de quiénes son los versos glosados que el autor significa como «ajenos», algunos de Boscán y Garcilaso, otros de la tradición popular hispánica, o, incluso, de fuentes probablemente italianas.

Es también curioso que fuese un cultor de la ironía, la sátira, la burla que luego se verá intensamente en Quevedo, entre otros grandes e incluso medianos autores del Barroco. Padilla no era un poeta de mirada pasiva, y aun decidiendo su vida por el oficio religioso, convirtiéndose en un riguroso carmelita, advertimos el flujo de la vida en su obra, no siempre con afeites, a veces rudamente, con cierta sorna y sin graves sobresaltos o impugnaciones al «pecado» del relajamiento de las costumbres. Si bien el tono religioso y la adustez han de predominar en sus obras posteriores, en especial a las de fines de canto lírico a asuntos de la fe o de la Virgen, en *Tesoro de varias poesías* hay una fiesta del amor de la pareja, no exaltación orgiástica, sino refinada expresión de los ideales cortesanos en materia erótica. En el análisis no solo de la poesía, sino también de la vida espiritual del siglo XVI, sería un grave error ignorar a Pedro de Padilla, voz realmente insigne de la finisecularidad.

VIRGILIO LÓPEZ LEMUS

Investigador Titular del Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana

Profesor Titular Adjunto de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana

Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba

La Habana, enero, 2006

NOTA PREVIA: CRITERIO EDITORIAL

Esta edición se debe al rescate del Frente de Afirmación Hispanista A. C., de México, presidido por el señor Fredo Arias de la Canal, quien tuvo personalmente a su cargo la localización de la edición original de 1580 de este libro del arte de amar, para la recuperación, cuatrocientos veinticinco años después de su edición príncipe. Arias de la Canal dio un notable paso para la reivindicación de este olvidado poeta de la finisecularidad del xvi, cuando editó *Décimas reales, coplas y octavas de Pedro de Padilla* (México D.F., Frente de Afirmación Hispanista A. C., 2003, 120 p.), que es la primera edición en más de cuatrocientos años, fuera del mundo erudito de España y, sin dudas, la primera de este poeta en América.

Arias de la Canal preparó ese libro a partir del editado como anónimo o de autores diversos *Cancionero de poesías varias. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid* (Madrid, Visor Libros, 1994), con edición de los profesores José J. Labrador Herráiz y Ralph A. DiFranco, y con prólogo sobre el asunto romancístico del conocidísimo Samuel G. Armistead, y que resulta esencial para la presente labor. Asimismo, tomo como fuente el muy completo libro de Aurelio Valladares Reguero, *El poeta linarense Pe-*

dro de Padilla. Estudio bio-bibliográfico y crítico (Jaén/Úbeda, UNED, Centro Asociado de Valderriva, c.199?), el más colmado de los textos dedicados al poeta andaluz.

No se trata aquí de ofrecer una edición crítica, ni siquiera una rectificación total de errores del *Tesoro* de Padilla, cometidos en sus ediciones anteriores (de 1580 y 1587), y por supuesto tampoco una revisión versológica de metros, rimas y estrofas empleados por el autor, sino de una edición actualizada de la versión inicial de 1580, cuya finalidad puede consistir también en poner a igual nivel de acceso general de lectura a este poeta, en comparación con otros coetáneos suyos de los siglos XVI y XVII, mucho más conocidos por haber sido mucho más editados y estudiados. Tras la presente publicación, queda planteada la necesidad de una edición revisada o, mejor, crítica, a partir del texto original de 1580, que preferimos, porque indica un ordenamiento original del autor, y porque en otro tipo de edición (como la de 1587, agrupando los poemas por sus organizaciones estróficas), se puede perder el orden de las secuencias de contenidos y los diálogos multiestróficos consecutivos.

Debo hacer un grupo de salvedades muy importantes sobre la presente edición: 1) un equipo formado por la experta editora Lic. Mayra Hernández Menéndez, la mecacopista Thais Estrada Salazar y yo mismo, ha trabajado sobre una fotocopia en negativo, sin acceso al original de 1580, lo que ha aumentado con creces la cantidad de posibles errores y erratas que no han podido ser resueltos. Esperamos y deseamos asimismo no haber introducido otros nuevos, pero las condiciones de trabajo dictan que tal posibilidad sea real, para lo cual presentamos excusas. 2) La aludida fotocopia en negativo (fondo negro, letras en blanco) muestra que el libro tiene serios errores y erratas, que suman: empastelamientos de textos; repeticiones textuales; errores de foliación; carencia de acentuación; puntuación ortográfica algo caótica; evidentes

errores en la escritura de palabras; hipermetría o hipometría (versos de 10 y 12 o de 7 y 9 sílabas en tiradas de endecasílabos y octosílabos); desunificaciones de edición por diversas formas de escritura de la misma palabra o para colocarle mayúscula inicial o no; problemas de concordancias erradas; asonancia mezclada con consonancia en las rimas; erratas simples, así como un número de palabras ininteligibles. Muchos de estos problemas han sido identificados y salvados para esta edición. En algunos casos, colocamos palabras entre corchetes o indicamos con igual procedimiento cuánto no nos ha sido posible descifrar. 3) Los poemas pastoriles del cuarto final del libro (sobre todo desde la «Epístola en estancias pastoriles»), presentan lenguajes rústicos propios del siglo XVI, que respetamos en lo posible, sin acudir a diccionarios de historia del idioma ni aclarar significados de palabras que, en verdad, no comprendemos. El léxico compositivo general de este libro necesita un trabajo filológico detenido, que no ha sido objetivo de la presente edición; en particular tales poemas pastoriles requieren una vasta labor de desentrañamiento lexical, si se les quiere dar una versión adecuada para el siglo XXI, o si se quiere conservar fielmente sus modos de escritura.

A continuación ofrezco los principales criterios de edición para el presente volumen.

1. Se respeta íntegramente la sintaxis original.
2. Se respeta en lo posible la ortografía original, pero se realizan cambios oportunos en ella, según los cánones del español general del siglo XXI, para propiciar una apertura a amplios públicos lectores, y a la par, como se ha hecho con numerosos poetas clásicos de los siglos XV y XVI e incluso del XVII, facilitar una mejor comprensión y disfrute de los textos. No se pretende, pues, una edición erudita (filológicamente revisada o crítica), sino que de cierto modo esta sea popular.

Por ello, se establecen cambios de grafías esenciales, tales como:

s en lugar de f,
s en lugar de ff;
s en lugar de fs
v o b en lugar de u, según corresponda;
u en lugar de v;
z en lugar de g;
c en lugar de z, cuando corresponda;
i en lugar de y, cuando corresponda;
j en lugar de x, salvo en nombres de personas;
j en lugar de g, cuando corresponda;
c en lugar de q;
f en lugar de ph.

3. Cuando la ortografía o la grafía de las palabras quedan implicadas en rimas que no pueden ser cambiadas sin destruirlas, las respetamos, o sea, las dejamos tal y como aparecen en el original.
4. Asimismo, se respetan las ortografías y grafías de palabras que, de cambiarlas, violentan el conteo silábico del verso, algunas de las cuales no ofrecen obstáculos para su asimilación en una lectura del siglo XXI.
5. En caso similar están las contracciones típicas de la época: **destas, esotro, quel, quies, aquestos, dél, dellas**, que solo en ocasiones se dejan como en el original, por razones métricas o de otras índoles estilísticas.
6. Se simplifican en muchos casos grupos consonánticos, como *acomodado* por **acommodado** o *suma* por **summa**.
7. Se añade h donde corresponda, sobre todo en la conjugación del verbo haber.

8. Se actualiza la grafía u ortografía de palabras como **imbidia** (envidia), **perficiones** (perfecciones), **escriptas** (escritas), **comprehende** (comprende), **pofsible** (posible), **caya** (cayga), y otras. En los casos de **efeto**, se prefiere modernizar efecto, aunque altere la rima consonante en algunos pocos casos.
9. Se aplica la acentuación ortográfica donde corresponda, ausente en el libro original.
10. Es inevitable un reajuste de la puntuación (sobre todo comas y punto y comas), modernizándola.
11. Procedemos a unificaciones de edición (como en Alma-alma o concejo-consejo) según corresponda.
12. Se significan entre corchetes palabras deducidas o casi ininteligibles o aquellas que no han sido posible identificar para esta edición.

Quede claro que tales cambios no implican intromisión lexical, en cuanto al uso del vocabulario de la época y el sentido y las connotaciones semántico-lexicales.

Me parece oportuno al final ofrecer una pequeña bibliografía muy escueta y asimismo básica para el estudio de la obra de Padilla, cuyos datos acopiaron para el uso en esta edición tanto Olga Vega, de la Biblioteca Nacional José Martí, de Cuba, como Fredo Arias de la Canal, del Frente de Afirmación Hispanista, A. C., de México, a quienes agradezco esta y otras muchas gentilezas para el trabajo de edición actual de este libro. Se remite a una bibliografía mucho más amplia en el libro de Valladares Reguero, *El poeta linarense Pedro de Padilla*.

V. L. L.

UNA BIBLIOGRAFÍA PASIVA BÁSICA

ACEVEDO, Manuel, «Fray Pedro de Padilla», *Don Lope de Sosa*, 1914, págs. 282-283.

BAJONA OLIVERAS, Ignacio de L., «La amistad de Cervantes con Pedro de Padilla», *Anales Cervantinos*, vol. V, 1955-1956, págs. 231-241.

CARRASCO URGOITI, María Soledad, «Notas sobre un motivo áulico en Pedro de Padilla y Ginés Pérez de Hita», *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, No. 6, 1987, págs. 373-382.

_____, «El romancero morisco de Pedro de Padilla en su *Thesoro de varia poesía*», *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*: New York, 16-21 de Julio de 2001 / coord. por Roberto Nival, Alejandro Alonso, Isafás Lerner, vol. 2, 2004, págs. 89-100.

_____, «Pedro de Padilla en el entorno de la Granada Morisca», *Homenaje a Elena Catena*, 2001, págs. 115-124.

CAZABAN, Alfredo, «Papeletas bibliográficas del P. Padilla», *Don Lope de Sosa*, 1917, pág. 12; 1921, pág. 236.

DiFRANCO, Ralph A., y José J. Labrador Herráiz, «Pedro de Padilla y los manuscritos 1579 y 1587 de la Biblioteca Real de Madrid», *Cuadernos de ALDEEU*, vol., VII, No. 2, 1991, págs. 163-164.

ESTÉVEZ MOLINERO, Ángel, «Los ciclos eglógicos de Eugenio de Salazar, Pedro de Padilla y Francisco de la Torre», *La égloga*, coord. M. Begoña López Bueno, 2002, págs. 295-324.

FANCONI VILLAR, Paloma, *Pedro de Padilla. Églogas pastoriles y algunos sonetos al cabo*, Universidad Complutense de Madrid, 1993.

-
- _____, «La narratividad en las *Églogas pastoriles* de Pedro de Padilla», *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, No. 13, 1995, págs. 131-142.
- FUCILLA, Joseph G., «Una imitación satírica de Pedro de Padilla», *Relaciones Hispanoitalianas*, C.S.I.C, 1953, págs. 123-126.
-
- _____, «Le dernier poème de Pedro de Padilla», *Bulletin Hispanique*, No. LVII, 1955, págs. 133-135.
- GONZÁLEZ CERREZO, Francisco A., «Las obras de Pedro de Padilla (catalogación, descripción y anotaciones)», *Angélica. Revista de Literatura*, No. 5, 1993, págs. 75-82.
- LABRADOR HERRÁIZ, José J., y Ralph A. DiFranco, *Cancionero de poesías varias*. Manuscrito de 1587 de la Biblioteca Real de Madrid, Madrid, Visor, 1994.
- PÉREZ GÓMEZ, Antonio, «El *Jardín espiritual* de Pedro de Padilla. Peculiaridades bibliográficas», *Homage to John M. Hill in memoriam*, Indiana University, 1968, págs. 59-63.
- RAMÍREZ DE ARELLANO, Feliciano, «Advertencia preliminar», *Romancero de Pedro de Padilla*, Madrid, Sociedad de Bibliógrafos Españoles, 1880, págs. V-XX.
- TORO VALENZUELA, Bernardo, «La variedad epistolar en Pedro de Padilla», *La epístola*, 2000, págs. 221-231.
- VALLADARES REGUERO, Aurelio, «La poesía epistolar de Pedro Padilla» *Canente: revista literaria*, No. 3-4, 2002, págs. 305-336.
-
- _____, «Diez sonetos de Pedro de Padilla a Quevedo: Precisiones sobre un problema no suficientemente esclarecido», *Revista de la Facultad de Humanidades de Jaén*, vol. 3, tomo 1, 1994. págs. 79-94.

esoro de varias poesías

Compuesto por Pedro de Padilla
Dirigido al Ilustrísimo Señor don Luis Enriquez,
Almirante de Castilla, Duque de Medina y
Conde de Móica.

Con privilegio

Impreso en Madrid, en casa de Francisco Sánchez.
Año 1580. A costa de Blas de Robles, mercader de libros

Yo he visto este libro, que por los Señores del Concejo me ha sido cometido, el cual es de canciones amorosas en todo género de verso, justo y limado, y de más de los buenos conceptos que tiene, hay cosas de mucho ingenio agudas y graciosamente dichas, y así es mi parecer, que Pedro de Padilla merece por su trabajo la merced que pide.

DON ALONSO DE ERCILLA

EL REY

POR CUANTO POR PARTE DE VOS, Pedro de Padilla, estante en esta Corte, nos ha sido hecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado Tesoro de varias poesías, de que hiciste presentación, el cual era muy útil y provechoso y nos suplicaste os mandásemos dar licencia para lo pudieran imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servido, o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro concejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pragmática por nos nuevamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, y para os hacer bien y merced, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien, y por la presente vos damos licencia y facultad, para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corren y se cuentan desde el día de la fecha de esta nuestra cédula, vos o la persona que vuestro poder quiere, y no otra persona alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro, que de suyo se hace mención: y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de estos nuestros reinos, que vos nombráredes, para que por esta vez lo pueda imprimir: con que después de impreso antes que se venda lo traigáis a nuestro concejo, juntamente con el original que en él se vio que va rubrica-

do y firmado al cabo de Pedro Zapata del Mármol, nuestro escribano de cámara de los que en el nuestro concejo reside, para que se corrija con él, y se os tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros y moldes y aparejos que de él tuviese, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercera parte para el juez que lo sentenciaré, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para nuestra cámara. Y mandamos a los del nuestro concejo, presidentes y oidores de las nuestras audiencias, alcaides, alguaciles, de la nuestra casa corte y cancellerías, y a todos los corregidores, asistentes y gobernadores, alcaides mayores y ordinarios y otros jueces y justicias cualesquiera de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, así a los que ahora son, como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced, que así vos hacemos, y contra el tenor y forma de ella, ni de lo en ella contenido, vos no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced, y diez mil maravedís para nuestra cámara. Fecha en Madrid a seis días del mes de diciembre de mil y quinientos y setenta y nueve años.

YO EL REY.

Por mandado de su Majestad

ANTONIO
DE ERASO

CARTA DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO

Excelentísimo Señor don Luis Enríquez,
Almirante de Castilla, Duque de Medina,
y Conde de Mófica.
Su más cierto servidor,
Pedro de Padilla,
desea salud y perpetua felicidad.

Temerario atrevimiento fuera, que una obra tan necesitada de favor saliera a la plaza del mundo (sujeta a pareceres tan diversos) sin la defensa y amparo de vuestra excelencia, que no se despreciando de ser dueño y señor de ella (como lo es del que la compuso) tendrá el lustre y valor posible, y las mordaces lenguas mucha menos licencia que tuvieran sin esto. Obra es digna de un príncipe como vuestra excelencia, desatar con su favor la piedra que no deja al entendimiento más gallardo levantarse como desea. Y confiado en lo que comúnmente se dice que nunca excelentísima sangre dejó de acompañarse jamás de humana condición y gentileza, quise dedicar a vuestra excelencia estos trabajos míos, conside-

rando que un pecho que tanta grandeza y valor encierra, no es posible que le falte humanidad para recibirlos, ni gana de favorecerlos, que la nobleza de vuestra excelencia sea grandísima y su descendencia no menos antigua que excelente, muéstralo la merced que siempre ha hecho y hace, no solo a los que en sus necesidades ha querido de vuestra excelencia valerse, y de lo demás otros escritos bien diferentes hacen fe de ello, y en toda España y fuera resuena el nombre de la casa excelentísima de los Enríquez, que en mil gloriosas empresas ganando inmortal fama, han hecho al mundo eterna su memoria. Y no pasaré adelante, porque de ninguna manera se puede alcanzar el término de lo infinito, vuestra excelencia considere que este don que le ofrezco es tan conforme a mis fuerzas, como desigual a su merecimiento, recíbalo vuestra excelencia, sin tener atención a la bajeza de la obra, sino al ánimo y voluntad del que la ofrece, que fue y será siempre aficionadísimo servidor de vuestra excelencia, cuya excelentísima persona guarde nuestro señor muchos años para acrecentamiento que merece, y sus servidores deseamos.

De Madrid, 29 de junio, 1580 años.

[PREFACIO DEL AUTOR]

Aunque esta obra, por no tener determinado sujeto, no tenía necesidad de prólogo o prefación alguna, he querido, discreto y curioso lector, hacer esta para disculpar la temeraria osadía de haber sacado a luz estas imperfectas y mal limadas poesías, entre las de tan ilustres y famosos poetas, como en este tiempo florecen. Ello no ha sido perderme de confiado, porque sé la poca razón que tengo de serlo, sino lástima de ver algunos hijos de mi pobre entendimiento, tratados menos bien que merecen, de muchos que no siendo sus padres los han hecho hijos adoptivos, para solo destruirlos: y temeroso de que faltando yo se hiciese lo mismo con los que me quedaban, quise más sujetarlos a la piadosa censura de los buenos entendimientos, que dejarlos a elección de quien sabrá mejor acabarlos de hacer imperfectos, que corregirlos y perfeccionarlos. Hícese de industria varia la compostura de esta obra (y creo es lo que más ha hecho al caso para que pareciese menos fea) y con toda esta prevención, estoy temeroso que no ha de haber buen ingenio, que con ella se case, porque faltándole caudal y hermosura, no será tan venturosa que halle quien la quiera,

solo pido a los que saben y pueden favorecerla, que supliendo sus faltas la conserven en su gracia, que con entender yo que se le hace tan buen acogimiento, podré animarme a emprender mayores cosas para su entendimiento y gusto.

**Soneto
de Pedro Laínez
al autor**

De la varia, sutil, red amorosa
si ventura o razón no nos defiende
flaca es la mayor fuerza que pretende
rendir la que es y fue tan poderosa.

Seguir a Amor empresa es peligrosa,
huirle no aprovecha, antes ofende,
mas ya se puede amar, pues ya se entiende
que hay paso cierto en senda tan dudosa.

Tú, famoso Padilla, le hallaste,
pues con ventura y con razón pudiste
subir lo alto, asegurar lo incierto.

Los secretos de Amor que penetraste
Tan vivamente aquí los descubriste
que es ya lo oscuro y falso, claro y cierto.

Soneto
del Maestro Juan de Vergara
al autor

No me admira de vos, Padilla, tanto
el admirable ingenio soberano,
ni que de Esmirna llegue vuestra mano,
ni igualar al de Tracia vuestro canto.

Ni la presteza a quien con nuevo espanto
aquel que llegar piensa, piensa en vano,
que aunque esto pasar muestra el curso humano
puédelo todo el justo cielo santo.

Mas admírame ver que en la edad nuestra
haya quien piense dar tan alto vuelo
que a decir llegue lo que en vos se encierra.

Dígalo esta labor divina vuestra,
que ella os hace milagro acá del cielo,
honor de España y gloria de la tierra.

Soneto
de Rui López de Zúñiga,
catedrático de Cánones
en la Universidad de Alcalá,
al autor

Segundo Apolo (por venir postrero)
primero en ser de ingenio levantado,
y aunque segundo, al mundo celebrado,
del mundo conocido por primero.

Contra el tiempo más vario y más ligero,
la fama escriba tu blasón sagrado,
en templo de inmortal nombre, fijado
con tinta de oro y en papel de acero.

Mas deja fama de escribir tal suma
pues no puedes sumar tanta grandeza,
cual es la que en Padilla encierra el cielo.

Que a su furor divino y su destreza,
contra la suerte de este frágil suelo
le ha de immortalizar su inmortal pluma.

Soneto
de López Maldonado
al autor

Esta resplandeciente y viva llama
que alumbra al mundo y se levanta al cielo,
esta que ilustra el gran señor de Delo,
y desde el Tajo al Ganges se derrama.

Esta que a la virtud incita y llama,
con nuevo ejemplo a todos los del suelo,
y presta, porque dé más alto el vuelo,
mil ojos y mil alas a la fama.

No la encendió el varón que con su pluma
cantó de su troyano el gran renombre,
ni aquel por sus dos lauras celebrado.

Que de estos y de todo mortal hombre
eres (oh gran Padilla) tú la fama,
y tal llama en tal pecho se ha criado.

Soneto
del doctor Francesco
Fortunato de Patti
al autor

Con le nove sorelle, in sieme assiso
Phebo sentendo il vostro altiero canto,
bagnando gl'iocchi, di copioso pianto
disse, e, squarcio l'aurato crine, e'lviso.

Padre e rettor del bel stellato manto,
che nuova legge e, satta in paradiso,
che cosi ni ha, d'ogni mi honor diviso
e, donato a, un mortal la gloria, e luanto.

Arione, i Delph ni Orpheo le selve,
mosse, e, vinse lagiu l'alme ribelle
e, Mercurio collui ch'ora e, pavone,

Padilla muove gl'homini, e, le belve
tira Ditea, pieta, piega le stelle
vince Orpheo, Mercurio, & Arione.¹⁶

¹⁶ «Junto a las nueve hermanas en audiencia / Febo escuchando vuestro canto altivo, / ojos bañados de copioso llanto / dijo, rostro y cabellos de oro desgarrados. // Padre y rector del estrellado manto, / que nueva ley, y exacta en paraíso / que así de todo honor me ha dividido / y otorgando a un mortal la gloria, y alabando. // Arión en Delfos, ni Orfeo las selvas / movió, y venció allá abajo las rebeldes almas / y a Mercurio peleó, que ya es pavón. // Padilla mueve a los hombres, y las fieras / trae Ditea, piedad inclina las estrellas, / vence a Orfeo, Mercurio y Arione.» Agradezco la amable ayuda para este y el siguiente poema, ofrecida por la poetisa cubana Juana Rosa Pita y por su amigo el poeta italiano Piero Civitareale.

Del Medesimo

Nessun creda a la fama,
che passa il tuo valore
ogni lingua, & il vostro ogn'altro amore
Benedetto quel viso
che in mezzo un bello, e diletto April
scoprendo un vivo inferno,
Vi fece d'Alma, e di ragion diviso
e, beato anco voi,
che pigliando ragion degli occhi suoi
vedrete semper eterno
nacer col vostro stile
in amoroso inferno un paradiso.¹⁷

¹⁷ «Del mismo o De lo mismo»: «Nadie confie en la fama / que sobrepasa tu valor / todo idioma y cada otro amor vuestro / Bendita aquella cara / que en medio un hermoso y deleitoso Abril / descubriendo un vivo infierno, / hizo de Alma y de razón repartida / y, beato también vos, / que conformándose con sus ojos / veréis siempre eterno / nacer con vuestro estilo / en amoroso infierno un paraíso.»

Soneto
del Maestro fray Antonio Suárez
al autor

Las nueve hermanas con amargo llanto,
y cual las de Faetón están en lloro,
por ver perdido aquel rico tesoro,
que a su sagrado monte honraba tanto.

Mas ya se quitó el luto y negro manto,
ya no hay tristeza en todo el casto coro,
antes puestas las ninfas coro a coro,
cantaron himnos en el alegre canto.

Que si muerte hacerles pudo ofensa,
quitándole un Mena, un Garcilaso,
de tanto lustre y bien privando el suelo.

Dioles el cielo en larga recompensa
a vos, Padilla, gloria del Parnaso,
y así mayor que el llanto, es el consuelo.

Versos latinos del mismo

Aenides *musella* et avere sub antro
Padilla et artes te decuere suas.
Voce quod Amphion, Orpheus fide, pectine Arion
Hoc, tu Padilla, Carmine et ore facis.
Quod si clara tonet facundia, non modo silvas
Non freta, non verbis saxa, sed astra moves.
Ore medusa viros mutabis, carmine circes
Hoc pecus, hos lapides, tu facis esse Deos.¹⁸

¹⁸ «Padilla, descendiente de Eneas, a ti fue permitido recibir no solo el saludo de la musa a la entrada de la gruta, sino también sus artes. Tú, Padilla, logras con este poema y con tu voz lo que Anfión con su música, Orfeo con su lira y Arión con su plectro. Mas, si esta resuena con brillante elocuencia, transformas con tus palabras, no solo los bosques, los estrechos, los peñascos, sino también los astros. Con tu voz cambiarás a los hombres en Medusa [y] con la magia de Circe, harás que este rebaño y estas piedras sean como dioses.» Versión para este volumen del profesor de Latín y Griego doctor Amaury Carbón Sierra, a quien expreso gratitud.

Canción en alabanza de una dama

Alguna vez ligero pensamiento
de gloria deseoso,
el altura del cielo habéis tocado,
con vuelo presuroso
acelerado el presto movimiento,
al fin que fue de vos tan deseado,
miren que sois llamado
del más alto sujeto:
más noble, más hermoso y más perfecto,
que vio jamás Apolo
desde el helado, al encubierto Polo:
y que esta diosa tan enriquecida,
podrá (a pesar del viento) daros vida.

Pluma tardía y mal limado estilo,
del rubio pastor bello,
pedid a las hermanas, favor tanto,
que se pueda con ello
adelgazar (como se debe) el hilo
para tejer la tela de mi canto,
y al mundo ponga espanto
mirar su compostura,
como la hace aquella hermosura
que con su luz desdora
el rostro de la bella cazadora,

que envidia por momentos en mi diosa,
belleza, ser y honestidad preciosa.

Tan gran milagro, la naturaleza
hacerle no pudiera,
si el autor suyo no tratara de ello:
que porque el mundo viera
tan admirable efecto de belleza
le dio nuevo poder para hacello,
y así quiso que el sello,
de perfección humana,
pusiese en esta joya soberana,
con todo cuanto ha sido
a la tierra y el cielo, repartido,
porque la admiración que esto causase
a contemplar su ser, nos levantara.

Los dos ojos que siempre noche y día,
miran del alto cielo,
el fuego, el aire y reino de Neptuno,
y el seco y duro suelo
agostado, o vestido de alegría,
del tiempo, estas mudanzas oportuno;
que de Eolo y de Juno,
los ministros tomando,
o le va entristeciendo, o renovando,
mucho menos perfectos
son, en la hermosura y los efectos,
que los divinos ojos, con que siento
de nieve y fuego, el pecho, en un momento.

Las luces con que el ancho firmamento
está hermoseado

son las virtudes de aquel alma bella,
que en todo lo criado
no comprende humano entendimiento
virtud, ni perfección, que no esté en ella,
enfrente solo vella
los más libres antojos,
con el mirar de aquellos dulces ojos,
recatado, y modesto
(que en tanto estrecho al ciego dios ha puesto)
fin que para alterarle fuesen parte,
poder, astucia, ingenio, fuerza y arte.

Saturno, que preside el primer cielo
(cercano a las estrellas,
que no tienen licencia de moverse)
es de las luces bellas
la que de sequedad y desconsuelo,
el mundo llena (cuando puede verse)
lo mismo conocerse
podrá en el desdén fiero
de aquel hermosísimo lucero,
que secando las flores
de la esperanza, con sus desfavores,
quita la vida, con dolor más fuerte
que la hoz segadora de la muerte.

Mas para moderar esta dureza,
que tanto ofendería
con su furor esquivo y desdeñoso,
tuvo la hidalguía,
y la blandura, que es naturaleza
de Júpiter benigno y amoroso,

que su rostro hermoso,
tras un duro desvío
modera del dolor, el mortal brío,
y su condición mansa
trueca en regalo (cuando el alma cansa)
y así por su ocasión quien más padezca,
aun los males es fuerza que agradezca.

Tiene su hermosura un accidente,
que con cualquiera parte,
sin defensa, cautiva, rinde y mata,
efecto del dios Marte,
que nunca en el furor igual consiente,
y hierro, sangre y fuego, es lo que trata:
de esta suerte maltrata
las almas libertadas,
esta, que de presentes y pasadas
es corona y trofeo,
es honra, es gloria, es lustre y es arreo,
y al que más de servirla se defiende
más presto lo atropella y más le ofende.

El planeta, que el mundo hermosea
con la dorada frente
que ciñe el verde lauro consagrado,
y es de luz viva fuente,
y el licor tiene de la Pegasea,
y el coro de las nueve encomendado,
y en todo lo criado
es parte de la vida,
si hay belleza cortada a su medida
es esta que yo adoro,
que nunca tuvo el mundo tal tesoro,

y así le ilustra, y en las almas cría,
nuevo valor y nueva cortesía.

La que el mar engendró de blanca espuma,
de los amores diosa,
madre del niño dios, alado y ciego,
que llevó por hermosa
de mano del pastor, con honra suma
la manzana que a Troya puso fuego,
fue su belleza juego,
puesta con los despojos
de la que amor engendra con sus ojos
no ciego, ni vendado,
sino con vista, y en razón fundado,
que no consiente para sus intentos,
sino ricos y honrados pensamientos.

De los dioses el sacro mensajero
(que la vaca hermosa
quitó al de los cien ojos, y la vida)
a quien de milagrosa
elocuencia, se da lugar primero
por ser la suya a todas preferida,
ventaja conocida,
reconocer al aviso,
de la que hace nuevo paraíso
al alma con razones,
ablanda los más duros corazones,
detiene el Sol, y alivia el dolor tanto,
como el de Tracia con su dulce canto.

La diosa celestial, por quien anduvo
Endimio lloroso,

y tanto tiempo lamentando en vano,
que lo es trabajoso
ejercicio de cazarla entretuvo
exenta de la ley de amor tirano,
por modo soberano
esta la representa,
que jamás del amor ha hecho cuenta
despreciando sus fueros
engañoso, tiranos, y severos,
y hace su virtud que siempre atienda,
a cosas que jamás sufren enmienda.

Cuanto le es natural, a cielo y tierra,
que perfecciones tenga,
y sea digno de ser muy envidiado,
a nadie hay que convenga
sino a mi diosa, porque allí se encierra
lo perfecto del bien que está criado
y así con mi cuidado,
sin esperar más gloria,
de la que goza el alma en su memoria,
rico y ufano vivo,
porque con solo el gusto que recibo
de mi pena, y de ver su hermosura
no envidio ajena suerte de ventura.

Canción, que tengas de favorecida
lo que de verdadera,
aunque fuera posible, no lo creo,
solicita siquiera
el ser bien acogida,
y tendrás cuanto pide mi deseo.

Soneto

Si la que el mundo tiene por más bella
sin ti me ofende y desagrada,
es, porque con tu luz queda eclipsada,
y do se muestra el Sol no luce estrella.

Y así tu hermosura, como aquella
que más sea de la fama celebrada,
venida a comparar, queda atrasada,
y es igual al fuego, o una centella.

Yo muriera por mí como Narciso
si ver tu rostro, con mirar seguro
pudiera, que es terreno paraíso.

Mas soy como el que el Sol fulgente y puro,
quiere ver sin recato y sin aviso,
que cuando ve después parece oscuro.

Discurso en redondillas, de un galán desfavorecido

Descúbrase en mis razones
de mi mal el aspereza
muéstrense las sinrazones
con que, por tanta fineza,
se me dan tantas pasiones.

Sépase que por vos muero,
porque muera consolado,
y pues al paso postrero
soy venido, solo quiero
dejar esto declarado.

Procurar medio a mis daños
entiendo que es desatino,
y sustentarme de engaños
es tan áspero camino,
que quiero más desengaños.

Y aunque mis quejas merecen
algún buen acogimiento,
holgáis, cuando se os ofrecen,
de encomendarlas al viento
que las lleva do perecen.

No me dejan respirar
temor y desconfianza,
y esme forzoso fiar
de una tan larga esperanza,
que hace desesperar.

Llévame mi desvarío
ciego tras de mis antojos,
y si a librarme porfío,
con nuevas penas y enojos,
acrecienta el daño mío.

Lo pasado y lo presente,
si amor huelga que imagine,
es porque más me atormente
ver el bien que tuve ausente,
y el mal estado que vine.

Vos que holgáis de acabarme,
porque en mi mal no haya medio
extrañáis el escucharme,
porque parece remedio
que podrá un poco aliviarme.

Apenas mi corazón
entiende ya lo que siente,
porque tamaña pasión
diferencia no consiente
ni que se ponga en razón.

Contra mí se ha hecho liga
de los mayores tormentos
(y no hay quien me persiga),
porque están mis sentimientos
en mano de mi enemiga.

Hay en la gloria de os ver,
señora, un terrible infierno
do me quiso amor poner
para que con llanto eterno
pague mi poco saber.

Que veros, y deseáros,
no merece menos pena,
sino descuenta el amaros
con una fe que es tan buena
el atreverme a cantaros.

Bien entiendo que estoy preso
en lugar do no hay amigo
que me alivie el duro peso;
sino quien como a enemigo
haga contra mí proceso.

Y que en el hacerme cargo
se huelgue de ver mis culpas
y cuando llegue el descargo
sin admitir las disculpas
me sentencie sin embargo.

Todos me lloran por muerto;
y vos porque no es verdad,
que os pesa de ver lo incierto,
y de vuestra voluntad,
eso será lo más cierto.

Y (por la desdicha mía)
solo el penar me entretiene,
y tan de veras porfía,
que ha mucho que la alegría
no sé qué color se tiene.

Y estoy tal que imaginalla,
puesto que quiera no puedo,
que en mi alma no se halla
sino cuidados y miedo,
que nunca supieron dalla.

Y si de vos la pretende
el cansado corazón,
en vano ese bien atiende,
porque vuestra condición
aun con aquello se ofende.

Que os cansa ver cesar
galardón de lo servido,
y tras un largo penar,
ponéis nombre de atrevido
al que le quiso esperar.

Siempre me borráis la cuenta
do pienso hacer alcance:
y nunca os hallo contenta
sino cuando acertáis lance
que en el alma atormenta.

Si pretendo libertarme
quedo solo en la batalla;
que nadie quiere ayudarme,
ni vos queréis acaballa
de una vez con acabarme.

Carta en tercetos asegurando a su dama que nunca dejaría de quererla

El nudo estrecho con que yo fui atado
cuando quedé mirándote sujeto
no será sin la muerte desatado.

Porque mientras viviere te prometo
que quien así te quiera no le haya
como lo verás bien por el efecto.

De mí sé no hay temer que a menos vaya
(tributo a tus bellezas tan debido)
hasta que el cuerpo triste, en tierra caya.

Y si otro pensamiento recibido
fuere de mí, yo pierda en un momento
el ser que tengo, el seso y el sentido.

Y si otra quiero, y si otro fuego siento
no salte contra mi contraria estrella,
que aumente por momentos mi tormento.

Y si en mi pecho hay llama, sino aquella
que con tus bellos ojos encendiste,
siempre me seas tan cruda como bella.

Y si no es el cuidado que me diste
lo que apartar de mí jamás podría,
nunca deje mi alma de estar triste.

Asegúrate en esto, diosa mía,
que si no soy más tuyo, que te digo
me ofenda lo que da más alegría.

Y si no soy tu verdadero amigo
en tanta enemistad todos venga,
que el cielo, y tu poder, me sea enemigo.

Y si hay bien que sin verte me entretenga
mi corazón se abraza poco a poco,
y ninguno de mí lástima tenga.

Y ser esto verdad muévate un poco
a dar gratas orejas a mi ruego,
si no quieres que muera, o quede loco.

A tus pies, dulce diosa, humilde llego,
y en tus hermosas manos me encomiendo,
que son las que encendieron este fuego.

No consientas que viva más, muriendo,
o recibe mi vida en sacrificio,
pues que solo la quiero, y la pretendo,
para poderte hacer algún servicio.

Villancico

*El nevado pecho
que a mí me enloquece,
de cera parece,
y es de mármol hecho.*

Tan rara belleza
que el alma entretiene,
parece que tiene

la mayor terneza,
mas es contrahecho
lo que desvanece,
que *cera parece*,
y es de *mármol hecho*.

Da sospecha cierta
con mucha razón,
que es el corazón
como la cubierta,
que en verme deshecho
no se compadece,
y en esto *parece*,
que es de *mármol hecho*.

Muestra por de fuera
en la hermosura,
que tanta blandura
nunca se vio en cera.
Porque cuando el pecho
a la vista ofrece,
de cera parece,
y es de *mármol hecho*.

De la misma suerte
es la condición,
que sin ocasión
huelga de dar muerte,
y aunque satisfecho
queda el que padece,
todavía *parece*
riguroso el *hecho*.

Canción en alabanza del gusto que tiene sirviendo mujeres principales

Quien buscare en amor contentamiento,
si tener le quisiere
de cuanto da disgusto asegurado,
tenga tal pensamiento,
que cuando te perdiere,
pueda ser con razón muy envidiado,
que perderse no es culpa,
cuando la causa sirve de disculpa.

Con un buen pensamiento se asegura
cuanto de amor te espera,
y no hay temer tras esto mal suceso,
que amor todo es ventura,
y si es de esta manera,
amando, en desear nunca hay exceso,
que los muy desiguales
extremos, el amor los hace iguales.

Qué más bien puede haber para el que ama,
que viéndose perdido,
y que no le es posible liberarse,
los que vieren su dama
estén por no haber sido,
para perderse así por ahorcarse,
nadie lo comprende,
sino el que de experiencia, aquello entiende.

Amor junta las almas, de manera
que deja transformado
al que ama en la cosa que es amada,
y el que la mujer cualquiera

se viere aficionado,
le ha de quedar el alma inficionada,
y para disculparse,
cuando dé más razón, es más culparse.

Y si demasiada hermosura
dice que le ha rendido,
y en esto halla gloria, y lo confiesa,
al fin de esta ventura,
quedará muy corrido
de haber gastado el tiempo en tal empresa,
que mujer solo hermosa,
es como ensayajes, piedra preciosa.¹⁹

Humilla el corazón a bajas cosas,
la gente que no tiene
valor, que sus quilates perfeccione,
y el que estas llama diosas,
nombre no le conviene,
de honrado, ni habrá nadie que le abone,
sino los de la plaza,
que siempre abonan gente de su traza.

Hay gloria como estarse regalando
un alma enamorada,
con el bien que le ofrece el pensamiento,
y que considerando
que está bien empleada
descanso le parezca su tormento,
y el mal, que más lastime,
por gozar este gusto no le estime.

¹⁹ A la *mena* o metal en bruto recién sacado de la mina, se le realizaba el *ensaye*, o comprobación de los metales que contiene. En este caso el *ensayaje* es para comprobar la presencia de «piedra preciosa».

Quien no sirvió mujeres principales,
no fue favorecido,
ni aunque lo fuese, pudo ser amado,
solo tuvo señales
de haber sido querido,
mas aquel no fue amor, sino soñado,
porque de gente baja
sueño saca, el galán que más trabaja.

No vale al que navega la bonanza,
en dando en un bajío,
porque la nao da en tierra, y se deshace,
y es así, la esperanza
de aquel, que un desvarío,
como querer mujeres bajas, hace
que cuando más finezas
os enseñen, será hacer bajezas,
de levantar el vuelo,
aspirando regalos de otra suerte,
tendrá cada momento,
riquezas, de consuelo,
para alivio del mal, esquivo y fuerte,
y mil besos al día
verá en su pecho, nueva gallardía.

Más valen pena y muerte, de una mano,
que el descanso y la vida,
de otras, cuando más asegurado,
porque es bien soberano
aquel, y sin medida,
y es otro, un breve gusto muy tasado,
porque lo poco, es cierto,
que siempre ha de dar poco, y esto incierto.

Cuando acabar mi vida amor quisiere
un solo bien le pido,
que muera a manos yo de gente honrada,
que si el vivir perdiere,
quedaré enriquecido
con muerte, que ha de ser muy envidiada,
y en mi sepulcro puesto,
un epitafio habrá que diga esto:

Aquí yace un galán, que es más dichoso
que todos los que viven,
porque le han muerto honrados pensamientos,
y al que no está envidioso,
merece que le priven
de la gloria de Amor, y sus contentos,
pues es verdad probada,
que vale más que vida muerte honrada.

Canción, de mal limada, inculta y dura,
podrás tener censura,
mas cualquiera defecto
se podrá disculpar en tu sujeto.

Ajena

*Sobre la arena sentada,
de aquel río la vi yo,
do con el dedo escribió:
antes muerta que mudada.
Mira el amor lo que ordena,
que os viene a hacer creer
cosas dichas por mujer,
y escritas en el arena.*

Glosa propia

En la ribera de un río,
a la falda de un collado,
dejando ya mi ganado
en un albergue sombrío,
de la siesta reparado,
por la orilla me bajé
de aquella corriente helada,
y entre unos sauces llegué,
do mi pastora hallé,
sobre la arena sentada.

Detúveme a contemplarla
tras una mata, escondido,
casi fuera de sentido,
con la gloria, que en mirarla
había el alma recibido,
porque el Sol resplandeciente,
nunca tan bello salió
(cuando se muestra al Oriente)
que detener la corriente
de aquel río, la vi yo.

Los ojos, bajos al suelo,
y sobre la izquierda mano,
puesto el rostro soberano,
que hiciera envidia al cielo,
y en el invierno, verano,
rendida al cuidado estaba,
y luego lo descubrió,
porque la mano bajaba,
a la arena que miraba,
do con el dedo escribió.

Y en cualquier parte de aquellas,
que el blanco dedo ponía,
una flor luego salía
por orla, a las letras bellas,
que mi pastora escribía:
El Sol estaba confuso,
detenido en su jornada
(fuera del natural uso)
y vio que este mote puso,
antes muerta que mudada.

Y luego que lo acabó,
levantando el rostro bello,
quitó una red al cabello,
y mostrándole, alegró
el prado y soto, con vello.
Yo llegué cautivo allí,
mas de nuevo, otra cadena
puesta en el alma sentí,
con ver las muestras que vi,
mira el amor lo que ordena.

Con tan dulce desengaño
de nuevo preso y rendido
quedé tan desvanecido,
que me aseguré de engaño,
y de cuanto había temido;
vi las muestras poderosas
de amor, y entendí el poder
de sus fuerzas amorosas,
y consideré las cosas,
que os viene a hacer creer.

Porque el modo de engañarme
había sido de manera

(que puesto que engaño fuera)
ya para desengañarme
ninguno poder tuviera,
y aunque parece extrañeza,
yo mismo me di a entender,
que de su naturaleza
tienen mucha más firmeza
cosas dichas por mujer.

Que para poder gozar
la gloria de un dulce engaño,
esto se ha de imaginar,
que a quien ama, el desengaño
nunca suele aprovechar.
Yo entonces lo hice así,
que por descanso a mi pena
las muestras, todas creí,
aunque de mujer las vi,
y escritas en el arena.

Fábula de Adonis y Venus, en estancias

A ver su dulce Adonis regalado,
bajando acaso Venus, desde el cielo,
sin entender que Marte había cortado
el paso a su esperanza y su consuelo.
El bello cuerpo vio despedazado,
y rojo con su sangre, el duro suelo,
y viendo, quedó de tal manera,
que a no ser inmortal, luego muriera.

Tuerce las blancas manos, ofendida
del hado, que la muerte le defiende,

y no pudiendo dar fin a la vida
lo que es posible, sin piedad, ofende.
Unas veces queda suspendida,
y otras mirando el cuerpo se suspende,
tanto, que ni llorar ni hablar puede,
porque el dolor, la flaca fuerza excede.

Los hermosos cabellos destrozaba
y el rostro hermosísimo, ofendía,
y del cielo y la tierra se quejaba,
cuando el dolor hablar le permitía.
Sobre el sangriento cuerpo se arrojaba,
y en lágrimas ardientes, que vertía,
de aquellos dulces ojos, baña el pecho,
roto por tantas partes, y deshecho.

No es parte ver el cuerpo sanguinoso,
y que ya sin el alma, estaba helado,
para que lo extrañase, el rostro hermoso,
de la madre de Amor, tan celebrado.
Antes va con un ardor, más amoroso
le tiene estrechamente, a sí llegado,
y como si la vida poseyera,
le comienza a hablar de esta manera.

Quién ha eclipsado, amigo dulce mío,
a mis ojos el Sol que luz les daba,
que es de él gallardo aliento, y fuerte brío,
que tanto a los demás se aventajaba.
Quién ha dejado el cuerpo, helado y frío,
que esta alma, en vivas llamas abrasaba,
y quién ha deslustrado el rostro bello,
que nadie sin envidia pudo vello.

Aunque ha podido el hado, inicuo y duro,
privarme de mi bien, descanso y gloria,
no me podrá quitar (yo lo aseguro)
para siempre, del alma esta memoria.
Y para que del tiempo, en lo futuro,
el olvido no acabe tal historia,
sangrienta el agua de este claro río
renovará cada año el dolor mío.

Esto diciendo, al cuerpo muerto vuelve,
de eternizarle, ya determinada,
que aunque llorando, en agua se resuelve,
de lo que importa más, no está olvidada.
Y entre diversas cosas que resuelve
esta quedó en tu pecho, asegurada,
que fuese allí su Adonis tan querido
en una flor hermosa convertido.

Villancico

*De vuestros ojos centellas,
que encienden pechos de hielo,
suben por el aire, al cielo,
y en llegando son estrellas.*

Aquel regalado fuego
con que amor los fuertes doma,
de vuestros ojos lo toma,
que ese otro es cosa de juego,
y de estas dos luces bellas,
con que se enriquece el suelo,
*suben centellas al cielo,
y en llegando son estrellas.*

Y si el aire acomodado
fuera para tal intento,
por si, como el firmamento,
hicieran cielo estrellado;
mas no pudiendo tenellas,
levántase más de vuelo,
y van *por el aire al cielo*,
y en *llegando son estrellas*.

Aunque son de ojos mortales,
no se pueden despreciar
de tenerlas a la par,
las lumbreras celestiales,
porque no son menos bellas,
estas, aunque van del suelo,
y así las acoge el *cielo*,
y en *llegando son estrellas*.

Tercetos

Desengañaos, amor, que más no puedo
ir atrás, ni adelante, con serviros,
y estoy resuelto ya, de estarme quedo.

Lo mejor me parece no seguiros,
pues por lo que he servido, el bien que espero,
son lágrimas, tormentos y suspiros.

Y a comer, y cenar, y dormir quiero,
y cada noche, no soñar venados,
ni andar sin para qué hecho estrellero.

No quiero ya sospechas, ni cuidados,
ni a nadie querer mal, ni ser celoso,
de lo que estén los otros descuidados.

Ni de competidor estar medroso,
ni que me cansen más melancolías,
ni estar flaco, amarillo y cuidadoso.

Ni quiero que me ofendan niñerías,
ni que el alma me estraguen los desvíos,
ni desdenes sufrir, ni damerías.

No haré más caudal de desvaríos,
ni dejarán de ser mientras viviere,
los bienes que tuviere, todos míos.

Ande desvanecido el que quisiere,
desuélese en servir, haga quimeras,
siga, importune, goce y desespere.

Quéjese si le ofenden, muy de veras,
a quien ría de su mal, regocijada,
y cébese en palabras lisonjeras.

Yo de eso todo, ya no quiero nada,
ni solicitaré nuevos favores,
ni sufriré a la dueña repulgada.

Ni esperaré terceros burladores,
ni quiero importunar a mis amigos,
a que me sean en nada valedores.

No me pesará verme con testigos,
para a solas tratar de los cuidados
que son siempre mortales enemigos.

No haré más el buz a los criados,²⁰
ni se me antojará que veo visiones,
ni desearé millones de ducados.

²⁰ Hacer a alguien demostración de obsequio, rendimiento y lisonja; *buz* es también un beso de gentileza.

No andaré más a caza de ocasiones,
ni hablaré con miedo, si hablare,
por no mostrar mi mal en las razones.

Y mal me haga Dios, si madrugare,
ni fuere a misa tarde, por ver cosa
que para desearla me repare.

Ni temeré la lengua maliciosa,
ni el ceño muy cansado del marido,
ni la criada necia, cautelosa.

Ni me veré con cuentos ofendido,
ni me dará zozobras la tardanza
del premio, con serviros merecido.

No andaré más colgado de esperanza,
quejándome de tiempo y de fortuna,
llamando el mal, descanso y buen andanza.

No andará de placer el alma ayuna,
ni solicitaré cuyo es el paje,
ni andaré dando silbos a la Luna.

Ya es menester hablar otro lenguaje,
y dejarme llevar de desengaños,
y buscar para el gusto nuevo traje.

Y escarmentar en los pasados daños,
y poner el sentido y el cuidado
en quien sepa quererme sin engaños.

Y pagar con amor, si fuere amado,
y bailar, solo al son que me hicieren
(viendo que es disparate lo pasado).

Saberme entretener con lo que dieren,
conservar la salud, y andar contento,
pues hacen necesidad los que se mueren
por dejarse llevar de un pensamiento.

Glosa del romance de Gaiferos

A la esposa de Gaiferos
en la prisión do se vía,
dijeron acaso un día,
que entre algunos forasteros,
uno a Francia se partía.
Y viéndole en puridad,
le dijo pues os partides
de aquí, con tal brevedad,
caballero si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

El bien que tengo y espero,
en vuestras manos he puesto,
y pues le veréis tan presto,
en si de ser caballero,
estáis obligado a esto:
que si os deja Dios llegar
allá, con suerte dichosa,
le mandéis luego buscar,
y decidle que su esposa
se le envía a encomendar.

Decid que si le abrasara
el fuego con que me abraso,
muy desocupado el paso,
para librarme hallara
de este tormento que paso.
Decid mi necesidad,
y el buen tiempo que se pierde,
por falta de voluntad,
y decidle que se acuerde,
que no tenga libertad.

Y que esta mi fe constante
ha de ser quien le disponga,
para que no se le ponga
ninguna cosa delante
que por esta no posponga.
Y que obligue su bondad,
de la fe con que le sigo,
la sencillez, y verdad,
que me la llevo consigo,
de mi propia voluntad.

Y que en un hidalgo pecho
tan cierto de esta fe mía,
no ha de caber villanía,
estando tan satisfecho,
que soy la que ser solía.
Y decid que el pasatiempo,
con que aquí se puede estar
es llanto, y es suspirar,
y que entienda que ya es tiempo
de me venir a sacar.

Y quede que se ha pasado,
llanamente he conocido,
que su amor era fingido,
o que debe haber hallado
otro que sea preferido.
Y si no es esto verdad,
decidle que se aperciba
a ponerme en libertad,
de esta prisión tan esquivada
muero con soledad.

Y cuando no le forzare
a hacer tan justa cosa,

la llama dulce amorosa,
harálo, si se acordare,
al menos, que soy su esposa.
Y si le han hecho tardar
algunos inconvenientes
(esto debe imaginar)
y que ausentes por presentes,
no se deben olvidar.

Y no por esta ocasión
de ser yo su esposa, quiero
que me acuda como espero,
sino por la perfección
de un amor tan verdadero.
Que este debe de obligar
a los que son tan prudentes,
a nunca se descuidar,
cuando los que están presentes
no saben también amar.

Y que amor que no obedece
razón, en ninguna cosa,
me hace estar temerosa,
que en esto se me parece
el fuego, que en mí reposa.
Sabadle significar
cómo ausente desespero,
y qué mal hace en tardar,
y decidle caballero,
por mejores señas dar.

Que si el amor me tuviera,
que le tengo, no buscara
cosa con qué se holgara

ni en otra se entretuviera,
hasta que me libertara.
Pero que en hacerlo da
muestras de nuevos deseos,
y de cuán rendido está,
que sus justas y torneos
bien se supieron acá.

Del valor que mostró en ellos
decidle lo que la fama
en su alabanza derrama,
y que bien mostró en hacellos
la fineza con que ama.

Y que no siento pesar
de entender que se entretiene,
sino de que ha de tardar,
y que si presto no viene
mora me quieren tornar.

Y que con muy gran instancia
siguen esta su porfía,
y que razón no sería
por estarse tanto en Francia,
que a mí me maten un día,
porque no podrán mudar
mi fe con ningún tesoro,
aunque para lo intentar,
casarme con un Rey Moro,
Moro de allende la mar.

Y estándoselo diciendo,
sin que esté nadie delante,
miraréis en su semblante
si está como yo lo entiendo,

que indicio tendréis bastante,
y para cuando volváis,
mucha merced me haréis,
que de nada os olvidéis
porque a mí me lo digáis
como allá lo entenderéis.

Estancias a la libertad de la esposa de Gaiferos

El bello rostro en lágrimas bañado,
la lengua del dolor enmudecida,
acabó Melisendra su recado,
y pudiera acabar con él la vida;
qué memoria de un dulce bien pasado,
en un alma tan sola y afligida,
puede tanto, que muchas veces pudo
romper de cuerpo y alma, el fuerte nudo.

Mas no fue tan pequeño el sentimiento,
que por un breve espacio no privase
el cuerpo triste del vital aliento,
haciéndole que en él no respirase,
y la fuerza invisible del tormento
hizo que a la ventana se arrimase,
cerrando, en el desmayo, aquellos ojos
con quien ganó el amor tantos despojos.

Volviendo en sí, las blancas armas mira
del caballero a quien se encomendaba,
y tiernamente viéndole suspira,
que de su padre y patria, se acordaba,
con Gaiferos se enciende en fuego de ira,

creyendo que su fe tan mal pagaba,
que ya de libertarla, descuidado,
a este deseo, la puerta había cerrado.

Engañábase en esto, y no hacía
novedad en andar desconfiada,
que en lo que más desea, desconfía,
por momentos un alma enamorada,
Gaiferos era el que delante vía;
que de verla tan triste y lastimada,
estaba tal, que allí el vivir dejara,
si el ver su esposa no le estorbara.

No lloréis, le responde, mi señora,
ni pongáis tanta culpa a vuestro esposo,
que aquí presente le tenéis ahora,
de la libertad vuestra deseoso.
Aquí tenéis un alma que os adora,
y un corazón que nunca con reposo
se ha visto, hasta estar donde me veo,
que libertándoos cumpla mi deseo.

Primero, el alto cielo se parara,
enjuto el mar, y oscuro el Sol se viera,
que yo de Melisendra me olvidara,
aunque el terreno cuerpo, inmortal fuera.
Y si al tiempo fortuna se juntara,
para mudar mi fe, en verdadera,
fueran la parte que del bajo suelo
es un hombre a hacer ofensa al cielo.

Quejáis os de descuido, y no le ha habido,
que no puede caber en lo que os quiero,

el mismo soy, en esta fe, que he sido
que no se muda amor, si es verdadero.
No estar asegurada vos, de olvido,
es la satisfacción mayor que espero,
que este temor, señora, me asegura
de la fe que tenéis sencilla y pura.

Con esto puso fin a su respuesta,
y principió su esposa a nuevo llanto,
que gloria no pensada como esta,
a veces un dolor, no puede tanto.
Águila no bajó, jamás tan presta
a socorrer sus hijos, entretanto
que el cazador mañoso los pretende
robar, cuando a su esposo ella descende.

Con sus hermosos brazos enredaba
aquel lucido, blanco y limpio acero
y con los dulces ojos, le hablaba,
que el gozo ató la lengua lo primero,
y en la misma moneda le pagaba,
viéndola tal, el pobre caballero,
que la suya también enmudecida,
se aderezaba para la partida.

Romance siguiente de la historia

Mirando está un Moro viejo,
que las Cristianas guardaba
lo que entre aquel caballero
y Melisendra pasaba
y viendo que se la lleva
las voces tan altas daba

que lo oyó el Rey Almanzor
en la mezquita do estaba,
y sale con muchos Moros
y vio a Gaiferos que pasa
y que en ancas del caballo
a Melisendra llevaba
tanto dolor siente el Moro
que las barbas se arrancaba
y como fuera de sí
grandes alaridos daba,
mandó tocar sus trompetas,
y a todos los de su casa
que tomen las armas luego,
con mucha prisa les manda,
y cuando estuvieron juntos
tras Gaiferos caminaban,
y hacen tal diligencia,
que muy presto los alcanzan,
Melisendra que los vio,
hacia Gaiferos hablaba.

Liras prosiguiendo

En ocasión nos vemos
donde es fuerza mostraros animoso:
huir ya no podemos,
pues que veis cuán furioso,
se acerca el enemigo poderoso.

Mirad vuestro linaje,
y que el premio soy yo, de la batalla,
si queréis que me baje,

y vais a comenzalla,
y no temáis los muchos que es canalla.

Aquella bocería
con que vienen gritando, no os asombre,
que todo es burlería,
haced que vuestro nombre,
entre ellos, sin temor jamás se nombre.

Si os dieran hoy la muerte,
yo os haré, esposo amado, compañía,
porque una misma suerte
será la vuestra, y mía,
y esto diciendo en tierra se ponía.

Segundo romance prosiguiendo

Gaiferos no le responde,
que como un rayo partía,
y por medio las batallas
de los Moros se metía,
de cuantos topa delante
ninguno deja con vida,
y el caballo por su parte
extraño estrago hacía,
la sangre sale de ellos
todo aquel campo teñía,
y ningún Moro le espera,
que el más valiente huía,
el Rey Almanzor miraba
lo que Gaiferos hacía,
y vio que en sus Moros todos

ninguna defensa había,
y volviendo el rostro a ellos,
de esta suerte les decía,
gente apocada, cobarde,
miserable, mal nacida,
por un solo caballero
deshonrada y abatida:
porque consentís, que hoy
por vuestra gran cobardía,
Almanzor pierda su honra,
y dentro en Francia se diga,
que no fuimos todos parte
cuantos en Sansueña había,
a que un caballero solo
no nos lleve una cautiva,
pues yo os juro por Mahoma,
que antes que se acabe el día
haga pasar a cuchillo,
el que aquí quede con vida.
Háceles muy poco al caso
lo que Almanzor les decía,
porque gente acobardada,
amenazas no temía.
El Rey viendo lo que pasa,
y que iban ya de vencida,
manda recoger su gente,
y a Sansueña se volvía.
Gaiferos vuelve a su esposa,
que a recibirle salía,
y con el gozo llorando,
estas palabras decía.

Estancias con que se concluye la historia

Qué bien puede igualarse al que poseo,
esposo amado, en vuestra compañía,
pues libre y sano, a mí volveros veo,
y vencedor de tanta Morería.

Viéndolo estoy, señor, y no lo creo,
porque imposible cosa parecía,
que un hombre solo, a tantos resistiese,
y con tan gran ventaja los venciese.

La libertad, que fue tan deseada
de mí, por vuestras manos he cobrado,
y juntamente, vida descansada,
con vos, que sois mi gusto regalado.
Mi corazón, su prenda más amada,
goza, de sobresalto asegurado,
que ya no hay que temer, pues con vos tiene
el bien, que le asegura y entretiene.

Esto diciendo, levantó los ojos,
y vio las armas blancas, matizadas,
con los sangrientos bárbaros despojos,
de las cobardes gentes, retiradas.
Y díjole, hay descanso a mis enojos,
que las armas tenéis ensangrentadas,
pero no puede ser, que un bien se tenga,
seguro, sin que un mal le sobrevenga.

Decidme ya, por Dios, si estáis herido,
y vamos a este monte, aquí cercano,
a donde sea ese daño prevenido,
y yo pueda curaros de mi mano,
que en la refriega que hoy habéis tenido,
no era posible de ella salir sano.

Gaiferos le responde, dulce diosa,
no es justo que entendáis de mí tal cosa.

Que cuando el mundo todo se juntara,
y defendiéndooos yo, me acometiera,
pensar que era serviros me bastara,
para que nadie, en nada, me ofendiera,
y solo el favor vuestro me otorgara
tanto poder, que a todos los venciera,
cuanto más, una chusma como aquella,
que no se gana gloria de vencella.

Con esto ya su esposa asegurada,
del sobresalto triste que tenía,
sube a caballo, y hacen su jornada
(que ninguno el camino defendía).
Tratando iban los dos de la pasada
ausencia, y caminando al sexto día,
llegan en Francia, donde poseyeron
seguramente el bien que pretendieron.

Soneto

Sol, de quien es un rayo el Sol del cielo,
retrato de la misma hermosura,
milagro, de admirable compostura,
cifra de todos el bien que tiene el suelo.

Lustre de cuanto cobre mortal velo,
norte, por quien se rige la ventura,
luz, que a la lumbré soberana y pura,
nos puede levantar con alto vuelo.

El que pensare ver vuestro retrato,
procure para entrar en tal conquista,
del Águila caudal, los ojos bellos,

y aunque los tenga mire con recato,
que para no cegar con vuestra vista,
aún no podrá hallar reparo en ellos.

Carta en redondillas

Bellísima galatea,
más que cuantas vi hermosa
ante quien Venus la diosa,
cobrara opinión de fea.

Así tengas la ventura
porque no te falte nada,
a la medida cortada
del valor y hermosura.

Y así veas tu ganado
crecer, como en prado flores,
y que sea de los pastores,
de más caudal, enviado.

Que vuelvas el rostro ahora,
un momento, a tu pastor,
de quien te hizo el Amor,
ser en un punto, señora.

Y en viéndole, considera,
que tú, en belleza sin par,
y él, en padecer y amar,
sois de una misma manera.

Y de que darle la muerte
ninguna cosa se gana,
sino es nombre de inhumana,
con quien muere por quererte.

No mires cuan poco vale,
si se compara contigo,
sino que te es tan amigo,
que ninguno hay que le iguale.

Y que no tiene otra gloria,
sino tenerte presente,
o cuando se halla ausente,
ver su bien en tu memoria.

Ni quieras por ser esquivo
darle, pastora, la muerte,
pues que gastara en quererte,
todos los años que viva.

Y pues que no puede ser
que viniendo no te quiera,
que ganaras, de que muera,
quien tanto te ha de querer.

Y si abrasado en tu fuego,
muere por suerte dichosa,
darle has muerte tan honrosa,
que te has de arrepentir luego.

Y queriéndole poner
en la más baja pobreza,
tendrá la mejor riqueza,
que pudiera pretender.

Porque podrán envidiarle,
los que tengan más valor,
la gloria, de aquel favor,
de acordarte de matarle.

Que al fin es contentamiento,
que no tiene gusto igual,

para bien, o para mal,
estar en tu pensamiento.

Y yo conozco en el llano
pastores, que dirán cierto,
bienaventurado muerto,
a quien acabó tal mano.

Y no han de parar aquí,
celebrando esta ventura,
que estando en la sepultura,
tendrán envidia de mí.

De suerte que el acabarme,
señora, no es ofenderme,
antes es favorecerme
de veras y regalarme.

Y si yo, pastora mía,
deseo tengo de vivir,
es por poderte servir,
y entiendo que acertaría.

Que no puede no ser diestro,
en este oficio un pastor,
de quien es el mismo amor
todas las horas maestro.

Y enseñándome a querer,
a servirte ha de enseñarme,
y solo falta mandarme,
para que se eche de ver.

No pienses que lisonjero,
puedo ser jamás contigo,
de verdades llanas digo,
diciendo lo que te quiero.

Pero todo el mal que siento
no diré (aunque más padezca)
para que no te parezca
que hago encarecimiento.

Solo puedo asegurarte
(no sé si querrás creerme)
que te pago el ofenderme,
señora, con adorarte.

Y si por esto merezco
que de mí tengas memoria,
con cualquier sombra de gloria,
sanará el mal que padezco.

Que no costará el pagarme,
señora, muchos despojos,
pues basta volver los ojos
amorosos a mirarme.

Y si tomares por tema
usar conmigo crueldad,
harta en mí tu voluntad,
que tuyo es cuanto se quema.

**Estancias de un pastor desesperado,
que viéndose cercano a la muerte,
declara las mandas de su testamento**

A la sombra de un risco, helado y frío,
estaba el sin ventura de Silvano,
el ganado dejando, a su albedrío,
despintar el hermoso y fértil llano.
Miraba el agua, de un corriente río,

cargado el rostro en la derecha mano,
hecha de sus dos ojos, una fuente,
que aumentaba a las aguas la corriente.

Un rabel par de sí, tenía quebrado,
que en tiempo de placer lo entretenía,
y quísole romper, desconfiado
de haberle menester, como solía.
Acábale la fuerza del cuidado,
por momentos, la vida y alegría,
y con tanto dolor se lamentaba,
que los peñascos duros ablandaba.

Las palabras cortaba con gemidos,
de las tiernas entrañas arrancados,
y con suspiros tristes, afligidos,
muestra del alma triste, los cuidados.
Y el son de sus acentos doloridos,
hace parar el aire, en los collados,
y Eco de lastimada, repetía,
tristemente, la parte que podía.

De Lucida, llamándole el nombre amado,
quedaba el pastor pobre, sin sentido,
y vuelto en sí, tomaba su cayado,
do le tenía con letras esculpido.
Mirábale, y en lágrimas bañado,
con un suspiro triste, y afligido,
la voz esparce al viento, y dice, ay muerte,
socorra tu presencia mi mal suerte.

Pues que no me es posible tener vida,
sin ver la luz que ahora tengo ausente,

de aquellos ojos, donde amor se anida,
más hermosos que el Sol resplandeciente.
Apresura si quieres tu venida,
y no seas ocasión que me atormente
la vida más que tú, que bien entiendo,
que más es que morir, vivir muriendo.

Desata con presteza la atadura
con que está el alma triste, al cuerpo atada.
Rompe con brevedad la cerradura,
de esta prisión, do vive encarcelada.
Otros te llamarán esquivia y dura,
porque apresuras tanto tu jornada,
y yo, porque el remedio me detienes,
con que sane mi mal, pues tú le tienes.

Dese al suelo, la parte que es terrena,
que al fin descansará en la sepultura,
y antes que desespere con la pena,
el alma vaya a parte más segura,
y el corazón se dé, que amor lo ordena,
y el hado lo permite, y mi ventura,
a Lucida, que siempre ha sido suyo,
y no es bien que en la muerte, mude cuyo.

Désele este zurrón, y este cayado,
que me han hecho tan buena compañía,
y reciba a su cargo mi ganado,
de quien tan descuidado yo vivía.
Y pues que fui su esclavo declarado,
sin querer, que aun el alma fuese mía,
entréguesele todo, pues yo acabo,
que el amo ha de heredar al que es su esclavo.

Romance

En la villa de Antequera
Xarifa cautiva estaba,
la Mora que más quería
el Rey Chico de Granada,
siente tanto verte presa
que nada la consolaba,
porque el cuerpo en Antequera
tiene, y en Granada el alma,
que si el Moro la quería,
ella más que a sí le amaba,
cien mil años le parece
cada momento que tarda,
el rescate que se había
de dar para libertarla,
porque de aquello imagina
que la tiene olvidada,
que de cualquier niñería
lo sospecha el que bien ama,
por certificarse de esto
al Rey escribe una carta,
dándole en ella a entender
lo que en la prisión pasaba,
y con un Moro la envía,
que era alcaide de la Alhambra,
y de paz vino a Antequera
solo a saber cómo estaba;
el Rey la carta recibe,
y antes de abrirla temblaba
y cuando la tuvo abierta
a leer la comenzaba;
y vio que Xarifa en ella,
de esta suerte se quejaba.

Carta de Xarifa al Rey de Granada

La cautiva desdichada,
libre un tiempo y venturosa,
en ser de ti tan amada,
te escribe, muy temerosa,
de que estará ya olvidada.
Aunque no puedo creer
que esté apagada esta llama,
mas no deja mi querer
de recelar y temer,
que es ordinario en quien ama.

Para la desconfianza
amando, no hay resistencia,
ni segura confianza,
y al fin olvido y mudanza
son condiciones de ausencia.
Y yo no puedo de ti
estar muy asegurada,
que hay muchas Moras, ay,
por quien me trueques a mí,
si no me tienes trocada.

Y si lo debo de estar
pues tanto tiempo has tardado
de enviar a rescatar,
la que sus ojos tornado
fuentes por ti de llorar.
Tanto no me descuidara,
si te viera yo a ti preso,
que si hacienda faltara,
para librarte confieso
que con sangre te comprara.

Si soy de ti tan amada
como fui, rey y señor,
sea yo luego rescatada,
que ya sabes, que el amor
no sufre descuido en nada.
Y sospechar me haría
si más que el pasado hubiese,
que tu fe no es cual solía,
y el punto en que lo creyese,
el de mi muerte sería.

No consideres mi suerte
porque te hará olvidarme,
sino que supe quererte,
y te preciaste de amarme,
como yo de obedecerte.
Y sea esto tanta parte,
que de esta prisión tan brava
salga yo libre, a gozarte,
pues librarás una esclava,
que ha sido reina en amarte.

Que aunque trabajosa y fuerte
es de sufrir mi prisión,
todo mi mal es no verte,
y esta sola es la pasión,
que me podrá dar la muerte.
Y no es bien que los enojos
del vivir me desposean,
sin que primero estos ojos
en tu presencia se vean,
gozando alegres despojos.

Mira que tarde, y mañana,
estos que conmigo están

creyendo que soy liviana,
cuanto quisiere me dan,
porque me vuelva Cristiana.
Y yo llorando les digo
que jamás no dejaré
esta ley, que tengo y sigo,
y mucho menos, la fe
que tuve y tendré contigo.

Romance segundo prosiguiendo la historia

Esta carta de su dama,
habiendo el Moro leído,
arrimado a una ventana,
quedó fuera de sentido,
y después que volvió en sí,
tinta y papel ha pedido,
y porque Xarifa entienda,
que no la ha puesto en olvido,
sino que aumentaba ausencia,
la fe que le había tenido,
cuando dio lugar la pena
al corazón afligido,
para mostrar el dolor,
que de su mal ha sentido,
en respuesta de su carta,
esto el Moro ha respondido.

Carta del Rey de Granada a Xarifa

Grande agravio se le ha hecho,
Xarifa dulce, a mi fe,
en imaginar que esté

aun de vivir, satisfecho,
sin lo que en verte gocé.

Oféndesme con temer
mudanza de mí ni olvido,
que donde Amor ha cabido,
no puede olvido caber,
si no fue el Amor fingido.

Y con el que yo te quiero,
la misma imaginación
no llega a su perfección,
y así acabara primero
mi vida que mi afición.

Y esta no me da licencia
para olvidarme de ti,
y siendo, señora, así,
son condiciones de ausencia,
amor y firmeza en mí.

Y cuando a que esto no fuera,
en mil mundos no hallara,
otra, por quien te trocara,
aunque a posta la hiciera
el cielo, y su resto echara.

Que a los que te pueden ver
es bien fácil de juzgar,
que el cielo, con su poder,
ni tiene más que hacer,
ni yo, más que desear.

Estoy muriendo sin verte
porque de tu vista vivo,

y la vida que recibo,
es la que me da, el quererte,
que alivia el dolor esquivo.

Y en solo este pensamiento
te entretiene el alma mía,
y es el entretenimiento
de suerte, que si un momento
me faltase, moriría.

Y si el Rey, te me quisiese,
dulce amiga, rescatar,
no me podría demandar
tanto, como yo le diese,
por no dejarte penar.

Descuido en mí no le ha habido,
ni el Amor querrá otorgarme
licencia de descuidarme,
que a mí mismo me he ofrecido,
por ti, si quieren llevarme.

Que de imaginar que tienes
tan triste imaginación,
siente tanto el corazón,
que basta saber que penes,
para morir de pasión.

No deben de querer darme
tu persona, por saber
que esta sola podrá ser
ocasión para acabarme,
la mayor que puede haber.

Y en esto tienen razón,
que si faltase esperanza

de remediar tu prisión,
hará cierta esta pasión,
mi muerte, y su confianza.

Que en ti me quitan la vida,
y el bien que puedo tener
es pensar que has de volver
a ser de mí poseída,
sin temerte más perder.

Y esto se ha de efectuar
con brevedad, según creo,
y puédeste asegurar
que lo han de solicitar
por ti, mi amor y deseo.

Que este por momentos crece,
y si en Amor tasa hubiera,
su término en mí tuviera,
que lo que tu ser merece,
no sufre, que menos quiera.

Y siendo, señora, así,
alma tan enamorada
no se olvidará de ti,
déjame el cuidado a mí,
sin tenerle tú, de nada.

Y de este tu esclavo fía
(que fue Rey cuando te quiso)
que estará sin alegría,
hasta que su paraíso
goce en ti, como solía.

Y pues que sabes que muero
de la manera que mueres,

espera, como yo espero,
que de lo bien que te quiero,
conozco lo que me quieres.

Y sé, que no ha de ser parte
la mucha importunidad,
para poder olvidarte,
del que nunca voluntad
tuvo, sino de adorarte.

Romance con que se da principio a un coloquio pastoril

Al tiempo que el rojo Apolo
sus bellos rayos tendía
y daba lustre a la tierra
y al cielo por do venía
la tiniebla desterrando,
que todo lo oscurecía,
a repastar su ganado,
Gila y Silvia se salían
y de las dos la belleza
al Sol envidia ponía,
entrambas iban cantando,
con tal gracia y armonía,
que el ganado que llevaban
por escuchar no pacía;
cada cual iba contenta,
con la otra compañía,
si los corazones fueran
como lo que parecía,
pues yendo de esta manera,

a Gila Silvia decía:
una sospecha que tengo,
Gila, decirte querría,
no para darte disgusto,
sino porque holgaría
de vivir desengañada,
de una cierta niñería.
Gila, con alegre cara,
de esta suerte respondía,
no es bien que gastes palabras,
regalada Silvia mía,
sino di lo que quisieres,
que no te lo encubriría,
aunque por ello pensase
que mi gusto se perdía.
Yo, Gila, Silvia responde,
de esa suerte lo entendía,
y es lo que saber deseo,
si de Antón eres querida,
y si tú le quieres bien,
sabiendo que él me servía,
y la causa que contigo
me ha tenido desabrida,
es pensar que tú le amas,
y andas conmigo fingida.
Gila, por darle a entender
ser falso lo que temía,
haciendo mucho donaire
del celo que en ella vía,
le respondió, por mostrarle
cuán engañada vivía:
ay, hermana, cuál te tiene

Amor con su tiranía,
pues imaginas de mí
lo que tanto me ofendía.
Antón bien puede quererme,
mas muy en vano sería,
y aunque otra causa no hubiera
sino ver que él te servía,
le dejara de querer
por serme tú tan amiga,
y no serlo yo contigo
en esto no se sufría,
y porque más no te ofenda
esa ciega fantasía,
sabe que a Pelayo quiero
como al alma y a la vida,
y que la misma sospecha
que de mí tienes, tenía,
porque pidiéndole celos
a tu causa el otro día,
de su respuesta entendí
que más que a sí te quería;
y decírtelo he querido,
pero nunca me atrevía,
y así me huelgo que ahora,
por lo que a las dos cumplía,
hayas dado la ocasión
como yo la pretendía.
Silvia quedó satisfecha
con lo que Gila decía,
y acordaron que en la fuente,
donde la siesta tendrían
en presencia de los dos,

se acabase esta porfía,
porque se desengañasen,
de lo que saber querían;
y las dos con este acuerdo,
cada cual donde solía,
apacentar su manada,
con ella luego partía;
y cuando entraba la siesta,
que ya el calor ofendía,
se vinieron a la fuente
adonde venido había,
el uno de los pastores,
y al compañero atendía,
el cual desde a poco rato
le vieron como venía,
y cuando estuvieron juntos,
los que engañados vivían
lo que las lenguas callaban,
con los ojos se decían,
y fue Silvia la primera,
como quien menos podía
disimular el gran fuego
que en su corazón ardía,
la que sacando una flauta
que en el zurrón la traía,
le pidió a Antón que templase
el rabel que allí tenía,
y que la satisficiese
a lo que preguntaría;
y puestos en él los ojos,
estas preguntas hacía.

Coloquio en redondillas prosiguiendo la historia

Silvia. ¿A quién amas, di, pastor?

Antón. Amo la que me aborrece.

Silvia. ¿Olvidarla no es mejor?

Antón. No, porque ni quiere Amor,
ni su valor lo merece.

Silvia. No estabas más obligado
a querer a quien te quiere.

Antón. No, porque es Amor forzado,
y no libre, y de mi grado,
como el fino Amor requiere.

Silvia. Luego a mí ya no me quieres,
siendo de mí tan querido.

Antón. Silvia, tan discreta eres,
que ya lo habrás, si quisieres,
de lo pasado entendido.

Silvia. Habré de perder la vida
por tu causa, si me dejas.

Antón. Si puedes, pastora, olvida,
que con la vida perdida,
más del remedio te alejas.

Silvia. Al fin me das esperanza,
si vivo, de algún remedio,
de los que el vivir alcanza.

Antón. Sí, de olvido o de mudanza,
que no es para ti mal medio.

Silvia. ¿Quién es, Antón, la pastora
do pusiste tu afición?

Antón. La que está en mi corazón,
que no puedo por ahora,
dar más larga relación.

Silvia. Como yo estoy, verla espero,
si te quiere y se declara,

Antón. Silvia, de veras la quiero,
y a quererte a ti primero
de veras, no te olvidara.

Silvia. De manera, que es cansarte,
verme quejar y quererte.

Antón. Bien puedes desengañarte,
de eso, porque no soy parte,
a hacerlo de otra suerte.

Segundo romance prosiguiendo

Silvia que tan a su costa,
se vido desengañada,
con la mano en la mejilla,
toda la color mudada,
del contento de la vida,
quedando desesperada,
combatida del dolor,
de verse menospreciada,
que es un ansia en las mujeres,
a la muerte comparada,
estuvo por algún tiempo,
de aliento vital privada,
y después que volvió en sí
quedó llorando, callada.
Gila le daba consuelo
de su dolor descuidada,
no temiendo la pasión
que allí le estaba guardada,
y por dar algún placer

a la pastora olvidada,
siendo de los dos pastores
para ello importunada,
así comenzó a cantar,
con una gracia extremada.

Canción de Gila siguiendo el mismo suceso

Sé bien que soy querida,
y no vivo engañada,
que si doy alma y vida,
con otra soy pagada,
do no tendrá jamás olvido entrada.

Amor me ha satisfecho
cual jamás a ninguna,
y dos almas ha hecho
tan solamente una,
exenta de mudanzas de fortuna.

De mi orgullo, a medida
fue mi pastor cortado,
y soy de él tan querida,
que no me da cuidado,
recelo, ni temor, desconfiado.

Descuide la pastora,
que mayor bien posea,
de verle, cual yo ahora,
que en lo que el Sol rodea,
ventura tal no puede ser que sea.

Y tú, Silvia hermosa,
en tanta desventura,

muéstrate valerosa,
que el tiempo es el que cura,
con gran facilidad, esa tristura.

Tercer romance al mismo propósito

Y con esto puso fin,
a lo que había comenzado,
y llegóse a Silvia luego,
y un gran abrazo le ha dado,
diciéndole, Silvia mía,
el llorar es excusado,
cuando de todo remedio,
es el mal desconfiado;
paga, hermana, con olvido,
pues que con él te han pagado,
que yo lo mismo hiciera,
si me viera en tal estado.
Ay Gila, Silvia responde,
qué negocio es tan usado,
dar al hombre, que está enfermo,
buenos consejos el sano:
el Amor que es verdadero,
mal puede ser olvidado.
Plega a Dios que no te trate,
a ti, como me ha tratado,
que entonces, Gila, verías,
si es fácil para curado;
mas por hacerme placer,
al que es de ti tan amado,
le pide que cante un poco,
por ver si está enamorado,

del modo que le pintaste,
en tu cantar confiado.
Gila se lo rogó, y luego
fue de Pelayo aceptado,
mas con una condición,
que de ella fuese ayudado.
Holgó la pastora de ello,
y entrambos han comenzado,
preguntando y respondiendo,
a declarar su cuidado.

Canción entre Pelayo y Gila

Pelayo. El que más confía
de Amor, asegurando su esperanza,
se halla las más veces engañado,
y loca fantasía
es entender que nadie de mudanza,
le pueda tener siempre asegurado.

Gila. Ello así sucede,
pastor, mas yo no puedo de tu parte,
tener sino esperanza muy segura,
pues ninguna puede
igualarse conmigo en bien amarte,
con una fe sencilla, limpia y pura.

Pelayo. Eso yo lo creo,
y que es así confieso, mas no sigue
todas veces Amor esa ordenanza,
y querer que el deseo
a estar en un lugar siempre se obligue
es cosa que en la tierra no se alcanza.

- Gila. Es averiguada
esta verdad, que Amor de Amor se paga,
y en ella sola, y en Amor confío,
que he de ser pagada
de ti, con otro Amor que satisfaga
la obligación que tú tienes al mío.
- Pelayo. Es la paga esa
que dices, mas Amor nunca se obliga
a ley, y más tan corta y tan estrecha,
sirve de promesa,
con que los corazones ata y liga,
y a veces ni se cumple, ni aprovecha.
- Gila. Luego tú mudarte
podrás, no me pagando como espero,
y como hasta ahora lo entendía,
y yo podré olvidarte,
aunque más me quisieses que te quiero
creer no quiero tal, que es tiranía.
- Pelayo. Vives engañada
en eso, y en pensar que yo te adoro,
y pago con Amor el que me tienes,
no estés confiada,
que en otra parte tengo mi tesoro,
porque tú, muy de burla me entretienes.

Cuarto romance prosiguiendo

Sin poderle dar respuesta,
quedó fuera de sentido
la pastora confiada,
y Silvia que tal la vido,
un poco más consolada,

del dolor que había tenido,
por ver que también lo siente,
la que no lo había temido,
llamando pastor ingrato
al que la causa había sido,
del agua de aquella fuente
por el rostro le ha esparcido,
y cuando tuvo del todo
el aliento reducido,
le daba Silvia el consejo
que había de ella recibido.
Gila volvió el rostro bello,
colorado y encendido,
y a Pelayo le pregunta,
di, pastor, desconocido,
que es de aquel Amor tan firme,
que en tu corazón se vido,
de qué te sirvió engañarme,
con aquel trato fingido,
si me pensabas pagar
tanta fe, con tanto olvido,
que es del alma enamorada,
do está el corazón, rendido,
tan sacrificado al fuego,
de estas manos encendido,
la causa de tanto daño
para mí, di quién ha sido,
que así te ha hecho quedar
con [el] nombre desmentido.
Pelayo que de esta suerte
de Gila tratarse vido,
se comenzó a disculpar

diciendo que no ha tenido
tiempo de desengañarla,
sino el que allí se ha ofrecido,
y que Amor tenía la culpa
de todo lo sucedido,
y que por satisfacer
a lo que le había pedido,
le quiere decir quién es,
la que le tiene vencido,
y así tomando el rabel,
que primero había tañido
teniendo de amor y miedo
el corazón combatido,
esta canción comenzó
con un muy dulce sonido.

Villancico siguiendo el propósito

*Con saber que por Antón
Silvia muere,
el Amor ordena y quiere,
que yo le dé el corazón.*

Con verla que está rendida,
y que tan de veras ama,
no puedo apagar la llama,
que en el alma está encendida,
y aunque ningún galardón
de ella espere,
*el Amor ordena y quiere,
que yo le dé el corazón.*

Gila, si en mi mano fuera,
nunca yo te disgustara,

ni jamás imaginara
cosa con que te ofendiera,
mas el ciego corazón,
que me hiere,
por su gusto, manda y quiere,
que a Silvia dé el corazón.

Quinto romance prosiguiendo

Habiéndose disculpado
el pastor de esta manera,
a Silvia vuelve los ojos,
por ver lo que de ella espera,
y vio que no le miraba,
como si allí no estuviera,
sino que a Antón le pedía
que tan ingrato no fuera,
y que si serlo quería
a lo menos, le dijera
pues no estaba declarado
a la que fuere quién era,
viose el pastor afligido,
que hacerlo no quisiera.
y díjole, Silvia hermosa,
yo holgara si pudiera,
de no darte ese disgusto
y pienso que mejor fuera,
mas porque no me importunes
haré lo que no debiera,
y así comenzó a cantar,
que callar más le valiera.

Villancico desengañando a Silvia

*Pastor, a tu desengaño,
en Gila puedes ver,
que en ella está mi querer,
y la causa de tu daño.*

Sabe Amor que no quisiera
por solo no darte pena
hacer lo que se me ordena
(como excusarlo pudiera).
Y pues has dado en saber
a quien amo, sin engaño,
*en Gila está mi querer,
y la causa de tu daño.*

El tiempo que supe amarte,
fue mi querer de manera
que otra ninguna creyera
que me hiciera olvidarte,
pero yo te desengaño,
que supo el Amor hacer
que pusiese mi querer
en Gila para tu daño.

Canción siguiendo el suceso

Con esto puso fin al dulce canto,
y acabó la esperanza
de su pastora, en este desengaño,
y pudo en ella tanto,
que con nueva mudanza,
aseguró el remedio de su daño,
causado del mal fuerte,
que no suele acabarse sin la muerte.

Con nuevo aliento, nueva fuerza y brío,
mostró no darse nada,
y vuelve a Gila, y dice de esta suerte,
pastora, favorece al pastor mío,
pues de él eres amada,
y no tiene otro bien, sino quererte,
que si no lo hicieres
todo el mundo dirá cuán cruda eres.

Antón estuvo atento a la respuesta
que Gila le daría,
por ver si a su propósito cuadraba,
y vio que le responde, cosa es esta
que yo sí la haría,
mas entendí de Antón, que se burlaba,
hasta ver la tercera
que entre las diosas, puede ser primera.

Lo que yo quiero, Silvia, suplicarte,
ahora muy de veras,
para satisfacción de mi Pelayo,
es, que pues que me olvida por amarte,
le regales y quieras,
dando remedio a tu mortal desmayo,
pues ves que lo merece
la voluntad del alma que te ofrece.

Yo estaba, respondió, determinada,
Gila, de hacello,
y la causa que das fuera bastante;
mas viéndote sin ella, a ti olvidada,
quiero pensar en ello,
pues queda atrás quien no mira adelante,

y del que a ti te olvida,
no puede ser la fe, sino fingida.

Quedaron con razón desesperados
de ver tal extrañeza
los dos afligidísimos pastores,
viéndose de tal suerte despreciados
por la poca firmeza
que supieron tener en sus amores,
y así se han concertado
de volver cada cual a lo pasado.

Pelayo de los dos llegó primero
a Gila arrodillado,
pidiéndole perdón de aquella ofensa,
y ella con un desdén esquivo y fiero,
y con el rostro airado,
le dice que se engaña si tal piensa,
y en su rabelpreciado,
con ello lo dejó desengañado.

Villancico en que Gila desengaña a Pelayo

*Con olvido y con mudanza,
Pelayo, te pagaré,
pues trocaste firme fe
por tan dudosa esperanza.*

No imagines que ya pueda
obligarme tu cuidado,
porque en la misma moneda
que me diste, irás pagado.
Y no tengas confianza
de que jamás te veré,

*pues trocaste firme fe
por tan dudosa esperanza.*

Si me quieres, no te quiero,
y quererme es por demás,
que presto conocerás
lo que pierdes, por grosero.
El mérito que se alcanza
de tus obras, te daré,
*pues trocaste firme fe
por tan dudosa esperanza.*

No pienses, como primero,
que duelo de tu mal haya;
antes holgaré que vaya
la sogá tras el caldero.
Conmigo no más privanza,
que ya pasó lo que fue,
*pues trocaste firme fe
por tan dudosa esperanza.*

Sexto romance prosiguiendo

Quisiera el pobre pastor
alguna disculpa dar,
mas Gila estaba de suerte,
que no le quiso escuchar,
diciéndole que dejase
de cantarse y de llorar,
pues para solo su daño
le podría aprovechar.
No deja, Antón, entretanto
a Silvia de suplicar,

que no mirando su culpa
le quisiese perdonar.
Silvia no curando de esto,
no le quiso replicar,
y por no gastar el tiempo,
y razones acortar,
de esta suerte le comienza,
cantando, a desengañar.

Villancico en que Silvia desengaña a Antón

*El amor que me forzaba
a quererte, se acabó,
y el desamor ocupó
el lugar adonde estaba.*

Por mi gusto te quería,
creyendo que me pagabas,
y saber que me engañabas
es muy buena suerte mía,
y con esto feneció
el querer que me obligaba,
*y el desamor ocupó
el lugar adonde estaba.*

Fue vana la confianza
que nació de mi querer,
y de esta suerte, ha de ser
para siempre, tu esperanza,
que en mi pecho se apagó
el fuego que me abrasaba,
y el desamor ocupó
cuanto el querer ocupaba.

Redondilla con que se acaba el coloquio pastoril

Los pastores cuando vieron
sin remedio su pasión,
con extraña confusión
de la fuerte se partieron,
y las pastoras quedaron
con entrambos, de tal suerte,
que nunca hasta la muerte
los vieron, ni los hablaron.

Villancico

*Si no habéis de dar favores,
sino a quien se iguale a vos,
a solas, podréis con vos
andar, señora, de amores.*

Si para con vos no vale
seguir, padecer y amar,
y solo habéis de mirar
al que en valor os iguale,
no le tiene hecho Dios,
y faltándoos amadores,
*a solas, podréis con vos,
andar, señora, de amores.*

Bien podréis de conoceros,
sin soberbia conocer
que nadie deja de ser
indigno del bien de veros.
Y si han de ser como vos,

los que os fueren servidores,
a solas, podréis con vos,
andar, señora, de amores.

De vos misma enamoraros,
bien veréis que no es aviso,
que el suceso de Narciso
bastara desengañaros.

Los extremos que hay en vos
no dejéis pasar en flores,
pues tan mal *podréis con vos,*
andar, señora, de amores.

Es menester que humanéis
esa condición esquiva,
y que no seáis tan altiva,
si ser amada queréis,
y no reciban de vos
los que os aman disfavores,
pues tan mal *podréis con vos,*
andar, señora, de amores.

Liras a una dama que dudaba en la voluntad del que la servía

Estoy en tanto estrecho,
que mi pasión revienta por mostrarse,
y el fuego de mi pecho
querer disimularse
es imposible, y mucho más callarse.

Confieso que estoy loco,
que nunca supo amar quien no lo ha estado,

los cuerdos tengo en poco,
en fe de haber llegado,
donde tener paciencia es excusado.

No hay suerte de tormento,
que ya no tenga amor en mí probada,
que de mi sentimiento
parece que se agrada,
y a mí el vivir, me cansa ya y me enfada.

Mis pasiones llevara,
con la mayor paciencia que pudiera,
y cuando más penara,
quejarme no pudiera,
cuando ofensa a mi fe, no se hiciera.

Mas no querer creerme,
es buscar nuevo modo de matarme,
porque de no quererme,
no supiera quejarme,
mas eso otro es querer desesperarme.

Viéndome estar muriendo,
Lucida dice que me estoy burlando,
y estase el alma ardiendo,
y mi pecho abrasando,
y jura que es fingir, andar cual ando.

Estos húmedos ojos
muestran del alma el blando sentimiento,
y fingidos enojos
llama a tan gran tormento,
con ser un nuevo infierno el que yo siento.

Cuando Lucida fuera
de menor calidad, menos hermosa,

aunque no me creyera,
fuera ordinaria cosa,
mas cómo ha de ser esto, siendo diosa.

Y viendo mi bajeza,
y su ser y valor tan levantado,
porque tal extrañeza,
pues se ha desengañado
que no hay más bien en mí, que su cuidado.

Si finge no creerme,
por dejar de obligarse a remediarme,
deje el desvanecerme,
con no mostrar que huelga de tratarme.

Tráteme con llaneza,
y quíteme del todo la esperanza,
y no muestre terneza,
que ofrezca confianza,
porque en mí, si es posible, haya mudanza.

No trate con engaño
ni con doblez, un alma que la adora,
muéstreme un desengaño,
lo que en su pecho mora,
no muera yo mil muertes, cada hora.

Mándeme que la vea,
y que la sirva siempre, y la regale,
y que la adoro crea,
pues para más no vale
una fe, que ninguna hay que le iguale.

Y cuéstale muy poco
creerme la verdad que en esto digo,
que yo no estoy tan loco,

que piense que la oblige
a lo imposible, en serle tan amigo.

Y otra paga no quiero,
ya que padezco, sino ser creído,
que es todo el bien que espero,
y otro ninguno pido,
y este, por fe, lo tengo merecido.

Elegía en tercetos de un amador desesperado

Qué Dios, qué ley, qué furia, qué tormento,
qué rabia, qué dolor, qué desventura,
es esta que me has puesto cual me siento.

La muerte es gran regalo, gran ventura,
con ella acaba el mal, cesa la pena,
y así el descanso en ella se asegura.

A mí el Hado a que viva me condena,
y vivo a mi pesar, que más querría
dar al suelo la parte que es terrena.

Ya triste, con morir descansaría,
dejará tanto mal de atormentarme,
como el que me atormenta, noche y día.

Bastante es la ocasión para matarme,
no sé quién me acobarda y me detiene,
que no me da lugar para acabarme.

Inexorable Parca, quién te tiene,
que no vengas con paso apresurado,
al que solo buscarte le conmueve.

Está todo el infierno conjurado,
el Aire, el Agua, el Fuego y dura Tierra,
contra este cuerpo triste desdichado.

Con regalarme amor, me hace guerra,
y dándome más bien del que merezco,
me aflige, me consume y me destierra.

Quiero decir mis males, y enmudezco
y así vengo a mostrar mejor callando,
que con hablar lo mucho que padezco.

Ay dolor, cómo estarse contemplando
dos almas igualmente padeciendo
y que con igualdad viven amando.

Y en los ojos gozar de estar leyendo
los dulces y amorosos sentimientos
que causa el fuego en que se están ardiendo.

Y ver que los continuos movimientos
son muestras de la llama que se encubre
a quien se han de descubrir los pensamientos.

Y ver el corazón cómo descubre
al corazón que ama suspirando,
todo lo que el recato y miedo cubre.

Y tras eso, que estén desesperando,
por gozar de más bien, y que imposible
venga a ser lo que están solicitando.

El desamor no es pena tan terrible
[porque se cansa]²¹ un hombre desamado,
cuando el bien no le es posible.

²¹ Palabras ininteligibles en la fotocopia del texto. Parece decir lo que se agrega entre corchetes.

Y estando de esto ya desengañado,
suele ser parte el verse aborrecido
para tener las riendas al cuidado.

Y viendo que gasta el tiempo mal perdido,
faltándole del todo la esperanza,
para venir con ella entretenido.

Y hace el tiempo y la desconfianza,
y el continuo penar, que el alma canse,
y busque alguna nueva confianza.

Amar y ser amado es duro trance,
cuando a la gloria y bien que amor ofrece,
no deja la fortuna dar alcance.

Aquí, toda la fuerza desfallece,
aquí no halla vado el sufrimiento,
aquí el hombre más cuerdo se enloquece.

Esta es la suma y cifra del tormento,
y más cuando se llega el mal de ausencia,
para saber de punto el sentimiento.

Esto es no quedar vida ni paciencia,
vida, porque al partir la cosa amada,
a quien ama, el morir queda en presencia.

Paciencia porque allí será excusada
y no la habrá que baste para el fiero
dolor con que es el alma atormentada.

Estas son las razones porque muero,
porque a mi pesar, la vida tengo,
o por lo que del todo, desespero.

Con todos estos males me entretengo,
ved que podrá esperar un desdichado
que sostiene la carga que sostengo,
y de remedio está desconfiado.

Ajena

*Ver que mi mal es sin cura,
es lo mejor que hay en él,
yo no quiero sanar dél,
porque me sobra en ventura
lo que tiene de cruel.*

Glosa propia

De tanta satisfacción
es para mí el mal que siento,
por tener tal ocasión,
que el gusto de mi pasión
no cabe en merecimiento.
Y mira el valor que tiene
la que mi muerte procura,
que como a su causa pene
padeciendo, me entretiene
ver que mi mal es sin cura.

Y si alguna ha de tener
este dolor que sostengo,
por un milagro ha de ser
que el amor quiera hacer,
en fe, de la que yo tengo.
Que para mal tan terrible,
desesperado y cruel,

no hay remedio en lo posible,
y pensar que es imposible,
es lo mejor que hay en él.

Si yo sanar esperara,
la que adoro, se ofendiera,
porque su valor bajara,
cuando el remedio llegara
a lo que yo pretendiera.
Mas estoy siempre tan puesto,
en serle amigo fiel,
que aunque el mal me acabe presto
si se ha de ofender en esto,
yo no quiero sanar dél.

Y cuando el alma ofendida
con el dolor inhumano
de este cuerpo se despida,
podráse acabar la vida
mas no el bien que en morir gano.
Y esta victoria es tan alta,
que mayor bien me asegura,
así que en mi mal, no es falta
lo que de remedio falta,²²
porque me sobra en ventura.

Y no sé yo cuál pudiera
ser en la tierra mayor,
que ordenarme Amor que muera
con herida, que él tuviera
por venturoso favor.

²² Véase rima conceptual de homónimos: «falta» como «pecado»; «falta», del verbo «faltar».

Y con este desengaño
y el regalo que hay en él,
aunque es mi dolor extraño,
hallo que es alivio al daño
lo que tiene de cruel.

Canción

Cuan bien aventurado,
Amor, puedo llamarme,
viéndome ya contigo tan valido,
pues me diste un cuidado
con que podré ufanarme
de todo cuanto mal he padecido.
Que es bien no merecido
tan alto pensamiento,
adonde el alma halla
quien pueda regalalla,
y convertirle en gloria su tormento,
y en la causa del daño
dulce cotentamiento, y gusto extraño.

Los males que padezco
por ocasión tan buena,
dan vida y son descanso regalado,
y así los agradezco,
a quien me los ordena,
y estóile agradecido y obligado.
Y tan dichoso estado
con nadie trocaría,
ni me veré envidioso
del que más venturoso

se imagina, y más lleno de alegría,
porque yo no imagino
que hay bien como mi mal, si no es divino.

Lo que más siento en esto
es ver que con la muerte
tan venturoso mal ha de acabarse,
porque será muy presto
aunque la parca suerte
de mí quiera mil años olvidarse,
pues no hay imaginarse
mayor contentamiento,
ni cabe en la memoria
a veces tanta gloria,
como yo hallo, en medio del tormento,
cuando la causa veo,
que es do halla su término el deseo.

Siento que otros bríos,
el alma, desde el día
que abrió la puerta al bien de este cuidado,
y llamo desvaríos
los medios que ponía,
para solicitar el bien pasado.
Ya estoy desengañado,
que como sueño ha sido
cualquier otro suceso,
y no hay tratarse de eso,
sino de estimar mucho haber venido
a las manos de aquella
que no se desea bien, que no esté en ella.

Con tanta hermosura,
tanto donaire y brío,

tal valor, tanto aviso y gentileza,
cualquier bien asegura,
aunque con tal desvío,
haga de sus favores, extrañeza.
Que la naturaleza,
pues tan aventajada
quiso, y pudo, hacella.
puso muy bien en ella
belleza, y libertad tan extremada,
para que ningún loco
piense que lo que es mucho, cuesta poco.

No sabe conocerla,
ni con fineza amarla,
el que una vez la vio, si no enloquece,
y quien mereció verla,
y supo desearla,
con muy justa razón se desvanece.
Y el que favor merece,
venido de tal mano,
no pida más victoria,
pues basta aquella gloria
para traerle siempre muy ufano,
y más, si fue de aquellos
que aciertan hacer sus ojos bellos.

Canción de Amor nacida,
no te detengas, parte,
y a Lucida te ofreces de mi parte,
y dile que mi vida
ha de acabar primero
que se acabe la fe con que la quiero.

Soneto

Decir que son de oro esos cabellos,
y que esa frente es obra soberana,
y que son las mejillas nieve y grana,
y dos luceros esos ojos bellos.

Y decir que dos arcos hay sobre ellos
del cielo, el uno y el otro con que ganas,
amor de los despojos de Diana,
lo más, y lo mejor, de todos ellos.

Y decir que esos labios de esa boca
son dos rubíes, y perlas esos dientes,
y que esas manos son alabastrinas.

Es de paso tocar los accidentes,
que la humana alabanza, toda es poca
para celebrar bien cosas divinas.

Carta en redondillas de un galán que se disculpa con su dama por haberle ser forzoso decir su pena

Manda amor que calle y muera,
y deje de importunaros,
y si posible me fuera,
señora, yo lo hiciera
a trueco de no cansaros.

Mas es forzoso mostrarse,
mal que no puede sufrirse,
pues aunque quiera callarse,
es tal, que disimularse
no puede, sin descubrirse.

Y muerto o vivo, sé cierto,
que encubrirle será en vano,
que si muero, al descubierto
verá luego que me han muerto
heridas de vuestra mano.

Porque tenéis tal poder,
que con cierto desengaño
echarán todos de ver
que no pudieran hacer
sino estas manos, tal daño.

Y pues de mi sentimiento
es tan dura la porfía,
no es decirlo atrevimiento,
ni quejarme, falta mía,
sino sobra de tormento.

Y no imaginéis que quiero
con lástimas ablandaros,
que lo imposible no espero,
sino que sepáis que muero,
por no olvidarme de amaros.

Y aunque se pudiese dar,
con olvido, a mi mal medio,
holgaré más de acabar,
por ser bajeza sanar,
con tan villano remedio.

Tampoco es bien que se entienda
que yo entiendo que os obligo
a darme ninguna prenda,
que vuestro valor ofenda,
con seros tan gran amigo.

Que cuando menester fuera,
para que yo no acabara
remedio de esta manera,
en desgracia vuestra muera,
señora, si le buscara.

Y aunque rabiosa y mortal
ansia mis males me den,
es mi fe, y ha sido tal,
que cosa que os esté mal
no quiero para mi bien.

Y así lo que pretender
puede el alma, por quereros,
es que vos queréis creer
que desde que os pude ver,
no tengo vida sin veros.

Y aunque en vuestro pecho mora
solo desdén zahareño,
merezca mi fe, señora,
que de un alma que os adora
no os despreciéis de ser dueño.

Y pues para enterneceros
no han de aprovechar suspiros,
valgan para disponeros
a que deje de ofenderos
que yo trate de serviros.

Y pues de vos no se alcanza
que os acordéis de matarme,
dadme al menos esperanza
que me daréis la labranza
de mi descanso, en mirarme.

Y que no os ofenderéis
cuando, por ventura, os vea,
y si este bien me hacéis,
al alma con él daréis,
todo cuanto se desea.

Y para no lo extrañar,
y que yo sin fin padezca,
habéis de considerar
que Dios tiene por criar
quien favor vuestro merezca.

Y que, para merecello
es forzoso menester,
que llegando a pretendello,
queráis hacer digno de ello,
al de mayor merecer.

Y así, el haberos pedido
lo que sé que no merezco,
culpa notable no ha sido,
pues que sabéis que lo pido
por lo que quiero, y padezco.

Y de mí, estoy satisfecho
que escogiendo tal cuidado,
exceso ninguno he hecho,
pues no cabe en bajo pecho
pensamiento tan honrado.

Y esme, señora, debido
el premio de mis dolores,
por lo bien que os he querido,
y porque nadie ha sufrido,
de vos, tantos desfavores.

Y sin segundo en amar,
soy, pues lo puedo sufrir,
que vos nunca sabéis dar
ni desfavor, ni pesar,
que el seso pueda medir.

Y aunque de ninguno entiendo,
que ha dado de sí tal muestra,
viéndome que estoy muriendo,
ningún remedio pretendo
sino por hechura vuestra.

Y pues así disponer,
esta bajeza, supiste
no hay por qué pueda creer
que holgáis de deshacer
en mí lo que vos hiciste.

Soneto

Del tiempo, el movimiento acelerado,
ni la más dura y enemiga estrella,
no me podrán quitar del alma a aquella.
que tan al vivo amor me ha dibujado.

Y teniendo este bien asegurado,
sin miedo y sobresalto, de perdella,
podré ser por el bien que gozo en vella,
de los más venturosos envidiado.

En el alma la miro, estando ausente,
porque jamás lo está su hermosura:
de mí ni lo estará hasta que muera.

Y si fuera posible, eternamente,
gozar tan rica suerte de ventura,
eternamente el alma la quisiera.

Estancia propia y glosa del autor

*Fuego suspiro, en fuego me sustento,
y aunque parece a todos imposible,
ardo sin acabar, que es un tormento
al del infierno igual, fiero y terrible.
Ardiendo sin cesar, estoy contento,
y por subir a más de lo posible,
a un extremo de tanta fuerza llego,
que si de carne fui, ya soy de fuego.*

Glosa

Vemos que cuando al fuego es aplicado
se deshace y consume fácilmente,
si no soy yo, que amor ha procurado
que en el más encendido, me sustente.
Y el pecho en vivas llamas abrasado,
me guarda, para espanto de la gente,
porque del mismo, que en el alma siento
fuego suspiro, en fuego me sustento.

Estoy en Salamandra convertido
que es animal que el mismo fuego cría,
y que está en mis entrañas escondido,
la tierra, el cielo, el mar abrasaría,
Y de este, de quien soy tan ofendido
nace mi bien, mi vida y alegría,

aunque lo causa mal tan insufrible
y aunque parece a todos imposible.

Si cuenta quiero dar de mis querellas,
los números no alcanzan a contarlas,
que el alma solo sabe padecellas,
pero no le es posible declararlas,
Encomienda a la lengua, parte de ellas
procurando aliviarle en publicarlas,
y esta comienza a cuenta que es sin cuento,
ardo sin acabar, que es un tormento.

Y en este solo tanto está cifrado,
que pasar adelante es gran locura,
porque aun no puede ser imaginado
que a más puede llegar la desventura.
Sería consuelo, al más desconsolado,
pensar que hay algún mal de esta hechura,
que sea con fuerza tal, siendo invisible
al del infierno igual, fiero y terrible.

Y con ser tan esquivo e inhumano,
y ver que por momentos empeora,
les parece regalo soberano
al corazón y al alma, donde mora.
Porque fuego encendido de una mano
que rinde al mismo Amor y le enamora,
cuando me aflige con mayor tormento
ardiendo sin cesar, estoy contento.

El que más bien amo no me ha igualado
y nadie tanto mal ha padecido
y los que en más estiman su cuidado
nunca podrán llegar do yo he subido.

Y tras no haber ninguno tan penado
jamás me ha de ver nadie arrepentido
solo por ser al mal roca inmovible
y por subir a más de lo posible.

Aspereza, desdén, tormento y muerte,
el tiempo, el caso, el Hado y la fortuna,
ni cuanto puede imaginarse fuerte
en lo que ciñe el orbe de la Luna.
Nunca podrán hacer que desconcierte
de esta fineza, a variedad alguna,
que por aquella a quien el alma entrego
a un extremo de tanta fuerza llego.

El fuego con que Amor tantos abrasa,
sin dejar pecho alguno reservado,
como en el que más quiere de su casa,
lo tiene todo en mí depositado,
la gloria del penar me da sin tasa,
y a los demás, el bien, o mal tasado,
y arde su llama en mí con tal sosiego
que si de carne fui, ya soy de fuego.

Soneto a una señora que se puso un día, delante de un su servidor, un almilla de acero

Si estando desarmada habéis podido
vencer con el mirar al más osado,
de qué sirve mostrar el cuerpo armado,
a los humildes ojos de un rendido.

Al cautivo que está de vos vencido,
mostraros con semblante tan airado,

viéndole a vuestros pies arrodillado,
amor o muerte gran lanzada ha sido.

Si fue pensar que quiero revelarme,
nunca tal me pasó por pensamiento,
después que supo el alma conoceros.

Y si fue con temor asegurarme
no es posible que haga mudamiento
un corazón tocado de quereros.

Soneto

No me tires, Amor, flechas en vano,
que tengo el cuerpo de ellas tan cubierto
que no es posible dar en descubierto
ninguna que saliere de tu mano.

Ya no hay donde herirme lugar sano,
y pues que hasta ahora no soy muerto,
mientras viva tendré seguro cierto
que no me ofenderás, crudo tirano.

Bien te puedes tener por satisfecho
de que mi libertad en tu tesoro
tienes, contra razón y a mi despecho.

Y aunque por ello eternamente lloro,
me alegro en ver que el daño que me has hecho
te cuesta, ingrato Amor, mil flechas de oro.

[Verso ajeno]

De otro os vea acordar, de mí olvidaros.

Glosa propia a este verso ajeno

Señora mía, estad asegurada
que sois de mí con tanta fe querida,
que esta alma en adoraros ocupada,
por contemplar en vos, de sí se olvida.
Y en tanto que no fuere libertada
de este peso mortal, y desasida,
si tuviere descanso sin amaros,
de otro os vea acordar, de mí olvidaros.

Para mí todo es tiempo mal gastado
el que no ocupo en este pensamiento,
de quien estoy, señora, enamorado,
porque goza de os ver cada momento,
Y si no es mi descanso regalado,
verle asistir con tal contentamiento
a no querer más bien que contemplaros,
de otro os vea acordar, de mí olvidaros.

No consiente en mi alma compañía,
ni la podrá tener vuestro deseo,
vos sola sois mi bien y mi alegría,
y el descanso y la vida que poseo.
Y en dejándoos de ver, señora mía,
si no me ofende todo cuanto veo,
hasta verme en la gloria de miraros,
de otro os vea acordar, de mí olvidaros.

Ensayo ha sido, que el amor ha hecho
para poder amaros disponerme,
haber tirado flechas a mi pecho
burlándose, y sin gana de ofendarme.

Pero si el corazón vi satisfecho
con todo cuanto bien pudo ofrecerme,
hasta darme ocasión de desearos,
de otro os vea acordar, de mí olvidaros.

Todas las ocasiones que he tenido
con que alterar pudiera este cuidado,
donaire, juego, sueño, sombra, han sido,
que sin hacerme fuerza, se han pasado.
Y si ninguna de ellas ha podido
dejarme, sino más enamorado,
y con mayor cuidado, de agradaros,
de otro os vea acordar, de mí olvidaros.

Ajena

*Por entre casos injustos
me han traído mis engaños,
donde son los daños, daños,
y los gustos
aguados con mil disgustos.*

Glosa propia

En amar y padecer,
sufrir, morir y callar,
sin igual debo de ser,
porque me cuesta un placer
muchos años de pesar.
Y para poder gozar
pasados y breves gustos
(tras un cansado esperar)

esme forzoso pasar
por entre casos injustos.

Y estos son tan peligrosos,
y aventuro tanto en ellos,
que los gustos muy sabrosos
en fe de pasar por ellos,
son pesares enojosos.
Y en lo que al gusto responde
se ofrecen medios extraños,
con que el bien huye y se esconde,
veis aquí el extremo adonde
me han traído mis engaños.

Con esto paso una vida
tan triste y desesperada,
que después de conocida
es mejor para perdida,
que para ser deseada.
Con un descanso fingido
disfrazó Amor sus engaños,
y sin haberlo entendido,
poco a poco me ha traído
donde son los daños, daños.

Sospechas, desconfianza,
recelo, temor, ausencia,
tienen muerta mi esperanza,
cansada la confianza,
y acabada la paciencia.
Para un bien, hay mil azares,
miedos, enfados, disgustos,
pesadumbres, a millares,

porque en mí, todo es pesares,
y los gustos.

No porque dejen de ser
para el alma, muy gustosos,
sino porque es menester
para gozarlos, poner
medios tan dificultosos.
Y bien se pueden llamar
desabrimientos los gustos,
que tardan tanto en llegar,
y después, se han de gozar,
aguados, con mil disgustos.

[Verso ajeno]

Cuanto más trato a Amor, menos le entiendo.

Glosa de contrarios efectos amorosos

Hallo tan diferentes los efectos
que Amor hace en mi pecho
(gobernando por solo su albedrío)
que en un punto me tiene satisfecho,
y en otro sus defectos,
me muestran que seguirle es desvarío.
En un momento espero y desconfío,
y soy ligero y tardo,
y estoy helado y ardo,
nazco, muero, y de muerto resucito,
ocupo, y solicito,
y entre tantos contrarios padeciendo,
cuanto más trato a Amor, menos le entiendo.

Imagino que estoy favorecido,
y al cielo levantado
tan alto, como tengo mi deseo,
después sin saber cómo, veo trocado
por tierra destruido,
en una hora, el bien todo que poseo,
lo que veo con los ojos, no lo creo,
y huyó el desengaño,
y entiendo que me engaño,
y que sería mejor desengañarme,
y no quiero curarme,
que pienso que si sano, más me ofendo,
cuanto más trato a Amor, menos le entiendo.

Paréceme el regalo, cumplimiento,
y si no le recibo
de ingratitud y desamor me quejo,
ando sin causa triste y pensativo,
y con ella contento
(tanto de mi pasión llevar me dejo)
cánsame mucho quien me da consejo,
no sé yo qué me haga,
ni qué me satisfaga,
porque es la guerra, en mí, conmigo mismo,
y así hecho un abismo
de confusión, y sin morir, muriendo,
cuanto más trato a Amor, menos le entiendo.

Muero por olvidar, y moriría,
si llegase el olvido
a ser perfectamente imaginado,
conozco bien de mí que estoy perdido
y libertad querría,
y sería muerte, verme libertado.

El mío tengo por bueno, y mal estado
y si una hora estuviese
que no le poseyese,
paréceme imposible sustentarme,
y no sé contentarme
puesto que se me dé lo que pretendo,
cuanto más trato a Amor menos le entiendo.

El mal que causa Amor, es de locura,
y el médico es ventura,
y el que más le entendió, queda diciendo
cuanto más trato a Amor menos le entiendo.

Verso ajeno

Dulce enemiga mía, por quien muero.

Glosa propia

A Galatea buscando
salió Silvano, un pobre ganadero,
y viola repastando,
y dijo, ay mi lucero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Con la luz de tus ojos,
mi corazón hiciste prisionero,
y el premio, son enojos
de Amor tan verdadero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

No puede Amor quererte,
con más fineza y fe, que yo te quiero,
y en pago, dasme muerte,

que ya otro bien no espero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Con tanta hermosura,
parece mal un corazón de acero,
y condición tan dura,
y trato tan severo,
dulce enemiga mía, por quien muero.

No tiene merecido,
mi fe tanto desdén esquivo y fiero,
ni que pagase olvido,
un puro Amor sincero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Por ti estoy olvidado,
Zagala, de mí mismo y de mi apero,
por ti traigo el ganado
en un agostadero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Por ti la compañía
me ofende del amado compañero.
Por ti, de la alegría
y vida, desespero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Si lástima en ti mora,
duélate verme ya en el fin postrero,
rompa su ley, ahora
por mí, tu libre fuero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

No mires de mi parte
a que soy un pastor pobre y grosero,
sino que supe amarte,
y más que a mí te quiero,
dulce enemiga mía, por quien muero.

Redondillas a una dama que salió al campo un día en que hubo gran concurso de gente

Saliendo Lucida un día,
al ejido de la aldea
haciendo parecer fea
la luz del Sol que la vía.

Sus bellos ojos hermosos
tales efectos hicieron,
que a costa de muchos fueron
tenidos por milagrosos.

Porque el Sol resplandeciente
en viendo el rostro hermoso,
apresuró de envidioso
sus caballos al poniente.

Y acabando de esconder
los rayos de luz, que daba
a donde Lucida estaba
nunca se vio anochecer.

De la vida, los despojos
por gran espacio perdieron,
todos los que se atrevieron
a ver la luz de sus ojos.

Y algunos que porfiaron
segunda vez mirar,
en pena del porfiar
de todo punto cegaron.

Salió a verla, de do alberga
la madre de Amor, tapada,

y a lo mismo, reparada
se vio el agua, de Pisuerga.

Y por gozar el consuelo
de ver tan hermosa cara,
a ser posible, parara
el movimiento del cielo.

Detúvose el fresco viento
a mirar cosa tan bella,
y cuantos pudieron vella,
suspendieron el aliento.

Y el Amor oyendo aquello,
de una beldad sin enmienda,
quiso quitarse la venda
solamente para vello.

Y si acaso la quitara,
tanta hermosura viera,
que Amor de amores muriera,
y Lucida enamorara.

Porque solo en este día
tantos libres sujetó,
que aunque es grande se llenó
la cárcel que Amor tenía.

Volvieron las más hermosas
con ver aquel rostro bello,
cuánto no sé encarcello
de su ventura quejosas.

Que ninguna salió tal,
aquel día como ella,
porque cuanto se vio en ella
fue un extremo sin igual.

Versos ajenos

*Hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Glosa propia

De este dolor inhumano
con que se acaba mi vida,
nunca espero verme sano,
si no me sana la mano
que pudo dar la herida.
La vuestra lo ha de curar
que del mal fue causadora
(y si no me ha de acabar)
*hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Entrando conmigo en cuenta
por ver que os deserví,
hallo que estáis muy contenta
del dolor que me atormenta,
porque os quiero más que a mí.
Y pues no es justo pagar,
de esta suerte, al que os adora,
si me habéis de remediar,
*hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Si dais en atormentarme,
porque os deje de querer,
en vano pensáis mudarme,
pues esto sin acabarme,
señora, no puede ser.

Y pues no se ha de mudar
mi corazón, sola una hora,
ni dejaros de adorar,
*hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Contentaos del daño hecho,
y verme con tal pasión
ablande ese duro pecho,
antes que ceniza hecho
quede el triste corazón.
Y si amor ha de ablandar
la dureza que en vos mora,
sepa yo (si esto ha lugar)
*hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Fuerzas con que padecer
si tuviera el sufrimiento,
solo por no os ofender
dejara de pretender
remedio del mal que siento.
Pero viéndome acabar,
y que mi mal empeora,
esme fuerza preguntar
*hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.*

Yo muero desesperando,
con un dolor de tal suerte,
que muriendo y no acabando
en mí remedio no hay cuándo,
ni le quiere dar la muerte.
Vos sola le podéis dar

en mi postrimera hora,
solamente en declarar,
hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar.

Soneto

Con tanto aviso, tanta hermosura,
con tanta gala, tanta lozanía,
con tanta gracia, tanta gallardía,
con tal recato, tal desenvoltura.

Con extremos tan raros, tal cordura,
y con tanto valor, tal cortesía,
solo cabe en vos, señora mía,
que sois principio y fin de mi ventura.

No tengo yo otro bien sino miraros,
ni me queda que ver, después de veros,
ni halla en qué se ocupe mi cuidado.

Y así todo mi bien es contemplaros,
y con ser ocasión para quereros,
muere amor, de envidioso de mi estado.

Romance

Los ojos tristes llorosos
sentado junto a la mar
estaba Liranio un día,
pensativo en soledad,
a ningún cabo los vuelve,
donde halle qué mirar,
que en la mar los tiene puestos

lejos de su voluntad,
al cabo de una gran pieza,
cansado ya de llorar,
entre sí consigo mismo,
así comenzó a hablar.
Di, fortuna, qué pretendes,
con mi pérdida ganar,
que el mayor contento mío
me le has querido quitar,
al tiempo que le gozaba,
en mayor prosperidad,
de cruel y de envidiosa,
falsa, amiga de mudar,
jamás vi que un buen estado
pudiese en nadie durar,
que por tus manos no fuese
trocado con brevedad.
Haz, pues, fortuna, tu hecho,
vía de tu crueldad,
muestra todo el poder tuyo,
harta en mí tu voluntad,
que por adversa que seas
lo mejor me has de dejar,
de mí, que es mi pensamiento
do no tienes que mandar.

Glosa²³

De la fortuna ofendido,
y del Amor, olvidado,
de recelo, y de cuidado,
y de ausencia, perseguido.

²³ Entiéndase que la glosa proviene de todos los versos del romance anterior.

Deseoso de acabar
con males tan rigurosos,
los ojos tristes, llorosos,
sentado junto a la mar.

En suspiros, dando fuego
al aire, y los ojos, agua
a la mar, y el hecho fragua,
de la llama de Amor ciego.
Rendido a la voluntad
de Celia, por quien moría,
estaba Liranio un día
pensativo en soledad.

Solo, el más acompañado,
de cuidados, que se vio,
que esto solo le quedó,
del dulce tiempo pasado.
Los ojos que con llorar
dan agua, en que se resuelve,
a ningún cabo los vuelve
donde halle qué mirar.

Y viéndose en esta calma
de la vista corporal
acudió a la principal,
que son los ojos del alma.
Y los de otra calidad
no quiso ocupar con estos,
que en la mar los tiene puestos
lejos de su voluntad.

Miraba, pero no vía
porque de su bien ausente
cuanto hallaba presente

le cantaba, y ofendía
Para poderse quejar
medios de nuevo adereza,
al cabo de una gran pieza,
cansado ya de llorar.

Y del dolor que no mengua
mostrando los accidentes,
a los ojos hechos fuentes,
quiere que ayude la lengua,
y metido de penar
en el más profundo abismo,
entre sí consigo mismo,
así comenzó a hablar.

Con el dolor que sentía
del riguroso tormento,
provocando a sentimiento,
cuanto escucharle podía.
Dice, para me acabar,
pues con tal furia me ofendes,
di, fortuna, qué pretendes
con mi pérdida ganar.

Tu ofensa nunca llegara,
cuando más áspera y fuerte,
a tratarme de esta suerte
si Celia no te ayudara.
Para más me atormentar,
con su favor, tienes brío,
que el mayor contento mío
me le has querido quitar.

Del bien que tuve en presencia
porque nada me quedase,

quisiste que le acabase
el terrible mal de ausencia.
Celia, mudo voluntad,
que por eso el bien se acaba,
*al tiempo que le gozaba
en mayor prosperidad.*

Que a tener asegurado
el pecho, de tu mudanza,
pudiera dar la esperanza,
algún alivio, al cuidado.
Y quieres me la quitar
tu fortuna rigurosa
*de cruel y de envidiosa,
falsa, amiga de mudar.*

Aunque no haces bajeza,
en no asegurar bonanza,
que siempre fue la mudanza
tu propia naturaleza.
Que de cuantos han pasado,
que quisiste regalar,
*jamás vi que un buen estado
pudiese en nadie durar.*

Del mal con que me deshaces
quedo en parte satisfecho,
viendo que en todos has hecho
esto que conmigo haces.
Pues gusto y prosperidad
ninguno vi, que tuviese,
*que por tus manos no fuese
trocado con brevedad.*

Y estando certificado
que será conmigo así,
todo el poder que hay en ti
no trocará mi cuidado.
Mudanza de voluntad
no la ha de haber en mi pecho,
*haz, pues, fortuna, tu hecho
vía de tu crueldad.*

Que la fe y la afición
que el alma tiene guardada,
quedará más afinada
en esta contradicción.
Y pues tus males no huyo,
ni temo tu adversidad,
*muestra todo el poder tuyo,
harta en mí tu voluntad.*

En vano procurarás
cosa que mi querer tuerza,
que si tú tienes gran fuerza
Amor en mí tiene más.
Bien me podrás acabar
mas yo te haré que veas
*que por adversa que seas
lo mejor me has de dejar.*

Y pretendiendo acabarme
con las vueltas de tu rueda
valdrá más lo que me queda
que cuanto puedes quitarme.
Que mayor contentamiento
forzoso me ha de quedar,
*de mí, que es mi pensamiento
do no tienes que mandar.*

Retrato en estancias

No hallo cosa en ti, Lucida mía,
que consumada perfección no tenga,
y así ni tengo vida, ni alegría,
ni bien que de ser tuyo no venga,
hallo riquezas nuevas cada día,
con que esta alma afligida se entretenga,
y el entenderlas causa un accidente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

Son rayos de luz para tus cabellos,
con que hace el amor unas lazadas,
que las almas que rinde, solo en vellos
en ellas, deja presas y enlazadas.
Y es tal el resplandor que sale de ellos,
que sin defensa, siendo de él tocadas,
en un fuego se abrasan dulcemente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

En un lustroso cielo, muy sereno
donde nunca se vio jamás nublado,
sino alegría del alma, y gusto lleno,
de perpetuo descanso regalado,
adonde en cifra, todo el bien terreno,
con ventajas, está depositado,
esta hermosa, alabastrina frente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

Los arcos con que amor sus flechas tira,
y con que tú, rendido al mismo dejás,
que con fuerza invisible, a quien los mira,
la libertad mayor del alma alejas,
cuya belleza, al más discreto admira

son, señora, tus dos hermosas cejas,
sobre un cristal hermoso transparente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

Las lumbreras del mundo más hermosas
que dan luz la noche, y claro día,
de quien reciben las terrenas cosas,
el sustento la vida y la alegría,
son tus ojos, que en llamas amorosas
podrán hacer arder la nieve fría,
cuya fuerza defensa no consiente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

La púrpura y la nieve no pisada,
y el cielo, de arboles matizado,
y la leche, en la sangre derramada
y el coral y alabastro incorporado.
La fresca rosa, blanca y encarnada,
y el clavel oloroso, entreverado,
en tus mejillas todo está presente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

Esta belleza, inmensa, dividiendo
la sacra, celestial, divina mano
reveló la pintura, y fue subiendo
de punto, aquel efecto soberano.
La nariz más hermosa componiendo,
que vio nadie jamás en rostro humano
(de donde nace el Sol, hasta el poniente)
por quien mi alma helar y arder se siente.

La caja hecha del rubí más fino,
con el mayor primor, industria y arte,
que ha mostrado el artífice divino,
en cuanto bien del cielo, acá reparte.

Tu boca es cuyo acento peregrino,
da de consuelo al mundo tanta parte,
llena de ricas perlas del Oriente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

De marfil torneado blanco, y bello
cual no se vio jamás, de allí descende
el más hermoso y más gallardo cuello,
que de imaginación se comprende.
Da poco, quien el alma da por vello,
que aun la envidia no halla que le enmiende
(ni hay cosa con que tanto se atormente)
por quien mi alma helar y arder se siente.

El relevado alabastrino pecho
con quien la nieve queda oscurecida
para solo aposento de amor hecho,
de donde sale a darnos muerte y vida
es do vive tan rico y satisfecho,
que su tirar acostumbrado olvida,
a trueco de no estar del bien ausente,
por quien mi alma helar y arder se siente.

Son las hermosas manos de tal suerte,
que de cristal purísimo labradas,
con ellas hace Amor, el tiro fuerte,
que sujeta las almas libertadas.
Con ellas, da la vida y da la muerte,
y ellas son (aunque dieron las lazadas,
que atan mi corazón estrechamente)
por quien mi alma helar y arder se siente.

Que te ofenda de mí ser tan querida,
es lo que el triste corazón recela,
y trae cansada el alma y afligida,

que Amor la abrasa, y el temor la hiela.
Y así gasto en amar toda la vida,
a quien en desamarme se desuela,
sin acordarse que es continuamente
por quien mi alma helar y arder se siente.

Carta en redondillas

Fenisa, bella pastora,
más que por Abril el prado
en quien está el bien cifrado,
que en la tierra se atesora.

Así descanso poseas,
con que la vida entretengas,
y de la ventura tengas
tanto bien como deseas.

Que no te parezca culpa
descubrirte mi dolor,
pues que tanta fe y Amor
te puedo dar por disculpa.

Y mira que no te ofendo
dándoteme en sacrificio,
pues morir en tu servicio
es todo el bien que pretendo.

Y aunque soy pastor grosero,
pobre y de poco valor,
sé bien, que no sabe Amor
quererte como te quiero.

Porque después que te vi,
de mi pasión y cuidado

ando tan enamorado,
como Narciso de sí.

Y de todos mis enojos
no quiero más galardón,
que haber dado el corazón
por ver la luz de tus ojos.

Que aunque soy pobre zagal,
y en todo tan poca parte
para pagar el mirarte
no me ha faltado caudal.

Que el alma por verte di,
y mi vida se destruya,
cuando deje de ser tuya,
aunque yo la tengo en mí.

Que es certísima verdad
que el alma y el corazón
son míos en posesión
y tuyos por voluntad.

Y estoy, zagala, corrido.
y no muy lejos de loco,
por entender que doy poco
para lo que he recibido.

Y si más caudal tuviera,
señora, más entregara,
y ninguna reservara
si mil almas poseyera.

Para amarte como a ti,
ningún Amor he hallado,
y solamente he llegado
a quererte más que a mí.

Y si de alguno supiera,
que amas en amar llegó,²⁴
porque quiso más que yo,
de pura envidia muriera.

Mas nunca lo pienso ver
porque en padecer y amar,
sufrir, morir y callar,
sin igual debo de ser.

Que no puede ser querida
en la tierra cosa tal,
sino con fe sin igual,
que no consienta medida.

Y es de manera la mía,
que a cuanto se sabe, pasa,
y fuera en ella, la tasa,
en ley de Amor, herejía.

Confiésote que no sé
celebrar lo que hay en ti,
mas a lo menos, subí
a que lo iguale mi fe.

Solo quiero suplicarte
que no te desprecies ya
de querer, al que tendrá
vida para solo amarte.

Y si por lo que merece
no puede ser escogido,
merezca ser bien querido
por lo que quiere y padece.

²⁴ No es muy claro el sentido de este verso, pero así mismo aparece en el original.

Y si esto puede obligar,
señora, un hidalgo pecho,
yo vivo muy satisfecho
con padecer y penar.²⁵

Y cuando otro bien no tenga
sino el que tengo en mirarte,
habrá en este, y en amarte,
gloria con que me entretenga.

Estancias, glosando este verso ajeno

Más quien tendrá las riendas al deseo.

Glosa propia

O bien merece gozar el bien de veros,
solo con eso, queda bien pagado
aunque pierda la vida por quereros,
y esté de lo demás desconfiado,
loco estará, el que piense mereceros
y tanto, que pudiera estar atado
y es para mí tan cierto, que lo veo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

No se podrá ocupar sino en amaros,
el alma que os hubiere conocido,
y tras esto, es forzoso desearos
como imposible, haberos merecido.
Y pensar que el Amor podrá obligaros,
es no haber tal valor bien entendido,

²⁵ En el original dice «compadecer», pero puede ser errata antigua, ya que lo lógico es «con padecer».

ni lo que él pierde siempre en este empleo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Forzoso ha de haceros esta ofensa
el que os merezca ver, señora mía,
mas dejaros el alma en recompensa
es cierto, como el Sol es luz del día.
Lo contrario es engaño del que piensa
que cuesta menos ver tal gallardía,
y pensarlo es locura y devaneo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Es vos, de cuanto puede desearse
lo más cendrado y más gallardo vemos,
y no puede dejar de contentarse
el alma, viendo en vos tales extremos.
Mas el deseo no deja de alargarse
(que tiene la licencia que sabemos),
yo no pido más bien del que poseo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Sé bien, que si mil años os sirviese
y mil vidas por vos aventurase,
y que si más tormentos padeciese,
que quien sobre la tierra más penase,
os ofendo en pensar que mereciese
que mi esperanza en algo asegurase
y así entiendo, lo confieso y creo
más quien tendrá las riendas al deseo.

No quisiera, señora, otra ventura
sino gozar el bien de haber mirado
tan rara y peregrina hermosura,
sin que jamás la hubiera deseado.
La gloria que el miraros me asegura

fuera bastante premio a mi cuidado,
y el más alto blasón de mi trofeo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Canción de firmeza

Cuanto puede me ofenda la fortuna,
conjúrense en mis daños,
el Hado y el poder de las estrellas,
acudan desengaños,
y cuanto está debajo de la Luna,
a darme muerte y vida a mis querellas.
Que combatida de ellas,
firme estará en mi alma en su cuidado,
como la roca al viento, y mar airado,
y como el oro, al fuego,
descubre sus quilates todos luego,
del mal, con la extrañeza,
mi fe los mostrara de su fineza.

Siga el mal a mi costa su porfía,
ciérrese al bien la puerta,
crezca el deseo y falte la esperanza,
salga mi gloria incierta,
y jamás el desencanto y alegría,
dé a mi dolor momento de templanza.
Falte la confianza
de todo cuanto pueda socorrerme,
y cuanto puede trate de ofenderme,
y en mi favor no salga
cosa que me defienda, ni me valga,
que nunca mi cuidado
por miedo de morir será mudado.

No canse de hacerme sin razones
el tiempo, desviando
los medios que aseguren mi victoria,
y ande solicitando
Amor las más dichosas ocasiones
para borrar del alma esta memoria.
Que de toda la gloria
que sin este cuidado me ofreciere,
haré donaire yo, cuando más fuere,
pues de mi alma, en esta
la mayor, y más cierta, tenga puesta
y otra ninguna quiero
sino verme acabar del mal que muero.

Procuren con razones mis amigos
del corazón quitarme
tan regalado y áspero accidente:
que del aconsejarme
sacarán serme odiosos enemigos,
que firme Amor consejo no consiente,
ni puede inconveniente
hacer que mude un amoroso pecho,
el hábito tan justo y tan estrecho,
que el Amor le ha vestido,
y de él, nunca de veras fue herido,
quien piensa que razones
valen para curar estas pasiones.

Yo nunca de ella pienso verme sano,
porque será imposible
tener vida sin este pensamiento,
que aunque da mal terrible

basta saber que viene de tal mano
para trocar en gloria mi tormento.
Y no hay contentamiento
con que alivie un alma que padece,
como ver que la causa lo merece,
y con este regalo
nunca puede tenerse rato malo,
y así yo me entretengo
con ver la causa que de penar tengo.

Que es de suerte, que en sola su belleza
de Amor el paraíso
con todo el bien que tiene está cifrado,
y allí de industria quiso
descubrir su poder naturaleza,
mostrándole cual nunca le he mostrado.
Y no hay triste cuidado
que verla, no le quite al que le tenga,
ni cosa que las almas entretenga
como poder oírla,
ni Amor tiene más gloria que servirla,
ni yo sé más perdida
cosa, que sin amarla tener vida.

Canción que de firmeza
retrato sois, al de la hermosura
os id a presentar de parte mía,
y si tenéis ventura
de os ver ante la angélica belleza,
que es del Amor descanso y alegría:
hacedle sacrificio,
de estas verdades, tan fin artificio.

Ajena

*Desde el corazón al alma
quiero, señora, mudaros
para jamás olvidaros.*

Glosa propia

Diosa de la hermosura,
del valor y lustre ejemplo,
edificar quiero un templo
a donde esté la figura
en quien yo siempre contemplo,
y para lo edificar,
que a todos tiene la palma
hay escogido lugar,
que su aliento ha de llegar
desde el corazón al alma.

Y dentro de ella tendréis
cual vuestro merecimiento,
aderezado aposento,
y el corazón dejaréis
por pieza de cumplimiento.
Que si en el principio Amor
quiso en él aposentaros,
no entendió vuestro valor,
yo que os conozco mejor
quiero, señora, mudaros.

Habrá en el alma posada
que no se os pueda acabar,
a donde podáis estar

como diosa, celebrada,
que es lo que se os puede dar.
Y dejar el corazón
no tiene por qué cansaros,
que hacer tal división
es, por tener ocasión
para jamás olvidaros.

Romance pastoril

En la ribera de un río
que mansamente corría,
sobre un cayado, de pechos
estaba Silvano un día,
de su ventura quejoso,
desterrado de alegría,
temor le hace la guerra,
y amor en su compañía,
atorméntábale ausencia,
recelo le perseguía,
con todos estos contrarios
sin defensa combatía,
y en la memoria cansada
cien mil cosas revolvía,
y en esta imaginación
de suerte se suspendía,
que olvidado de sí mismo
insensible parecía
y al cabo de una gran pieza
de un zurrón que allí traía,
sacó un hermoso rabel,
y a la sombra se venía,

de unos muy frescos alisos
en quien el viento hería,
y un murmurar apacible
y ocasionado hacía
para un hombre que estuviera
como Silvano se vía,
y con estas ocasiones
y la mayor que él tenía
espació la voz al viento,
y aquestos versos decía.

Estancias estando ausente

Todo cuanto en la tierra ofender puede
siento que contra mí se han conjurado,
mi mal, al pensamiento mismo excede,
porque aún no puede ser imaginado.
A un mal, otro mayor luego sucede,
y porque esté de bien desconfiado,
hacen en mí mudanzas los dolores,
como el camaleón, en los colores.

Mas qué puedo tener estando ausente
del alma y de la vida en que vivía,
sino la desventura y mal presente,
que me cierre la puerta la alegría,
y memoria, que siempre me atormente,
con los bienes pasados que tenía,
y Amor, lleno de tal desconfianza,
que ha mucho ya que es fe sin esperanza.

Y con razón estoy tan temeroso
que vivo ausente de una hermosura,

que (a mis ojos) el Sol no es tan hermoso,
ni cuanto fabricó la alma natura.

Y un extremo tan raro y milagroso,
no sé yo quién le ama y se asegura
que al fin está en mujer, y es de manera,
que no será en mudarse la primera.

Que la más firme, siendo importunada,
aunque al principio haga resistencia,
si es querida, servida y regalada,
y el que quiso primero, hace ausencia.
La novedad, que es cosa deseada,
y del amante nuevo, la presencia,
harán a la que más firmeza tenga,
que si no olvida, al menos se entretenga.

Ay Celia, si harás esto conmigo,
témolo, porque soy tan desdichado,
mas no quiero creerlo, aunque lo digo,
ni estar de tu querer desconfiado.
Que el firme amor de un verdadero amigo,
no debe con olvido ser pagado,
y más a mí, sabiendo que te quiero
como a mi alma, y que otro bien no espero.

Y al fin te acordarás que me decías
cuando conmigo acaso te hallabas,
que primero la vida perderías,
que un punto de la fe que me mostrabas.
Y cuando esta fineza prometías
a mi cuello los brazos anudabas,
y en tus ojos, ay, Celia, si fue engaño,
vi de lágrimas tierno desengaño.

Y por hacerme rico y venturoso,
me escogiste entre todos los pastores,
y con tierno semblante y amoroso
me aventajaste siempre en los favores.
Pues de que estoy, mi bien, tan temeroso
(si no son puro amor estos temores),
mas ay de mí, que en lágrimas deshecho
no quiere ausencia que asegure el pecho.

Segundo romance que prosigue

Con los suspiros que daba
cuando estos versos decía,
yerbas, aves, aguas, plantas,
a compasión las movía;
y levantando los ojos
vio que el Sol ya trasponía,
por el más alto collado,
quitando la luz al día,
y a recoger su manada
de do estaba se partía,
y al acostumbrado albergue
cuando con ella volvía,
en el rabel que llevaba
aquella canción tañía.

De cómo vivo me admiro,
Celia, con tantos enojos,
*porque me ofende los ojos
sin ti, todo cuanto miro.*

Es para mí gran espanto
viéndome con tal pasión

sin morir padezca tanto.
Y por acabar, suspiro,
de mi vida los despojos,
porque me ofende los ojos
sin ti, todo cuanto miro.

Con ninguna cosa siento
alivio de mi dolor,
sino el que me dejó Amor
en solo mi pensamiento:
Y cuando de él me retiro
acábanme mis enojos,
porque me ofende los ojos
sin ti, todo cuanto miro.

Como sin verte no veo
lo menos que en verte vi,
nunca se partan de ti
los ojos de mi deseo.
Con esto aliento y respiro,
a padecer más enojos,
porque me ofende los ojos
sin ti, todo cuanto miro.

Estancias

Gallarda Celia, cuya hermosura
podrá encender el pecho más helado,
porque cortas el paso a mi ventura,
viéndome tan rendido a tu cuidado.
Porque viste un alma de tristura
que tanto en regalarte se ha ocupado,
y en ofenderla, tanto te declaras,
que a no ser inmortal, tú la acabarás.

Jamás imaginé que en adorarte,
hermosísima Celia, te ofendía,
sino que mereciera por amarte
la paga que de amor se me debía.
Ya entiendo que servirte es enfadarte,
y así por do pensaba que subía,
he venido a bajar de punto tanto
que llego al reino oscuro del espanto.

Ya he visto que no puede Amor contigo
acabar en mi bien cosa ninguna,
porque tratas a Amor como a enemigo,
y burlas del poder de la fortuna.
Y así la fe de un verdadero amigo
te aflige, ofende, cansa e importuna,
y le haces que pene sin gobierno,
tanto que en vida vive en el infierno.

No es de ánimo gentil, ni es cortesía
ser tan ingrata, Celia, a quien te adora,
y si piensas que es mucha bizarría
eso la descompone y la desdora.
Que en un hidalgo pecho, tiranía,
contra toda razón habita y mora.
y más, con quien no quiere tener vida,
sino para tenerte a ti servida.

No pido que me quieras por quererte,
pues el poder de amor tanto te ofende,
sino por ver un alma de tal suerte,
que solo por humilde lo pretende.
Y no es victoria para enriquecerte
apagar este fuego que se enciende

en estas luces bellas de tus ojos
que llevan de mi alma los despojos.

Tiempla el rigor, amansa ya la ira,
modera ese desdén y esa aspereza,
muévate un alma, que por ti suspira,
rendida al bien sin par de tu belleza.
Al extremo que tanto nos admira,
no juntes otro extremo de crudeza,
si no quieres ver, en breve consumida
del que más bien amo, la triste vida.

Ajena

*Filis, con quién te aconsejas
que tanto te me desvías,
es venganza, o son porfías
el atapar tus orejas²⁶
a mis quejas por ser mías.*

Glosa propia

El Amor me tiene tal
acrecentando mis daños,
y mi pena es tan mortal,
que procuro, con engaños,
aliviar parte del mal.
No sé qué me ha de valer,
señora, pues tú me dejas
sin quererme socorrer,

²⁶ Tapar, cubrir, cerrar los oídos.

que ingrata debe de ser,
Filis, con quién te aconsejas.

Otra segunda no hallo
que te dé tal aparejo,
ni he podido imaginallo
tuyo solo es el consejo,
Filis, y el ejecutallo.
Pues dime en qué te ofendí,
que en mi calor te resfrías
queriéndote más que a mí.
Qué he hecho yo contra ti
que tanto te me desvías.

Es para mí gran espanto
verme condenar sin culpa,
y de mi pena y quebranto
debes de dar por disculpa,
solo que te quiero tanto.
Dime si quieres que muera
porque se acaben mis días,
y si no has de ser tan fiera,
tratarme de esta manera
es venganza, o son porfías.

No puedo determinarme,
ni te acabo de entender,
has dado en no remediarme,
y el intento debe ser
porfiar por acabarme.
Y porque el mal inhumano
no te obligue, ni mis quejas,
y pene yo siempre en vano,

es obra muy de tu mano
el atapar tus orejas.

Pues no te canses, porfía,
que primero has de cansar
de quitarme la alegría,
que se canse el alma mía,
de padecer y penar.
Porque tengo de seguir,
sin cesar, mis fantasías,
aunque me hagas morir
y no quieras acudir
a mis quejas, por ser mías.

Discurso en redondillas haciendo comparación en contrario sentido de los efectos del alma a los de una dama

Sin alma ninguno vive,
porque es cosa muy sabida
que el ser movimiento y vida,
con el alma se recibe.

Y como yo no poseo
alma, Fenisa, sin vos,
estando ausente de vos,
no vivo, porque no os veo.

Y aunque sin alma, es notoria
cosa, que al punto muriera,
no me consiente que muera,
señora, vuestra memoria.
Y si hallo en contemplaros
descanso y contentamiento,

es entredicho al contento
el que se pone, al miraros.

Suele el alma, a quien la tiene
asegurar el vivir,
y el bien, que puede venir,
al que la vida sostiene.

Mas yo, por mi triste suerte,
de Fenisa por quien muero
siendo mi alma, no espero
otro bien, sino la muerte.

Y es la mayor extrañeza
que cupo en humano pecho,
sabiendo que nadie ha hecho
con ella, tanta fineza.

Y que le di en sacrificio
el alma que no poseo,
y que la vida deseo
por gastarla en su servicio.

Siempre por el alma, espera
quien la tiene, tener gloria,
y con sola esta memoria
quien pena, no desespera.

Yo de Fenisa no siento
cosa que pueda esperar,
sino es el desesperar
de tener contentamiento.

Y habiéndolo merecido
más que ninguno por fe,
nunca de ella esperaré
ser llamado, ni escogido.

Y con saber que no hay cosa
en la tierra que más quiera,
porque sin remedio muera,
está de mi mal dudosa.

Todos los cinco sentidos
son del alma gobernados,
y en las cosas recreados
para que son escogidos.
Y en mí lo contrario ha sido,
porque sin Fenisa el ver,
ni el hoy me da placer,
ni sé que tengo sentido.

No falta al Alma cuidado
de su cuerpo, mientras dura
de la mortal atadura
el nudo que el cielo ha dado.
Y nunca jamás pretende
a tu cuerpo dar pasiones
sino extrañar ocasiones
de todo cuanto le ofende.

Yo de Fenisa no dudo
que solo mi muerte aguarda,
y se ofende porque tarda
cuanto causar me la pudo.
Y a esto no hay ocasión
que la pudiese obligar,
sino haber querido dar
por mirarla, el corazón,

De memoria y voluntad
es el alma propio asiento,

sin faltar de allí, un momento,
prendas de esta calidad.
Mas en Fenisa no hay tal
para lo que me conviene,
porque memoria no tiene,
sino de hacerme mal.

Y la voluntad que muestra,
solo de ofenderme ha sido,
pues a todo cuanto pido
siempre la hallo siniestra.
Y quererme Amor librar
toda la satisfacción
que espero de mi pasión
en la gloria del penar.

Y pues no hay cosa que pida
de Fenisa, sino es verla,
por salvar el ofenderla
quiero condenar la vida.
Y el daño que me hiciere
ese, tendré yo por paga,
pues es bien que el cuerpo haga
todo lo que el alma quiere.

Soneto
de un caballero a quien había una señora
imposibilitado en verla

Pues han cortado el paso a mi esperanza,
corte la Parca el hilo de mi vida,
que para mí no hay cosa más perdida,
si he de vivir con tal desconfianza.

En mi seno es posible haber mudanza,
porque no tiene tasa ni medida,
y con ser tal, está tan desvalida
que de nada me ofrece confianza.

Faltando el esperar, la fe no puede
de ninguna manera sustentarse
que esta vive en virtud de lo que espera,

Y faltando las dos no es bien que quede
la vida que pudiera desearse,
para que con amar, se entretuviera.

Ajeno

Aviso, hermosura, gracia y gala.

Glosa propia de este verso

Tanto quiso el amor favorecerme
(que el cielo solo a más podrá mudarme)
porque en tan buen lugar quiso ponerme,
que no puede aunque quiera mejorarme.
Con Galatea supo enriquecerme,
que ni tendrá, ni tuvo más que darme,
pues tiene con extremo esta zagala
aviso, hermosura, gracia y gala.

Es un retrato de la hermosura
con que se hace al alma dura guerra,
y es por quien se conoce que hay ventura,
y es el descanso y gloria de la tierra.
Es la que con mirar solo, asegura
cuanto bien en la suya Amor encierra,

y es esto en lo que nadie se le iguala,
aviso, hermosura, gracia y gala.

Del ciego dios es firme, y rico asiento,
y prisión de las almas tan sabrosa,
que en la que en ella entró por un momento
después la libertad le es enojosa.

Es dichoso entredicho del tormento,
es ángel disfrazado, y mortal diosa,
que tiene (sin azar de cosa mala)
aviso, hermosura, gracia y gala.

Es cifra del valor, y cortesía,
y de las cosas bellas la más bella,
es del alma regalo, y alegría,
es el Sol claro, y Venus una estrella.
Es quien de noche oscura, hace día,
y verano de invierno, y es en ella,
con lo que amor, su gran poder señala
aviso, hermosura, gracia y gala.

Carta en redondillas

Hermosa Lucida mía,
por quien ser y vida tengo
regalo, con que entretengo
el corazón, noche y día.

Con tan divina belleza,
y tan rara discreción,
mal se ajusta un corazón,
que tiene tal aspereza.

Es bueno para una fiera
mas no para tal figura,

que es en cifra hermosura
de toda la octava esfera.

Ofender al enemigo,
es cosa más permitida,
pero no quitar la vida
al más verdadero amigo.

Mayor honra es perdonar
que maltratar un rendido
que jamás os ha ofendido,
sino en saberos amar.

Cuanto más que de esta culpa
si ese nombre ha de tener,
a un espejo podréis ver
en mirándoos, la disculpa.

Y no es ese atrevimiento
tal, que pudiese agraviaros,
pues que veros y no amaros,
no cabe en entendimiento.

Y siendo tan imposible
viéndoos, dejaros de amar,
cómo se permite dar
mal por eso tan terrible.

Yo extrañezas muchas vi,
mas tanto Amor y firmeza
pagar con tal extrañeza
nunca jamás entendí.

Fuiste en todo extremada,
y sola sois en el suelo,
la que por ser toda hielo,
no huelga de ser amada.

Es de piedra esa dureza,
que de humano ser desdice,
y es cosa que contradice
la misma naturaleza.

Si solo yo lo entendiera,
por ser yo, no me cansara,
que en mi suerte, descontara
todo cuanto no tuviera.

Mas ver que a nadie aprovecha
ser en amaros sin par,
me ha hecho a veces dudar
si fuiste de mármol hecha.

Ayúdame la blancura
a sospechar que es así,
y ver, que en vos nunca vi
muestra jamás de blandura.

Mas de esta imaginación,
siempre con un nuevo daño
a mi costa, el desengaño
me da vuestra condición.

Y aquellos hermosos ojos
de amor descanso y decoro,
donde está todo el tesoro
de tus más ricos despojos.

Que con un mirar sabroso
dan vida, rinden y matan,
y aquel a quien más maltratan,
es más que todos dichoso.

Y por la misma razón,
yo lo soy, más que ninguno,

porque mal tan importuno
nunca sufrió corazón.

Y no sé con qué pagaros
tan regalado tormento,
solamente es lo que siento,
que me le deis por amaros.

Sabiendo que es excusado
quedar libre, quien os vio,
y vos misma, entiendo yo
que viéndoos, lo habréis mirado.

Que si vuestros ojos viste,
en eso también veréis,
cuán sin culpa me ofendéis
con la ocasión que me diste.

Pienso que veros no osáis
y en eso razón tenéis,
porque viéndoos, quedaréis,
como a los demás dejáis.

Y así por esto os aviso
(aunque me sois enemigo)
que os guardéis, que no se diga
de vos, lo que de Narciso.

Que si vuestro rostro viera,
después de mirar su cara,
de haberle visto, quedara
tal, que por sí no muriera.

Y pues quiso tal haceros
la inmensa mano de Dios,
tenga yo, solo de vos,
licencia para quereros.

Y limitadla de suerte,
que si en tanto que viniere,
otra merced os pidiere,
me castiguéis con la muerte.

Y aunque es pedir comedido,
sé que me habéis de culpar,
porque pensaros amar
no puede ser merecido.

Mas puédesse responder
que exceso culpable fuera,
Lucida, si yo pidiera
otro premio por querer.

Mas esto si me ha pasado
jamás por el pensamiento,
a manos del mal que siento,
muera yo desesperado.

Que lo que soy, es tan poco
en vuestra comparación,
que me tiene la afición
perdido, mas no tan loco.

Solo a merced, quiero estar,
pues con dejaros servir
me dais más que sé pedir
ni pudiera desear.

Liras retirándose de querer por haber sido mal pagado

Seguro, libre y sano,
con agradable tiempo y buen gobierno,
mi ganado en el llano

pace el cogollo tierno,
sin temor de las lluvias del invierno.

La buena lana crece,
seguro está de mal contagioso,
que ya se le parece
mi gusto y mi reposo,
y está rico, medrado y abundoso.

Así que cada día
multiplica, mejora y se renueva,
que no es ya quien solía,
de pastor que le lleva,
ni hay lobo que de cerca se le atreva.

Que si estuve perdido,
por seguir al Amor y su cuidado,
ya estoy arrepentido
del tiempo mal gastado,
y de cuanto Amor puede, descuidado.

Que ya me es enojosa
la que fue de mi alma poseedora,
la libertad preciosa
es la que quiero ahora,
que no me curo ya de mi pastora.

No quiero regalarla,
ni procuro servirla ni quererla,
ni huelgo de mirarla,
ni de penar por ella
que con más gusto vivo ya sin ella.

Y mi gabán pulido
no me quiero vestir, por contentarla,
ni salir al ejido

para solo mirarla,
ni tocar mi rabel, por agradarla.

Ni quiero que me vea,
porque su vista ya me es enojosa,
a quien más lo desea
se le muestre amorosa,
que yo más quiero verla desdeñosa.

Engañe otros pastores,
con su querer doblado y lisonjero,
y hágales favores
porque yo no los quiero,
ni se los pediré, ni los espero.

Y fínjase amadora
de quien no la conozca, ni la entienda,
y vuelva cada hora
a su favor la rienda,
que en mí no ha de quedar tan mala prenda.

Pésame del engaño
con que me trajo un tiempo sin sentido,
que el alivio del daño
remedio fue perdido,
que harto mejor fuera no haber sido.

Y menos me ofendiera
si a los principios me desengañara,
que no que me acogiera,
y después me trocara
por un pastor grosero, y me olvidara.

Mas ya cesó mi pena,
que en verla de tan bajo pensamiento,
libre de su cadena

vivo con más contento,
que supiera pedir mi entendimiento.

Y ahora estoy riendo,
de verme en otro tiempo, cual andaba,
y burla estoy haciendo,
de aquello que estimaba,
por ver cuán a mi costa me engañaba.

Carta en redondillas donde se tocan de paso las amorosas transformaciones de Júpiter

Sin ti, dulce Galatea,
de beldad retrato vivo,
gusto ninguno recibo
que para mí bueno sea.

Y no quiero
bien, sin verte, ni lo espero,
ni Amor jamás me le dé,
que más contento estaré
con mi mal, pues por ti muero.

Que al fin ganó
tanto, en verme de esa mano
cautivo, preso y rendido,
que ninguno hay tan perdido
ni con su mal tan ufano.

Y confieso
que es gloria perder el seso
por tan rara hermosura,
y que fuera más locura,
no le aventurar por eso.

Pues no hay cosa
la más bella y más lustrosa,
en todo lo que más vale,
que a una facción tuya iguale,
la que fue menos hermosa.

Primavera,
haz en tus ojos do quiera,
vistiendo el campo de flores,
y haces morir de amores
al que más libre viviera.

Buena suerte
no la puede haber, sin verte,
y al que quitaes la vida,
por verla también perdida,
te ha de agradecer la muerte.

No reinará
el Amor, si le faltara
con que dar glorias y enojos,
la viva luz de tus ojos,
y el resplandor de tu cara.

Sola eres
perfección de las mujeres,
que hay, del uno al otro Polo,
y como el Sol, uno, y solo,
sola, sin par, do estuvieres.

Envidiosas
tienes a las más hermosas,
a las discretas corridas,
y a las que son más validas,
por mil causas, temerosas.

Desdichado
es el que no te ha mirado,
y el que te vio venturoso
y más que todos dichoso,
el que es de ti bien tratado.

Tu memoria
llena las almas de gloria,
tu presencia, de alegría,
y si verte no es la mía,
nunca Amor me dé victoria.

No contenta
cuanto bien se representa,
al alma de ti apartada,
y hasta el disgusto agrada
como se ponga a tu cuenta.

Y en la era
que Venus fue, si se viera
esa beldad milagrosa,
el nombre de inmortal diosa
a ti, señora, se diera.

Y podré
decir de Júpiter que
si te viera tan hermosa,
no fuera Juno celosa
de tantas como lo fue.

Su decoro
guardará, sin que de toro
tomando forma, engañara
a Europa, y nunca bajara,
a Danae, en lluvia de oro.

Ni materia
diera al mundo la miseria
de su lascivo partido,
en águila convertido
de haber gozado de Asteria.

Ni mudado
en blanco cisne agraciado,
con la sobrehumana fuerza,
a Leda hiciera fuerza
vencido de su cuidado.

Ni tan ciego
fuera, que mudando en fuego,
la propia forma divina,
gozara la bella Egina
para aborrecerla luego.

Ni tomará
de feo sátiro la cara,
para engañar a Antiopea,
ni a Nemosina, se crea
que como pastor burlara.

Y tras esto
no ejecutara el incesto,
en sierpe de oro mudado,
con Proserpina, en el prado
de bellas flores compuesto.

Que bastara
mirar la luz de esa cara,
dulcísima Galatea,
para que de él no se crea
que otra ninguna buscara.

Pues no viera,
cuando buscarla quisiera,
entre todas las más bellas,
belleza ninguna en ellas
que en tu rostro no la hubiera.

Porque creo
que viera como yo veo
de esa divina beldad,
su falsa divinidad,
llena, como mi deseo.

Y pues fuera
Júpiter de esta manera,
Galatea, tu rendido,
no es mucho haberlo yo sido,
y que por amarte muera.

Y el cuidado,
pues ha de ser ajustado
con tanto merecimiento,
aun al mismo pensamiento,
ha de dejar atrasado.

Será escasa
en decir, como me abrasa
tu fuego, mi torpe lengua,
y ofenderá con tu mengua
al alma, que el dolor pasa.

Yo he quedado
con el fuego refinado,
como el oro, en el crisol,
ciego con la luz del Sol
que está en tu rostro cifrado.

Y así vivo
con solo el bien que recibo,
y la gloria de mirar,
que a perturbarla no es parte
el tormento más esquivo.

Ni es posible
dejar de ser imposible
que se consienta en mi pecho
bien, con que esté satisfecho,
como en el mal terrible.

Y destruya
Amor, con la fuerza suya,
mis esperanzas, airado,
si yo admitiere cuidado,
de cosa que no sea tuya.

Bien confieso
que el desearte es exceso,
y aunque excesiva la culpa,
exceso de fe disculpa,
señora, el que hago en eso.

Y hay razón
para no me dar pasión
por tener tal pensamiento,
pues no tiene entendimiento
quien no te tiene afición.

Y ha de ser,
en quien te sepa querer
(si te quiere con verdad),
medidos con tu beldad
el mal y el padecer.

Que es figura
la tuya, donde se apura
la belleza que da el cielo,
y sola fuiste, en el suelo,
Fénix de la hermosura.

Y es de suerte
que el fuego que encendió el verte
dentro de mi corazón,
me dio en viéndote, ocasión
de serlo yo, en el quererte.

Y pues tanto
amo y sufro, que me espanto,
como no estoy consumido,
misericordia te pido,
en tan mísero quebranto.

La bonanza
tras la tormenta se alcanza,
y al que en tu valor espera,
no des ocasión que muera
a manos de la esperanza.

Estancias glosando este verso

El mayor mal, por la mayor belleza.

Glosa

En tanto que mis ojos la luz pura
pudieren ver, del gran señor de Delo,
y que la Parca, inexorable y dura,
dejare de romper el mortal velo,

para mí será exceso de ventura,
Lucida mía, y todo mi consuelo,
que este mote descubra mi fineza,
el mayor mal, por la mayor belleza.

Por la belleza, que en el ser humano
tiene la perfección más extremada,
en quien cifro la poderosa mano
(cuanta le dio a la más aventajada),
es cosa a la razón muy ajustada,
y así padezco yo, con extrañeza,
el mayor mal, por la mayor belleza.

Cuando muriere a manos del tormento,
la vida dejare (muy consolado)
con ver que me la quita un sentimiento,
de que tengo de ser muy envidiado.
Y quien osó tener tal pensamiento,
bien es, que blasón ponga tan honrado,
dime Amor, ilustrando, mi bajeza,
el mayor mal, por la mayor belleza.

El mal que siento no puede ofenderme,
aunque en efecto, pueda atormentarme,
sino solo asignarme y disponerme
para el bien, que ventura puede darme.
La causa es tal que basta enriquecerme,
y a pesar del olvido eternizarme,
pues quiso darme Amor, por gran riqueza,
el mayor mal, por la mayor belleza.

Otros pondrán, de tus contentamientos,
motes que muestren su dichoso estado,
yo solo le pondré de mis tormentos,
en quien hallo descanso regalado.

Y el bien de tan honrados pensamientos
tendré yo por mi gloria, pues me ha dado
Amor, enriqueciendo mi pobreza,
el mayor mal, por la mayor belleza.

Carta en redondillas, satisfaciendo a una dama, en una celosa sospecha

El que por ti no es ya suyo,
y no podrán ocasiones,
disgustos, ni sinrazones
apartarle de ser tuyo.

Te escribe para mostrarte
primero que le condenes,
la poca razón que tienes,
de ofenderle y de enfadarte.

Que no se sufre hacer
a tan gran fe, tal ofensa,
como imaginar qué piensa,
con que te hayas de ofender.

Que tan bajo pensamiento
no ha de caber en un pecho,
adonde está, de amor hecho
para ti sola, aposento.

Y si nunca has hecho ausencia,
ni la has de hacer, de allí,
no hay atrevimiento en mí,
que te ofenda en tu presencia.

Y cuando ausente me viera
(aunque esto no puede ser),

si te quisiera ofender,
Amor no lo consintiera.

Y si esto de mí no entiendes,
y que por amarte muero,
a la fe, con que te quiero,
y a tu gran valor, ofendes.

Porque no se ha de creer
que en mi alma tu cuidado
ha de estar acompañado
con otro ningún querer.

Que para que pueda Amor
de alguna suerte mudarse,
es fuerza que ha de buscarse
sujeto tal, o mejor.

Y pues no se ha de hallar
cosa que igual pueda ser,
quien te supo conocer
cómo te podrá olvidar.

Yo estoy de mí satisfecho,
que si he de veras querido,
podrás haberlo entendido
de las finezas que he hecho.

Y estando tú satisfecha
con tan cierto desengaño,
no es bien que cause tal daño
una liviana sospecha.

Acábame el sufrimiento
que no estés de mí segura,
viendo en ti tal hermosura
y tanto merecimiento.

Si quieres con niñerías
y antojos vanos matarme,
presto podrás acabarme
(si no acaban sus porfías).

Y pudieran ya acabar
(señora, si tú quisieras),
pues en cosa que sea veras,
nunca las podrás fundar.

Mis ojos no te ofendieron,
que al punto que te miraron
para las demás cegaron
y para ti sola vieron.

Mi lengua jamás ha dicho
cosa que pueda cansarte,
que si no es para loarte
tiene en hablar entredicho.

En mi alma es tu aposento,
y por no olvidarte a ti,
está olvidado de mí,
señora, mi pensamiento.

En mi corazón no cabe
cosa que tuya no sea,
y en solo amarte se emplea
todo cuanto puede y sabe.

Y finges estos disgustos,
por ver si podrás mudarme,
no es posible, y es dejarme,
sin vida, para los gustos.

Y si en mí ninguno mora,
ni con otro me entretengo,

sino en la gloria que tengo
de tenerte por señora.

Cuanto puede se conjure
a solo hacerme daño,
y por verdad, me dé engaño,
quien más mi bien asegure.

Y así lo que puede haber
que resulte en culpa mía
será alguna niñería,
sin echarla yo de ver.

Y para dar mi descargo
de esta y otra cualquier cosa,
no es bien, soberana diosa,
dejarme de hacer cargo.

Y declarada mi culpa,
si es de las que Amor condena,
poca será cualquier pena,
si me faltare disculpa.

Y si fueres porfiada
para hacerme morir,
en no me querer decir
lo que te tiene cansada.

Cuando llegues a ofenderte
de verme, tendrás por cierto,
que primero estaré muerto
que me olvide de quererte.

Estancias glosando este verso ajeno

Sola mi fe es cortada a su medida.

Glosa

En varias cosas, la naturaleza
descubre su poder, diferenciado,
repartiendo, de toda su riqueza,
por la diversidad de lo criado.
Mas en nadie mostró tal extrañeza,
como en Fenisa, donde está cifrado
cuanto bien en humano ser se pida:
sola mi fe es cortada a su medida.

Cuanto a la corrupción está sujeto,
de elementos discordes fabricado
y el cielo, que es en esto más perfecto,
de lumbreras tan bellas, adornado.
No tiene perfección que sin defecto
Fenisa no la tenga en aquel grado
que es obra con extremo enriquecida,
sola mi fe es cortada a su medida.

Venus no se le iguala en ser hermosa,
aunque fue por divina celebrada,
que Fenisa también es mortal diosa,
a quien no es cosa humana comparada.
Porque es en todo tan maravillosa,
que no hay comparación proporcionada
a la belleza en ella recogida,
sola mi fe es cortada a su medida.

Tamaño bien mortal velo no cubre,
ni tiene el mundo tal merecimiento,
y en sola su belleza se descubre
cuanto sabe pedir el pensamiento.
Mas la rara beldad que el alma encubre,

si no es de un celestial entendimiento,
de nadie puede ser comprendida,
sola mi fe es cortada a su medida.

Estancias glosando este verso ajeno

El que sin ti vivir ya no querría.

Glosa

Una tan triste vida y tan pesada
como la que yo vivo de ti ausente,
en el bien no me sirve para nada,
y da ocasión al mal, que me atormente.
Ya debiera estar muerta y olvidada,
y así es justo que acabe prestamente,
que esto puede esperar, Lucida mía,
el que sin ti vivir ya no querría.

Yo por milagro vivo, no te viendo,
que sin alma la vida es imposible,
y por hacerme Amor vivir muriendo,
se alarga en esto a más de lo posible.
Mil muertes por momentos padeciendo,
me tiene en esta pena tan terrible
que aun de morir, señora, desconfía,
el que sin ti vivir ya no querría.

Tú sola me das vida con mirarme,
fáltame, si me falta tu presencia,
sin ti, muriendo quiere sustentarme
Amor, que me atormenta sin clemencia.
Olvídase la muerte de matarme,
y quiere que este oficio haga ausencia,

y en este extremo vive, noche y día,
el que sin ti vivir ya no querría.

Mas me cansa esperar la muerte tanto,
que me podrá ofender perder la vida,
y estoy en tal estado que me espanto
como no está mil veces consumida.
Tengo ya el corazón desecho en llanto,
y si no es el morir, no sé qué pida,
que este, por gran regalo le tendría
el que sin ti vivir ya no querría.

Cuál debe ser la vida con que vivo,
si por más bien, espero triste muerte,
por no te lastimar no te lo escribo,
y solo sé decir que estoy sin verte.
Que no sé yo tormento tan esquivo
ni que haya a resistirle fuerza fuerte,
y este es por quien está sin alegría,
el que sin ti vivir ya no querría.

A mí mismo, sin ti, yo me aborrezco,
porque sin ti soy triste, sombra vana,
con lo que otros se alegran, me entristezco,
y llamo allí el morir, con mayor gana.
Mirados bien los males que padezco,
es cualquier otra pena muy liviana,
que a no penar así, te ofendería,
el que sin ti vivir ya no querría.

Versos ajenos

*Que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.*

Glosa propia

Ya sé cuán en vano espero
remedio de mi dolor,
mas muriendo por quien muero,
no he de mudar el amor
con el tormento más fiero.
Fortuna, como quisiere,
me dé tormenta o bonanza,
quítame el vivir (si quiere),
*que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.*

Última resolución
he tomado ya en mis daños,
que ha de estar mi corazón
firme, con los desengaños,
y alegre, con su pasión.
Y cuando más no pudiere
valerme de la esperanza,
basta que el morir espere,
*que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.*

Y tengo mucha razón
de que el temor no me impida
tan honrada pretensión,
que más vale que la vida,
morir con tal ocasión.
Que al menos cuando muriere
me queda una confianza,
con que no me desespere,
*que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.*

Podrá la muerte quitarme
cansados y tristes días,
mas la fama puede darme,
con que estas finezas mías,
puedan siempre eternizarme.
Y si Lucida lo quiere,
qué más bienaventuranza,
pues verá, si lo hiciere,
que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.

Verame muy envidiado
siendo por amarla muerto,
y verá un mal acabado
que me tiene condenado
a presta muerte, muy cierto.
Y verá en quien la sirviere
quejas y desconfianza,
yo iré contento do fuere,
que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.

Si como al más enemigo
quisiere serme homicida,
sé que perderá conmigo
la fe del mayor amigo
que tendrá en toda la vida.
Y cuando su gusto fuere,
podrá ensangrentar su lanza,
en mí, si le pareciere,
que el que bien amando muere,
muy honrado fin alcanza.

Carta en redondillas encareciendo la belleza de una dama

No tiene tantas estrellas,
Lucida, el cielo estrellado,
como en tu rostro he hallado
diferentes cosas bellas.

Tantas aves por el aire
ir volando nunca vemos,
como tú tienes extremos
de belleza y de donaire.

En colores de animales
no es tanta la variedad,
como la diversidad
de tus desdenes mortales.

Ni esparce tantas centellas
el fuego de Mongibelo
como en ti ven los del suelo
partes que admiten en vellas.

Tantas naves por la mar
no van a buscar despojos,
como hay cosas en tus ojos
para dar vida y matar.

Ni tantas fuentes y ríos
acuden al mar salado,
como a ti el cielo te ha dado
nuevas bellezas y bríos.

Tantos árboles floridos
no hay por Abril, en la tierra,
como en amorosa guerra
tienes galanes rendidos.

Ni hay Selva con tantas flores,
en la mitad del verano,
como en tu hermosa mano
favores y desfavores.

Ni andan por el mar nadando
tantos peces diferentes,
como causas tú, accidentes
en los que te están mirando.

Ni hay tanta suma de arenas
en todo el mar Oceano,
como das a tu Silvano
miedos, disgustos y penas.

Tantas gotas no han caído
de agua sobre la tierra,
como bellezas encierra
lo que en ti se ha conocido.

Ni son tantos los suspiros
de cuantos sufren enojos,
como el amor de tus ojos,
sin errar acierta tiros.

Y en efecto, es gran delito
encarecer tu caudal,
que se celebra muy mal
el valor que es infinito.

Carta en tercetos, estando un galán ausente de su dama

Siento tanto el esquivo mal de ausencia,
que buscarle remedio será en vano
si no le da, señora, tu presencia.

Al partir de ese rostro soberano,
vi poco a poco en mí faltar la vida,
creciendo este dolor, tan inhumano.

Y muero ya, por verla consumida,
mas por estarme bien, tengo por cierto
que no tendré la muerte, aunque la pida.

Aun de morir, señora, estoy incierto,
mira, si de compás mi pena sale,
que vivo solo al mal, y al bien soy muerto.

Nada sin ti me quiere, ni me vale,
ni hallo con que pueda consolarme,
ni en cuanto miro, hay cosa que te iguale.

Sin ti nada es posible contentarme,
ni que mis ojos tristes miren cosa
que no comience (en viéndola) a cansarme.

Y aquella (con razón) llamo hermosa,
que algún aire, o alguna sombra tiene,
de esa belleza tuya, milagrosa.

Aquello, un breve espacio me entretiene,
mas después es mayor el mal esquivo,
dando nueva ocasión para que pene.

La cual, de estar tú ausente, no recibo,
porque yo, de mí solo, estoy ausente,
y muerto en mí, y en ti, señora, vivo.

Desdichado de aquel de Amor doliente,
que ha de vivir sin alma, y con tormento,
que un punto reposar no le consiente.

No es posible decir el mal que siento,
que a un triste corazón, de dolor lleno,
aun quejar no le deja el sentimiento.

Rato sin ti no espero tener bueno,
y esta es razón que de esto desespere
quien se halla del bien de verte ajeno.

El cuidado me lleva donde quiere,
huyendo (como fiera) de la gente,
y envidioso de ver que alguno muere.

Es todo mi placer por accidente,
y ese, desde un momento me da guerra
(que placer alma triste no consiente).

El paso de la voz mi dolor cierra,
el alma está consigo, y yo cansado,
este cuerpo te ofrezco, dura tierra,
que en tus entrañas quede sepultado.

Carta pastoril en redondillas

Hermosa pastora mía,
a quien Dios dé la ventura
igual con la hermosura,
que de esta alma es alegría.

Oye un rendido pastor
que en amarte se entretiene,
y en el corazón no tiene
parte do quepa el dolor.

Mira que de su ganado
está olvidado por ti,
y que se olvida de sí,
por no dejar tu cuidado.

No harás mucho en oír,
aunque su mal no te duela,

al que nunca se desvela
sino en saberte servir.

Y aunque de vivir penando
baste por satisfacción,
tener, zagala, ocasión
de estarte un punto mirando.

Muéstrate ahora, en pagarle
un poco más liberal,
no en dolerte de su mal,
sino en querer escucharle.

Y pues no puede escaparse
de un dolor tan enemigo,
quiere, pastora, contigo
para morir, confesarse.

Y con solo este contento
tendrá por dulce partida
apartarse de la vida
por darte contentamiento.

Que si le debes tener
de que con presteza muera,
pues no has querido siquiera
lo que te quiere saber.

Mira que muere sin culpa,
si no es de este atrevimiento,
de quien es causa el tormento,
y tu belleza, disculpa.

Y mira que fe tan pura
nunca la tuvo zagal,
y que es tanta, que es igual
casi con tu hermosura.

Qué ganarás en su muerte,
sino perder un amigo,
que es ya mortal enemigo
de sí mismo, por quererte.

Y pues ninguna ha nacido
que te iguale en ser hermosa,
no te ocupes (siendo diosa)
en acabar un rendido.

No te pido que me quieras,
ni que mi tormento amanse,
sino que en mí no te canse
quererte con tantas veras.

Porque nadie imaginara
que esto pasara por mí,
que temo perderte a ti,
con lo que a muchas ganara

Y no me da Amor lugar
para dejarlo de hacer,
que nunca sabrá temer
sino el que supiere amar.

Mira a lo que me condena,
zagala, mi desventura,
que no pido más ventura
sino que escuches mi pena.

Porque el cielo me destruya
si en mi mal consuelo espero,
sino que sepas que muero,
y que es esto a causa tuya.

Y no habrá mal que me ofenda,
con un bien tan soberano

como acabar por tu mano,
y que el mundo así lo entienda.

Que son males tan sabrosos
los que causas, con el verte,
que he de tener de mi muerte
muy gran suma de envidiosos.

Y no sentiré el morir
por lo que da de pasión,
sino por ser ocasión
de no poderte servir.

Y si fueres tan esquiva
que con saber que es así,
por no servirte de mí
quisieres que yo no viva.

Porque más contentamiento
te dé mi muerte, después
solo te pido que estés
presente al enterramiento.

Y si disgusto entendiera
que allí pudieras tener,
por dejarte de ofender
aun esto no te pidiera.

Soneto

Dejo de suspirar, porque recelo
que siendo mis suspiros esparcidos,
como del pecho salen encendidos,
abrasarán la tierra, mar y cielo.

Con llorar solamente me consuelo,
y enternezco las piedras con gemidos,

y están de esta manera mis sentidos,
sujetos a perpetuo desconsuelo.

De la rabiosa muerte tengo queja,
que al Amor, agradezco la herida
con que penetró el alma de mi pecho.

Lucida sin razón morir me deja
y pues quiere que yo no tenga vida
moriré por su gusto, y mi provecho.

Soneto

Lucida, qué sirvió quererte tanto,
si la gloria de verte y el contento
ha convertido tu desabrimiento
en lástima, dolor y eterno llanto.

De ver cómo no muero, tengo espanto,
y el crudo Amor, por darme más tormento,
quiere dar nueva vida al pensamiento
para darme más pena y más quebranto.

Pues tú tienes poder para matarme,
como lo tiene Amor para ofenderme,
tu mano de acabarme no se atreve.

Yo moriré, pues quieres olvidarme,
y a ti no te dé pena deshacerme,
que si no espero bien, no hay mal que dañe.

Estancias a una partida

Cercano al agua de una clara fuente,
a la sombra de un sauce, verde, umbroso,
que enredado de un mirto, variamente

hace albergue, agradable y deleitoso
donde al rayo del Sol no se consiente
entrada, en tiempo frío o caluroso
Silvano estaba contemplando un día
en la hermosa ninfa a quien servía.

Elevado en mirar su hermosura,
y el milagro que en ella hacer quiso
aquella poderosa alma natura,
con tan gran artificio y tanto aviso.
Contemplaba en su pecho la figura
que mostró al mundo un nuevo paraíso,
y viendo que es la misma que allí vía,
le saca de sí mismo la alegría.

Alza los ojos y con presto vuelo
mira si hallar puede alguna cosa
que igualase a su bien y su consuelo,
en la belleza rara milagrosa.
Halló turbado al gran señor de Delo,
que viendo una figura tan hermosa,
detuvo, por no ser de ella eclipsado,
su movimiento y curso acelerado.

Y fue de fuerte el gozo que sentía,
que ver el bien sin par que allí gozaba
que el agua, que a sus ojos sacudía,
el testimonio de su gusto daba.
Quisiéralo decir, mas no podía,
que tan turbado y fuera de sí estaba,
que hizo, para no quedar con mengua,
de entrambas a dos fuentes otra lengua.

Después, aquel extremo ya pasado,
con nuevo ardor y con mayor aliento
le dice, ay Celia, y qué dichoso estado

es el que Amor me ha dado, en mi tormento
Qué desencanto y qué gusto regalado,
hallo en la gloria de mi pensamiento,
tenga envidia de verme bien perdido
el que de Amor fue más favorecido.

En ti me tiene, Celia, transformado
aquel Dios, de quien nada se defiende,
y yo estoy de mí mismo enamorado,
porque mi ser el tuyo comprende.
Pensar que Amor en esto me ha igualado,
es, Celia dulce, lo que más me ofende,
porque en saberte amar estoy tan diestro,
que puede Amor tenerme por maestro.

Eres mi bien, mi alma, eres mi diosa,
mi descanso, mi gloria y mi alegría,
albergue soberano, en quien reposa
con gusto sin igual, el alma mía.
La misma hermosura no es hermosa,
contigo, ni la luz clara del día,
ni vivo yo sin ti ni vida quiero,
que con mirarte viva, y sin ti muero.

Aunque quisiese, no puedo ser parte
a no quererte, y cuando lo quisiera,
la gloria y el descanso de mirarte,
pensamiento tan bajo consumiera.
Para volver de nuevo a más amarte,
fuera como el que pasa la carrera,
que da pasos atrás, con pensamiento
que correrá después con más aliento.

No te ofenda, dulcísima pastora,
decirte que es forzosa mi partida,
que cuando yo sin ti viviere un hora,

un cuerpo vivirá, sin tener vida.
Porque dentro de esta alma que te adora,
te llevo retratada y esculpida,
y allí podré gozar el bien de verte,
pues no da más lugar mi triste suerte.

Primero será el mar, de fuego airado,
mudando el propio asiento que ha tenido
y cuerpo, de mortal peso cargado,
bajara a ver las aguas del olvido.
Y antes verán el carro estar parado,
en que el hermoso Apolo es conocido,
que yo suelte la rienda a mi deseo
para querer más bien del que poseo.

Y así podrás con esta confianza
vivir en mi partida asegurada,
que el tiempo, la fortuna y su mudanza
nunca verán mi fe menoscabada.
Yo viviré con sola la esperanza
que siempre de tu parte me fue dada,
y aquella, en cambio, llevaré conmigo,
del alma que se queda acá contigo.

Estancias

Para qué tan cruel, ninfa hermosa,
descanso de los males de mi vida,
de qué sirve mostraros rigurosa
con un alma que a vos está rendida.
Mostraos afable, mansa y amorosa,
y no tan remontada y desabrida,
si no queréis que dentro de mi pecho
aún no quede ceniza de provecho.

Y si para probarme habéis fingido
este desabrimiento tan pesado,
ablando ya ese pecho empedernido,
pues de mi fe os habéis desengañado.
Que para sufrir más de lo sufrido,
me hallo de favor, necesitado
tanto, que si tardáis en repararme,
después no habrá lugar de remediarme.

No tengáis compasión de ver que muero,
que poco bien se pierde con perderme,
tenedla de un Amor tan verdadero,
que se ha de deshacer, con deshacerme.
Y si vuestro desdén, esquivo y fiero,
de nuevo le esforzáis para ofenderme,
no sentiré dejar tan triste vida,
pues ninguna será más bien perdida.

Acabaréis de estar de mí quejosa,
y dejaréis de ser importunada,
mas quiero aseguraros de una cosa,
que de nadie seréis tan bien amada.
Y aunque estáis de mi muerte descosa,
después de ver mi vida rematada,
cuando entendáis, señora, que ya es cierto,
sé que os ha de pesar de verme muerto.

Y llegáis a ver la sepultura
del triste, que a morir por vos se pone,
os suplico, sin muestra de tristura,
que solo me digáis, Dios te perdone,
y no quiero más bien, ni más ventura,
pues Amor a que muera me dispone,
y encima de ella no quedéis parada,
que bastara haceros desdichada.

Y si alguno de vos saber quisiere,
por qué me condenáis a eterno llanto,
podréisle responder, sabe que muere
solo porque me quiso y amó tanto.
Y si tal cosa en vos reprendiere,
por ser ingratitud que causa espanto,
decidle que se vaya, pues no sabe
que en vuestro corazón mucho más cabe.

Villancico

*Querer, señora, contar
todas vuestras partes bellas,
será contar las estrellas
y las arenas del mar.*

Escoger en red el viento,
y en efecto es ofenderos,
pensar que puede entenderos
el más alto entendimiento.
Y querer nadie apurar,
las cosas que en vos hay bellas,
*será contar las estrellas
y las arenas del mar.*

Las bellezas que tenéis
extraordinarias en vos,
son cifras que hizo Dios,
con que al mundo le mostréis.
Y pensar nadie hallar
maneras de encarcellas,
*será contar las estrellas
y las arenas del mar.*

Imaginar que no pasa
tan extraña perfección,
la misma imaginación
es hacer error sin tasa.
Y en vos querer señalar
lo que excede a las más bellas,
será contar las estrellas
y las arenas del mar.

El valor y hermosura
querer decir que en vos mora,
y lo que al mundo enamora,
de gracia y desenvoltura,
será querer numerar
del monte Etna, las centellas,
y del cielo *las estrellas*
y las arenas del mar.

**Tercetos en que a una dama
muy esquiva promete el que la servía
una constante firmeza**

El amor bien podrá hacerme guerra,
y cada paso renovar mis daños,
como al más desdichado de la tierra.

Y fortuna podrá con sus engaños
subirme a lo más alto, y al profundo
bajarme por caminos muy extraños.

Conjurar se podrá contra mí el mundo,
y serme amor ingrato, al descubierto,
y hacerme en la pena sin segundo.

Celia, mas no podrán del dulce puerto
mi nave, solo un paso, removella,
ni yo no ser ya tuyo, vivo o muerto.

Mi guía has de ser tú, mi Sol, mi estrella,
porque de otra, ni fui, ni seré siervo
y tú sola (a mis ojos) eres bella.

Tu fuego que en el alma le conservo,
me tiene tal, que ya corro a la muerte
como a la fuente, caluroso ciervo.

En mí, contra el dolor, no hay cosa fuerte,
porque el alma le da tan gran tributo,
que no habrá bien que tanto mal concierte.

Ninguno verá ya mi rostro enjuto,
pues de tanto servicio y fe tan pura,
no corresponde a mi fatiga el fruto.

Forzoso he de llorar, mi suerte dura,
siguiendo aquello que fortuna ordena,
pues querer defenderlo es gran locura.

Tú has de ser el descanso de mi pena,
y no ha de haber mudanza en mi cuidado,
en tanto que el vivir no se enajena.

Y será mi tormento bien pagado
con solo un volver de ojos, amoroso,
que pondrá fuego al pecho más helado.

Y si fuere molesto y enfadoso
a tu vista mi rostro, y con mi ausencia
pudiere asegurarse tu reposo.

Al punto partiré, de tu presencia,
pues de mi gusto nunca haré nada,
queriéndolo hacer, sin tu licencia.

En ti, mi vida está depositada,
y tan sujeta a cuanto dispusieres,
que sin tu voluntad vivir no agrada,
y solo he de querer lo que quisieres.

Soneto

Ojos que no sois ojos, sino estrellas,
que alumbran más que el Sol y resplandecen,
luces, que cien mil almas enriquecen,
y abrasa el corazón Amor con ellas.

Del fuego soberano sois centellas,
que humanos ojos veros no merecen,
bellísimos luceros que aparecen,
eclipsando las luces menos bellas.

La libertad troqué solo por veros,
porque conozco que tenéis la cumbre
de la belleza y de la gallardía.

Y estoy en tal estado por quereros,
que ya soy Fénix, que con vuestra lumbre
me consumo y renuevo cada día.

Soneto

Ya no me espanta, Amor, tu bizarría,
ni temo verte en cólera metido,
yo de Lucida solo fui rendido,
que tu fuerza sin ella no podía.

Dejarme libre como estar solía
y de arco y flechas ven apercebido
y si acaso de ti fuere vencido
castiga en pena eterna el alma mía.

No vales nada tú si no es por ella,
pues con armas mi pecho desarmado
no osaste acometer, Amor, sin ella.

Y si yo te he servido y regalado
no fue por ti, sino por causa de ella,
que el siervo por su amo es bien tratado.

Liras en que se proponen algunas dudas de los varios efectos de Amor

Si Amor es fuego vivo
con que se abrasa el pecho más helado,
yo no sé cómo vivo
sin haberme acabado
estando en vivas llamas abrasado.

Y si muerte se llama
y consume la vida fácilmente
la fuerza de su llama,
cómo su ley consiente
que viva yo y que muera juntamente.

Si su gloria es dudosa,
y de su mano cierta no se alcanza,
sino muy peligrosa
cualquiera confianza,
quién causa en el Amor cierta esperanza.

Y si causa alegría
al corazón y al alma donde mora,
por qué tan a porfía
ofrece cada hora
tanto dolor, a un alma que la adora.

Y sin paz y sosiego,
quietud y descanso de la tierra,
llaman al niño ciego,
cómo me hace guerra
tan fuerte que de vida me destierra.

Si dicen que es tormento
cómo no le aborrecen como a extraño,
y huye el pensamiento
la fuerza de su daño,
temiendo dél tan cierto desengaño.

Y si juego es su nombre,
que entretiene la vida y la sustenta,
por qué jamás hay hombre
que en el alma le sienta
que no diga después que le atormenta.

Y si no da herida,
ni el cuerpo con sus flechas atormenta,
con qué quita la vida,
o qué manera inventa
para que dando golpe no se sienta.

Y si en él hay dulzura
más que en cuanto se tiene por sabroso,
de qué es la amargura,
y el gusto tan penoso
que da, en lo que dar suele más gustoso.

Y si es agradecido
al que le sirve y da contentamiento,
cómo de lo servido
me da en premio tormento,
y todas sus promesas lleva el viento.

Es de manera oscuro
el poder en tender sus calidades,
que cuando más procuro
averiguar verdades
hallo a paso cien mil contrariedades.

Ajena

*Esperanzas lisonjeras
sustentan mis tristes años,
y si las tomo de veras,
tórnanseme desengaños.*

Glosa propia

En tanto estrecho me veo
que con lo que no ha de ser
hago engaños al deseo
fingiéndole que poseo
lo que nunca pienso ver
aliviando la pasión
de mis ansias lastimeras,
hacen en mi corazón
esta sabrosa invención
esperanzas lisonjeras.

Con ellas tengo presente
lo que más lejos está,
porque de la gloria ausente
me aseguran que será
lo imposible fácilmente.
De fingidas alegrías
hacen alivio a mis daños,
y dan fuerza a mis porfías,

y con estas niñerías
sustentan mis tristes años.

Qué esperanzas deben ser
con las que Amor me sustenta,
si dan fingido el placer
y obligan a mucha cuenta
con saberlo agradecer.

Las burlas que les entiendo
agradezco las primeras,
porque sé cuánto me ofendo
si otro bien de ellas pretendo,
y si las tomo de veras.

De regalo y de favor
ando tan necesitado,
que en descuento a mi dolor
pido esperanzas a Amor
con que vivir engañado.
Y en ellas sábeme dar
para el bien, medios extraños,
que si los quiero aplicar
do puedan aprovechar,
tórnanseme desengaños.

Ajena

De amôres muera yo si en esto miento.

Glosa propia

Hasta que os vi jamás hallé ventura
que del deseo las riendas me tuviera,
ni extremos de valor y hermosura

a quien el alma y libertad rindiera.
Ni pudiera creer no ser locura
pensar que otro Sol nuevo luz nos diera,
a no desengañarme lo que siento
de amores muera yo si en esto miento.

Quedé con vuestra vista de manera
que si el Amor de vos se enamorara
más de lo que yo os quiero, no pudiera
quereros, aunque más lo procurara.
Y no penara más, si no muriera,
el que penando a Tántalo igualara,
que es mi fe sin igual y mi tormento,
de amores muera yo si en esto miento.

Ando de mí, y de vos, enamorado
sin que se haga ofensa a lo que os quiero,
de mí lo estoy, por verme en tal estado
que merezca morir del mal que muero.
Y de vos, porque en todo lo criado
ver cosa que os iguale nunca espero,
ni que sin vos dé gusto de un momento,
de amores muera yo si en esto miento.

En vos vivo, y de vos la vida tengo
que el alma os entregue por quien vivía,
y con vuestra memoria me sostengo
que si un punto faltase moriría.
Con solo imaginaros me entretengo,
y este regalo dulce noche y día
nunca se aparta de mi pensamiento,
de amores muera yo si en esto miento.

Hallo mil nuevos gustos cada hora
que de nuevo me obligan a quereros,

de quien me avisa el alma que en vos mora
siendo los pensamientos mensajeros.
Díceme que en teneros por señora
se gana tanto y en obedeceros,
que no volviera más a mi aposento,
de amores muera yo si en esto miento.

Dice más, que es lo menos la hermosura
que halla en vos, con ser tan extremada
que del Sol la belleza deja oscura
y a Venus envidiosa y olvidada.
La gallardía del alma, honesta y pura,
vuestra, por quien la mía es gobernada,
jura que no la alcanza entendimiento,
de amores muera yo si en esto miento.

Sin alma me tenéis, y a vuestra cuenta
esta todo el gobierno de mi vida,
vos sois causa del mal que me atormenta
y mi memoria a mí por vos me olvida.
Solo querría no veros descontenta
de mis servicios, ni de ser querida,
que no pretendo más contentamiento,
de amores muera yo si en esto miento.

Ajeno

Esfuerce Dios el sufrir.

Glosa propia

El toque de la paciencia
do el sufrimiento se apura
es el grave mal de ausencia,

porque la muerte asegura
la salud con su presencia.
Es más que muerte partir
de la cosa que se quiere,
yo que ausente he de vivir,
para que no desespere
esfuerce Dios el sufrir.

El alma falta al ausente
que con el que parte va,
y sin el alma presente,
el cuerpo que el dolor siente
mirad que tal estará.
Yo bien quisiera pedir
(si se pudiera hacer)
me quitaran el sentir,
mas ya que no puede ser,
esfuerce Dios el sufrir.

A tan grave desconsuelo
que vida y alma contrasta,
no hay procurarle consuelo,
que el de la tierra no basta.
Y pues de él ha de venir
(que el compás humano excede)
mientras que llega el morir
(como quien todo lo puede),
esfuerce Dios el sufrir.

Y así solo pediré
que para sufrir mi mal
fuerza al sufrimiento dé
con que sustente mi fe,
que es la prenda principal.

Y pues no he de permitir
que haga jamás mudanza,
lo que durare el vivir
contra mi desconfianza,
esfuerce Dios el sufrir.

Ajeno

*Que los contentos de amor
cuestan mucho y duran poco.*

Glosa propia

Querer de amor esperar
contentamiento que dure
(es muy en vano cansar)
porque es pedir a la mar
que la bonanza asegure.
Y el que goza más favor
irá viendo poco a poco
(enseñado del dolor)
*que los contentos de amor
cuestan mucho y duran poco.*

Engaña con prometer
el amor descanso y gusto,
mas en siendo menester
cuesta una hora de placer
muchas de pena y disgusto.
Solo descanso traidor
me ha dado este ciego loco,
y nadie sabe mejor

*que los contentos de amor
cuestan mucho y duran poco.*

De ofender, el fundamento
es para todos el mismo,
que con veloz movimiento
sube al que da más contento
para bajarle al abismo.
Y así el regalo mayor
se ha de estimar muy en poco,
viendo cualquier amador
*que los contentos de amor
cuestan mucho y duran poco.*

Al más cuerdo hace dar
el alma por un deseo,
y cuando se ha de gozar
el bien, le suele dejar
de la suerte que me veo.
Conozco bien su dolor
porque lo siento y lo toco,
y sé de su desfavor
*que los contentos de amor
cuestan mucho y duran poco.*

Carta a una dama que en una carta puso al remate, vuestra enemiga

Firmaste os mi enemiga,
y es muy bien que así lo crea
pues me mandáis que no os vea,
que esto basta que lo diga.

Bien sospecho la ocasión,
y entiendo que no me engaño
que siempre ha sido en mi daño
cierta la imaginación.

Y es que holgaréis que muera
sin veros desesperado,
y bien es que un desdichado
acabe de esta manera.

Poco durará el cansaros
si de mí estáis ofendida,
que con acabar la vida
dejaré de importunaros.

Y Atropos haga que sea
esto con tal brevedad,
como vuestra voluntad
entiendo que lo desea.

Haré al morir acogida,
como a la más buena suerte,
pues os da gusto mi muerte
y a mí me cansa la vida.

Que si no tengo de veros
solo podrá aprovecharme
la vida, para cansarme,
y cansaros con quereros.

Debiste de imaginar
que si vuestros ojos viera,
nueva vida recibiera
con que os volver a cansar.

Debéis saber lo que ordena
aquella famosa ley:

que viendo el rostro a su rey,
queda el culpado sin pena.

Y así para no excusar
la muerte a vuestro rendido,
le tenéis ya defendido
el bien de os poder mirar.

Y si queréis acabarme,
en esto tenéis razón,
que veros fuera ocasión
muy bastante a remediarme.

Porque al momento que os viera
cesará mi desventura,
que reina de hermosura
sois y seréis dondequiera.

Porque nunca tuvo igual
vuestra hermosura y gala,
y si algo este bien iguala,
es mi querer y mi mal.

Y para que mayor sea
este dolor inhumano
negáis a vuestro Silvano
la gloria que más desea.

Dejáisle una confianza
en el tiempo sostenida
siendo tan corta la vida
para tan larga esperanza.

Y no hay en qué se entretenga,
sino es desesperar
y primero ha de acabar
su vida que el bien le venga.

Dejáradesle siquiera
con veros tomar aliento
para sufrir el tormento
que vuestro desdén le diera.

Y no darle un mandamiento
tan áspero de cumplir,
que es imposible sufrir
tanta carga el sufrimiento.

Y saco de esta porfía
(lo que siempre lloraré)
que no tiene vuestra fe
los quilates que solía.

Y aunque sé que va menguando,
mi fe la que fue ha de ser,
y viéndome aborrecer
tengo de morir amando.

Canción

Que Lucida es el alma con que vivo.

Glosa

El milagro mayor que Amor ha hecho,
y en que más ha mostrado
que en su poder no hay tasa ni medida,
es en haber sacado
el alma de mi pecho,
dejándome sin ella con la vida.
Fue para mí ganancia enriquecida,
pues me dieron por ella

tener por alma aquella
que hace nuestro siglo ser dichoso,
y a mí tan venturoso,
que sepan todos siendo su cautivo,
que Lucida es el alma con que vivo.

Por ella tengo ser, de ella me viene
cuanto de bien poseo,
y cuanto no es posible imaginarse
con ella no deseo
del bien que nadie tiene
lo que pudiera de otros envidiarse.
A lo imposible Amor quiso alargarse
y en darme el bien que digo,
fue pródigo conmigo,
y si de lo posible más tuviera
sin duda me lo diera,
y echase bien de ver en el recibo,
que Lucida es el alma con que vivo.

El gobierno de todos mis sentidos,
la vida, el movimiento
y la diversidad de mis efectos,
allí tienen su aliento,
y de ella son regidos,
perfeccionando así los imperfectos.
Ella levanta al cielo mis conceptos,
mueve mi lengua y mano,
y tráeme muy ufano
de verme en esta gloria sin segundo,
mostrando siempre al mundo
para que con Amor vea lo que privo,
que Lucida es el alma con que vivo.

Por ella tengo honrados pensamientos
que pueden levantarme
del polvo de la tierra hasta el cielo,
y podrán animarme
a gloriosos intentos,
mientras en mí durare el mortal velo.
Ella me enseña a despreciar del suelo
lo que es más estimado,
y a no tener cuidado
sino de celebrar esta ventura,
que ya no se procura
sino dar a entender en cuanto escribo
que Lucida es el alma con que vivo.

Después de verla, solo se desea
ver el lugar que encierra
lo que llena a las almas el vacío,
y pensar en la tierra
que ninguno posea
joya que se le iguale es desvarío.
Ella me ha puesto aliento, ser y brío,
de tanta hidalguía
que quien me conocía,
viendo la perfección de esta mejora
me desconoce ahora,
y entiende el más humilde y más altivo,
que Lucida es el alma con que vivo.

Aunque no hay nada en ella que consienta
igual en cuanto vemos,
ni cosa que sea más, si no es divina,
con tan raros extremos
muestra que está contenta,
de mi pobreza a tanto bien indigna.

Y a tan honradas cosas me encamina
que en ellas puede darme
medio de eternizarme,
que menos gloria que esta dar no puede
la que a todas excede,
y en ti muestra el valor de este motivo
que Lucida es el alma con que vivo.

Carta en liras

Del mal que Amor me ha dado
si alguna parte aquí mostrar pudiera,
yo vivo confiado
que oírlo enterneciera
las entrañas heladas de una fiera.

Porque ya tal me siento
y a tan extraño extremo soy venido,
que todo mi contento,
es verme más perdido
que cuantos por Amor han padecido.

Y vos endurecida
viendo como me abraso en vivo fuego,
mi pena dolorida
echaisla toda en juego
porque no falte en mí desasosiego.

Y así vivo muriendo
y sin saber de quién me estoy quejando,
y voyme consumiendo,
de estar imaginando
que no tiene mi bien cómo, ni cuándo.

Y mi cansada lengua
que cantaba canciones de alegría

viendo como no mengua
la triste pena mía,
vive ya lamentando noche y día.

Y todos mis sentidos
que otro tiempo pudieran socorrerme,
están ya tan rendidos
que en lugar de valerme
se juntan muy de veras a ofenderme.

Y el alma sin ventura
que por amaros tanto mal padece
en la prisión oscura
do mi tormento crece,
está sufriendo el mal que no merece.

Pues no se gana gloria
en dar a Moro muerto gran lanzada,
ni es honrosa victoria
un alma lastimada
dejar de todo bien desconfiada.

Y aunque solo con veros
paguéis lo que padezco en deseáros,
bien podré por quereros,
señora, suplicaros
que os acordéis que muero por Amores.

**Carta en redondillas a una dama que dejó
de hacer a un galán el acogimiento que solía,
por una falsa información que le hicieron**

Si no tiene el ser cruel
en tu corazón tal brío,
que no quieras (por ser mío)
ver, señora, este papel.

Suplícote le recibas
y en sus razones adviertas
que no son palabras muertas
sino verdades y vivas.

Y cuando hacerlo quieras
repara un poco mirando,
que nunca habla burlando
quien sabe querer de veras.

Y que en mi fe las hay tales
aunque tú de ellas te olvidas,
que en dándome las heridas
conocí que eran mortales.

Pero quedé tan ufano,
que si con vida quedara
la gloria me la quitara
de haberlas dado tu mano.

Aunque para no acabar,
luego comencé a tener
descuento del padecer
en el gusto del penar.

Y fui tan pródigo en darte
todo cuanto pude dar,
que no quise reservar
de lo más ninguna parte.

Di luego en aborrecer
todo cuanto había querido,
y en llamar tiempo perdido
el que te dejé de ver.

A mis ojos de mirarte
licencia solo dejé

y toda el alma ocupé
en el bien de contemplarte.

Y de la que llamé gloria
el tiempo que anduve ciego,
entredicho puse luego
para siempre a la memoria.

Quise que de lo que fui
nada me representase,
y que de mí se olvidase
para acordarse de ti.

Y tu desdén me destruya
sin tener de mí piedad,
si me quedó voluntad
sino de hacer la tuya.

Quise que el entendimiento
se ocupase en conocerte,
para que fuese el quererte
igual al merecimiento.

Y llego a descubrir cosas
sin las que los ojos vieron,
tales que le parecieron
divinas o milagrosas.

Y la fuerza del cuidado
subió tanto de compás,
que apenas mirando atrás
eché de ver lo pasado.

Que como de gran altura
vuelos los ojos abajo
la vista con gran trabajo
comprende una figura.

Así que de esta manera
cuanto desde ti miraba
tan abajo se quedaba
que por poco no lo viera.

Y del bien que al alma ofreces,
solo se pudo entender
que amor no le puede haber,
igual con lo que mereces.

Y así para no ofenderte
es el medio que escogí
negarme del todo a mí
para solo obedecerte.

Y quise, pastora bella
(por hacer cuanto podía),
no querer cosa por mía,
si no fueses dueño de ella.

Y como el águila prueba
sus hijos al Sol mirando
al momento, despeñando
al que su lumbre reprueba.

Yo lo hago siempre así
con mi mismo pensamiento,
que un punto no le consiento
si no está ocupado en ti.

Y en esto no hago nada,
bella y soberana diosa,
pues no tiene el mundo cosa
tan digna de ser amada.

Solo siento que merezca
tan poco mi fe contigo,

que siendo como te digo
ni se pague ni agradezca.

Y que un buen acogimiento
en que fundaba mi bien
se haya trocado en desdén,
enfado y desabrimiento.

Tomo al alma estrecha cuenta
para mi satisfacción,
por ver si te dio ocasión
estar de mí descontenta.

Y por mi cuenta he hallado
(aunque dices que no es buena)
que sufro sin culpa pena,
si no es culpa haberte amado.

Y sé de mi corazón,
de la lengua y de los ojos,
que si no son tus antojos
no tienes otra ocasión.

Y si quieres acabarme
no me pienso defender,
sino solo agradecer
que te acuerdes de matarme.

Y aunque causa para ello
ninguna jamás te di,
basta y sobra para mí
que hayas querido querello.

Y si a cuenta de servicio,
lo pones, tendré paciencia,
dando con esta obediencia
más valor al sacrificio.

Que si solo quiero vida
para poderte servir,
gloria me será morir,
siendo tú de ello servida.

Sola una cosa quisiera
(si de ella no te cansaras)
que antes que me condenaras
la ocasión se me dijera.

Y habiéndome hecho el cargo,
si disculpa me faltara,
mandar que se ejecutara
la sentencia sin embargo.

Pero querer sin oírme
por sospechas condenarme,
aunque no es justo quejarme
no dejaré de sentirme.

Porque cuanto puede haber
en que me hallen culpado,
será en haber publicado
este exceso de querer.

Y puesto que lo hiciera
tu valor no se ofendía,
aunque de la suerte mía
gran atrevimiento era.

Mas donde pudo llegar
la ofensa que te hacía,
es a decir que servía
y amaba sin esperar.

Y al fin es cosa muy llana
que a nadie ofende el Amor,

y sabemos que un pastor
se enamoró de Diana.

Y que las diosas del cielo
sin poderlo resistir,
se vinieron a rendir
a algunos hombres del suelo.

Y siendo, señora, así
quien por envidia me culpa,
en oyendo esta disculpa
que alegraré contra mí.

Este será el cargo en suma
que se me puede hacer,
el descargo podrás ver,
si le sabe dar mi pluma.

Viéndote dejar de amarte
no cabe en entendimiento,
falta de conocimiento
será verte y no adorarte.

Y al que tuvo tal ventura
que el bien de verte gozó,
si te amare, culpo yo
solo a tu gran hermosura.

Y abrasado en esta llama
sin culpa será ofendido
(si no dice que es querido)
por confesar que te ama.

Pero si yo he dicho cosa
con que pudiese ofenderte,
por hablar se me dé muerte
más que todas afrentosa.

Doy esta satisfacción
(que no me parece poca)
solo por lo que a mí toca
sin más consideración.

Porque cuando no quisieras
verme, ni que yo te viera,
otros caminos hubiera
con que a entenderme lo dieras.

Sin que una culpa fingida
dé pena tan verdadera,
que para mí mejor fuera
que me acabara la vida.

Pues en mí no ha de acabar
si yo no acabo el quererte,
que ausencia y tiempo sin muerte
nunca me podrán mudar.

Y si muriendo pudiera
tener vida este cuidado
eternamente guardado
en el alma le tuviera.

Aunque para no cansarte
con tantas muestras de amor,
morir me será mejor,
pues ha de ser agradarte.

Y no serán menester
otros medios para ello
sino que tú gustes de ello,
y yo te deje de ver.

Ajena

Nada sin vos me entretiene.

Glosa

Hízoos, Lucida, sin par
quien dio ser a cuantos vemos
y en vos se pueden hallar
de los más bellos extremos
los más para desear.
El mayor contentamiento,
sin veros gusto no tiene,
y en medio del mal que siento
si no es vuestro pensamiento
nada sin vos me entretiene.

Ausente de vos, si veo
las que celebran por bellas,
mayor disgusto poseo
porque solo hallo en ellas
quien dé fuego a mi deseo.
Y así no hay cosa criada
que a penar no me condene,
por ser vos tan extremada,
que viéndoos de mí apartada,
nada sin vos me entretiene.

Nada sin vos me recrea,
porque el bien os puso Dios,
no hay nadie que le posea,
y así no hallo sin vos
la vista para que sea.

Y con ansia lastimera
no hay momento en que no pene,
por verme de tal manera
que aun para vivir siquiera
nada sin vos me entretiene.

Es la luz del Sol oscura
para mí sin vuestros ojos,
y tendré por desventura
los más dichosos despojos
que me puede dar ventura.
Pierdo el seso y la paciencia,
sin bien que mi mal refrene
y es de suerte su violencia
que en tan desabrida ausencia
nada sin vos me entretiene.

La memoria no me ofrece
sino regalos pasados,
con que mi tormento crece,
porque haber sido soñados
solamente me parece.
Y aunque por darme placer
algún bien Amor me ordene,
yo no le puedo tener,
porque en dejándoos de ver,
nada sin vos me entretiene.

La poca vida que tengo
se sustenta de esperanza,
y con ella me entretengo
hasta ver si habrá mudanza
en el dolor que sostengo.
Que para poder vivir,
esto solo me conviene,

y mientras llega el morir
podré con razón decir,
nada sin vos me entretiene.

Soneto
Lleva este soneto el nombre
de una dama en las primeras letras²⁷

Diosa mortal, divina hermosura,
obra que el cielo hizo sin enmienda,
no es posible que nadie comprenda
al justo bien que el veros asegura.

Sola mi alma tiene por ventura
aunque de vuestro ser tan poco entienda
no tener parte así, que no la encienda
con vuestros ojos, dulce llama pura.

Humanadlos un poco, bella Diosa,
a ver en mis entrañas el estrago
(bien digno de mirar, que el fuego ha hecho).

En las cuales de nuevo otra Cartago
llegando a ver es fuerza ser piadosa
aunque sea de diamante vuestro pecho.

Carta a una dama que habiendo recibido
un papel, le puso en el pecho

Papel bien afortunado
en tan buena suerte hecho
que te dio acogida el pecho
do de Amor jamás ha entrado.

²⁷ Dicen las primeras letras: Doña Sancha bella.

Si de tu poder llegases
a hacer tan altas pruebas
que con el fuego que llevas,
esa nieve deshelas.

Más que Amor pudo, podría,
y dándome vida a mí,
nombre eterno para ti,
con hacerlo ganarías.

Mas temo tu perdición
si en él estás con sosiego,
que esa nieve encendió el fuego,
que abrasa mi corazón.

Y aunque con él me destruyo,
mayor pena me daría
que la hallases tan fría,
que apagar pudiese el tuyo.

Porque todo el bien que espero
es que tus vivas centellas
le muestren (si quiere vellas)
el fuego en que ardiendo muero.

Que pues quiso regalarte
con tan buen acogimiento
si le dices mi tormento
no dejará de escucharte.

Y viendo el exceso dél,
es fuerza serme piadosa,
aunque como de hermosa
tenga extremo de cruel.

Mas temo que estando ahí
gozando de tanta gloria,

no te ha de quedar memoria
para acordarte de mí.

Y no te culpo en hacello,
que si yo ese bien gozara
a mí mismo me olvidara
para gozar mejor dello.

Porque estando en tal lugar
como el pecho que te encierra,
de todo el bien de la tierra
no queda que desear.

Y así viéndote yo en él,
y tan lejos de eso a mí
muero de envidia de ti,
como enamorado dél.

Y visto el contentamiento
que tanto bien te asegura,
trocara por tu ventura
parte del entendimiento.

Aunque quiero de manera
que viendo lo que gozabas,
si entendieras dónde estabas
de celos de ti muriera.

Y fuera una desventura
entre todas la mayor,
ver acabar el pintor
celoso de su pintura.

Mejor es que no lo entiendas
ni sepas lo que has gozado,
por estar asegurado,
que no habrá con que me ofendas.

Y mi alma está contenta
con ver que donde estuviste
el favor que recibiste
podrá poner a su cuenta.

Que en verte donde te vía
juzgaba yo, desde fuera,
que aquel favor no te diera
si no fueras cosa mía.

Y por aliviar mi mal
dije (un bien tan extremado)
la que se le dio al traslado
le dará el original.

Hícelo por engañarme,
que han menester mis pasiones,
todas estas invenciones
para dejar de acabarme.

Y así vuelvo a suplicarte,
que si te pudieras ver
donde le des entender
de mi mal alguna parte.

Si sobre aquel corazón
te vieres, procura brío
para decirle del mío,
la fe, cuidado y pasión.

Y pues la sabes de mí,
si de ufano no te pierdes,
te suplico que acuerdes
que el ser que tienes te di.

Discurso de firmeza entre el Amor y un Enamorado

Por un soto verde umbroso
se salió Amor paseando,
de los amantes quejoso,
porque su fuego amoroso
trataban los más burlando.

Y como yo pude verle
en parte do no me vía,
determiné responderle
a las quejas que traía,
solo por entretenerle.

Y una respuesta buscando,
que a la de Eco pareciese,
a lo que iba preguntando
le respondí, procurando
que esto solo de mí oyese:

Yo soy ese.

Amor. ¿Dónde se podrá hallar
quien de penar no le pese,
y que agradezca el pesar
que se le quisiere dar
como si regalo fuese?

Yo soy ese.

Amor. ¿Y dónde se podrá ver
quien tal fineza tuviese
que en comenzando a querer
antes dejase de ser
que otro cuidado admitiese?

Yo soy ese.

Amor. ¿Y dime qué galán ama
tan ajeno de interese,
que abrasándole mi llama
la gloria de ver su dama
solo por premio quisiese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Y habrá quién de sus pasiones
tan satisfecho anduviese,
que sufriendo sin razones
de las demás ocasiones
caudal ninguno hiciese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Quién hay que su pensamiento
de suerte le entretuviese,
que otro cualquiera contento
por suspenderle un momento
le cansase y ofendiese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Quién hay que de bien pasado,
ni del que presente viese,
estando bien empleado
por no alterar su cuidado
ni aun la memoria admitiese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Habrà alguno que quejarse
de su dama no supiese,
aunque amando, desamarse,
y acordándose, olvidarse
de la que adora, se viese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Hay quien corte tan al justo
cuanto su dama quisiese,
que por no darle disgusto
su propio regalo y gusto,
olvidase y pospusiese?
Yo soy ese.

Amor. De todos los amadores,
¿habrá alguno que sufriese
de suerte los desfavores,
que el fuego de sus amores
con los desdenes creciese?
Yo soy ese.

Amor. Viendo su alma abrasar,
¿dime, quién hay que supiese
a trueco de no cansar,
remedio no demandar
del mal que le consumiese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Y hombre tan enamorado
será posible que hubiese,
que de sí mismo olvidado,
adorando su cuidado,
toda la vida anduviese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Y de los que amor inflama
hay quien a tanto subiese,
que aviso y belleza en dama,
sino en aquella que ama
jamás bien le pareciese?
Yo soy ese.

Amor. ¿Y habrá alguno tan discreto
que cuando más padeciese
fuese tan firme y secreto,
que viéndose en tanto aprieto
a nadie lo descubriese?
Yo soy ese.

Amor. Un tan perfecto amador
si el mundo le poseyese,
de las de mayor valor
yo no imagino favor,
que ese tal no mereciese.
Yo soy ese.

Canción

*A trueco de miraros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.*

Cuando merecí veros
quedé con un cuidado
que nunca me ha dejado
descuidar de quereros,
y así en obedeceros.
mi gusto tengo puesto,
y si por hacer esto
dais vos en enfadaros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

Tan rara hermosura
el que a mirar alcanza,
no pida otra libranza
jamás a su ventura,
que en esto se asegura

lo más que se desea,
y como yo posea
el bien de contemplaros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

El que una vez os vido
y supo conoceros,
será imposible veros
y no quedar perdido,
sin que jamás olvido
se acoja en aquel pecho,
que yo lo mismo he hecho
y puesto que es cansaros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

Sabed que maltratarme,
y extrañaros de verme,
jamás podrá hacerme
de amaros olvidarme,
procurad acabarme,
porque de otra manera,
en tanto que no muera
para no importunaros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

No abrasa de manera
el fuego que encendiste
cuando os miré y me viste,
que yo apagarle quiera,
ni puedo aunque quisiera
porque sería perderme,
y así cuando de verme,
procuréis extrañaros,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

Si bien amado fuese,
de vos, señora mía,
yo, qué merecería
si más que a mí os quisiese,
que tan gran interese
al mismo Amor obliga,
y si por ni enemiga
dais vos en declararos,
aunque me aborrezcáis tengo de amaros.

Canción en alabanza de una dama

Zefira, dulce mía,
mucho más agradable
que el céfiro, en lo ardiente del estío,
retrato de alegría
de precio inestimable,
valor sin par, belleza, gala y brío,
no es tal mi desvarío,
que piense que soy parte,
aunque del Dios Apolo
fuera competidor, único y solo,
para decir de ti la menor parte,
por ser todo en ti tanto,
que al mundo admira con notable espanto.

Los benignos planetas
cuando tú el ser tomaste,
tan amorosamente se miraban,
que de sus más perfectas
influencias gozaste,
y ellos gloria de ver lo que causaban,

y con razón estaban,
Zefira, muy gozosos,
por ver bajar al suelo
del bien sin par que comunica el cielo,
tantos extremos tan maravillosos,
con que muy envidiada
nuestra edad puede ser de la pasada.

El día en que naciste
mostró Febo su lumbre
con mayor claridad y hermosura,
y parar le hiciste
(mudando su costumbre)
a ver la perfección de tu figura.
De flores y verdura
se llenó el monte y prado,
y con dulce armonía
las aves celebraron este día,
y el ciego Dios, y Venus a su lado,
a las ninfas cantando
de tanto bien se están regocijando.

De esperanzas dichosas
dejaste lleno el mundo
en tan afortunado nacimiento,
que ya las más dichosas
de extremo sin segundo,
tienen cierto y entero cumplimiento.
Y está el entendimiento
de ver tan gran riqueza,
atónito, elevado,
mirando cómo se ha sobrepujado

a sí misma, en tal bien naturaleza,
habiendo recogido
con tal ventaja en ti lo repartido.

Por ti, el Amor no halla
en las almas defensa,
que su tirana ley no conocieron,
por ti nunca batalla
intenta sin ofensa
de los que defenderse pretendieron.
Por ti le obedecieron,
Zefira, y adoraron,
los que no le sirvieran
primero que tu bello rostro vieran,
pues antes de mirarte, de él burlaron,
y tú sola rendiste
al yugo su cerviz, como quisiste.

En ti la cortesía,
y el más hidalgo trato,
las buenas gracias y el mayor aviso,
el aire y gallardía,
el despejo y recato,
que es en la tierra un dulce paraíso,
cifrar quien pudo quiso,
y poner al deseo
de todo el bien humano,
su fin, en ese extremo soberano,
que gozo siempre yo, cuando te veo,
y de pesar le tenga,
si hay gusto que sin verte me entretenga.

En ti hallan sujeto,
Zefira, los poetas,

de mostrar sus ingenios peregrinos,
aunque será imperfecto,
el de las más discretas
razones y conceptos más divinos.
Si piensa que son dignos
de celebrar, señora,
lo que el cielo ha querido
darte con privilegio nunca oído,
ni visto de los hombres hasta ahora,
de la mayor belleza
que dio a nadie jamás naturaleza.

De todo cuanto miras
eres al punto dueño
(que a tus ojos no basta resistencia),
y si acaso te aíras
un desdén zahareño,
hace dejar la vida en tu presencia.
Teniéndote en ausencia,
es cansancio el regalo,
y el que vive sin verte
ni te supo mirar ni conocerte,
pues viéndote jamás hay rato malo,
y sin esto la vida
es buena para solo aborrecida.

Canción, si vas medrosa
del pobre don que ofreces
a quien tan rica está de hermosura,
no vayas temerosa,
que cuanto desmereces
un buen deseo, lo suple y asegura,
y de este defendida,
ve cierta que serás bien acogida.

Liras de un pastor enamorado y desfavorecido

Al son de su albedrío,
el pobre y sin ventura de Silvano
en la orilla de un río
de su mal inhumano
así se estaba lamentando en vano.

Valle fresco, hermoso,
que al sosegar del apacible viento,
a mi llanto amoroso
estás contino atento,
y sin sentir, sintiendo mi tormento.

Y vosotros, collados,
llenos de verdes árboles floridos
de mi mal lastimados,
y a veces ofendidos
con mis suspiros tristes encendidos.

Sombrosos altos pinos,
a cuyos pies las fuentes esparciendo
arroyos cristalinos,
os hacen ir creciendo,
de estos cansados ojos procediendo.

Y tú, ninfa hermosa,
cuya voz, con los últimos acentos,
acude presurosa,
oyendo mis tormentos
a renovar pasados sentimientos.

¿Cuándo llegará el día
que pagada mi fe con otra vea,

y que la nieve fría
que está en mi Galatea
con este fuego deshelada sea?

¿Cuándo tengo de verme
con tan segura y cierta confianza,
que no pueda ofenderme
recelo de mudanza,
ni me acaben engaños de esperanza?

¿Cuándo del duro pecho
saldrá a mis ojos muestra de blandura,
con que muy satisfecho
tras tanta desventura
no envidie ajena suerte de ventura?

¿Cuándo veré yo atados
con lazadas de Amor dos corazones
que viven ocupados
uno, en sufrir pasiones,
y otro, en darlas con nuevas invenciones?

¿Mas para qué me canso
cosas tan imposibles deseando,
si todo mi descanso
será vivir penando,
sin que tenga, mi bien, cómo ni cuándo?

Pues con haber sabido
(como quien lo causó), mi Galatea,
lo mucho que he sufrido
y mi fe, cuanta sea,
no aliviara mi mal, aunque le crea.

Mas porque desconfío,
si del Amor la fuerza poderosa

ni la resiste brío
ni furia desdeñosa
y amansara la fiera más furiosa.

Aunque muy claro entiendo
que fuerza contra ella no hay ninguna,
en su extrañeza viendo,
que bajo de la Luna
sola burla de Amor y de fortuna.

Y por esto no quiero
buscar para con ella valedores,
sino el Amor sincero,
las ansias y dolores
que no merecen tantos desfavores.

Y está desengañada
(si mis ojos han hecho bien su oficio),
que un alma enamorada
le he dado en sacrificio,
si lo recibe a cuenta de servicio.

Y estándola mirando
me ha visto arder y helar en un momento,
esto proporcionando
con la gloria o tormento,
que sabe el alma dar su movimiento.

Y pues no solicito
sino solo servirla y agradarla,
y está en mi rostro escrito,
que mi gloria es mirarla,
con esto (aunque de acero) he de ablandarla.

Que de un mármol helado
con hierro saca fuego el que porfía,

y habiendo frecuentado
mucho la nieve fría,
calor que abrasa, de aquel hielo envía.

Y así pretendo amarla
sin tener otro bien, hasta que muera,
que tanta fe obligarla
podrá, cuando tuviera
alma de acero y corazón de fiera.

**Romance en loor de unos hermosísimos ojos,
en el cual, fingiendo una metáfora,
se muestran algunos efectos de la razón
y la voluntad**

Contra un alma libertada
que las leyes de Amor niega,
manda Cupido echar bando,
para salir a prenderla.
Que como rey absoluto,
y que en todo manda y veda,
un corazón libertado
no hay cosa que más le ofenda.
Su capitán general
voluntad quiere que sea,
y por maestro de campo
manda que vaya belleza.
Y llevan por capitanes
(valedores de su seña),
la ociosidad y blandura,
el regalo y la terneza,
soldados son pensamientos,

y de estos va gran caterva
para que nadie al rebelde
le valga ni le defienda,
y saliendo en ordenanza
van tendidas sus banderas,
y con alegres colores
iban todos de librea,
y de la corte de amor
parten a gran diligencia,
a donde estaba Silvano
descuidado y sin defensa,
y asentando su real,
la arremetida primera
fue de suerte, que llegaron
a entrarle la fortaleza,
mas al fin se defendió
rebatiendo tanta fuerza,
y reparados los daños
con los suyos se aconseja,
y hace que cada uno
a defenderse prevenga,
y al diligente cuidado
encarga la centinela,
y a la justa ocupación
manda tomar la bandera,
y quien los gobierne a todos
la razón quiere que sea,
la voluntad su contraria
nunca reposar le deja,
que por momentos le daba
armas falsas desde fuera,
y siempre al cuarto del alba
asaltos que no pudiera

del menor de ellos librarse,
si razón no le valiera,
mas con este favor solo
aunque otro ninguno espera,
siempre volvió su enemigo
las manos en la cabeza,
y viendo que pierde tiempo
y que el invierno se acerca,
juntos los de su concejo,
entre ellos todos se acuerda,
que enviasen por socorro
(y que este no se detenga)
por no levantar el cerco
sin acabar esta empresa,
Amor sintiolo en el Alma,
y entre sí revuelve y piensa
para reforzar su campo,
que socorro darles pueda,
algunas cosas hallaba,
pero ninguna le asienta,
que en tan importante caso,
saque los suyos de afrenta,
mas la gran necesidad,
que es en todo tan maestra,
a la memoria le trajo
los ojos de Galatea,
que de la fuerza que tienen
tiene hecha la experiencia,
y el estrecho en que se halla
le descubre y manifiesta,
y tiernamente le pide
que este favor le conceda,
y que para acompañarla

irá en persona con ella,
y así se partieron juntos,
y socorrió de manera,
que en viéndola, dio Silvano
sin defenderse la fuerza,
con que le otorguen la vida,
y este bien se le conceda,
que por esclavo la dama
mientras viviere le tenga.

Villancico

*Todos piensan que no quiero
y yo me muero.*

Como no sale a la boca
el fuego del corazón,
juzgan todos mi pasión
por ninguna o por muy poca,
y el mal que mi vida apoca,
llaman Amor lisonjero,
y yo me muero.

Mis libertades oyendo
piensan que digo verdad,
y es fingir con libertad
un alma que se está ardiendo,
y estas apariencias viendo
me llaman Amor trompero,
y yo me muero.

Todas estas bizarrías
son finezas de querer,
porque se suelen hacer
por desmentir las espías,

y los que juzgan las mías
tienen por libre mi fuero,
y yo me muero.

Como no muestro el dolor,
y salud vendo y publico,
todos piensan que soy rico
de libertado favor,
y en los tributos de Amor,
dicen que no soy pechero,
y yo me muero.

La causa yo se la di,
que del encubierto mal
jamás he dado señal,
sino a quien me tiene así,
y llámanme por ahí
cuchillo de melonero,
y yo me muero.

Hame venido a ofender
tanto mostrar libertad,
que cuando digo verdad
no me la quieren creer,
burlan de mi padecer,
cuando más me desespero,
y yo me muero.

Romance de una pastora ingrata y mudable

Sobre su gabán tendido
viendo su muerte cercana,
de su querida pastora
Silvano así se quejaba:

Cómo es posible que tengas
tan endurecida el alma,
que no te duela perder
la cosa que más te ama.

Porque tan sin ocasión
has hecho tan gran mudanza,
que de una cordera humilde
te has tornado Tigre Hircana.

Con cualquiera culpa mía
quedarás tú disculpada,
mas pienso que no tenerla,
es ya lo que más te cansa.

Has dado en aborrecerme,
y no has tenido más causa,
que habérsete ya acabado,
lo que un tiempo te sobraba.

Aunque se pierda la vida
mucho en perderla se gana,
pues no serás más conmigo
tan dura y tan inhumana.

Y sufrir tus sinrazones
será ya cosa excusada,
que para tal extrañeza
ningún sufrimiento basta.

Y al que como yo se vido
esle cosa muy extraña,
ver muy seca y desabrida
la que tan poco lo estaba.

Paréceme lo que veo
que es una cosa soñada,

habiéndose visto antes
tan rendida y abrasada.

Holgara de haberte dado
alguna ocasión liviana,
en que fundar tu disculpa
aunque yo a mí me culpara.

Si fue amor el que tuviste
como tan presto se acaba,
y si acaso no lo era
a fingir quien te forzaba.

No entremos, pastora, en cuenta
que quedarás alcanzada,
basta que en mi daño quede
mi alma desengañada.

Que no tiene entendimiento
el que no se desengaña,
viendo cien mil sequedades
tras la fineza pasada.

Villancico

*Han dado en hacerme guerra
sin dejarme reposar,
el aire, el fuego y la mar,
Amor, el cielo y la tierra.*

Los discordes elementos
y Amor en su compañía
inventan ya cada día
contra mí nuevos tormentos.
Y en esto quieren mostrar
cuánto su poder encierra,

*el aire, el fuego y la mar,
Amor, el cielo y la tierra.*

Con el aire crece el fuego
que en mi pecho encendió Amor,
y el cielo en mi desfavor
mueve las estrellas luego.
Y cada cual me destierra
cuanto puede aprovechar,
y ni me anega la mar,
ni quiere el cuerpo la tierra.

No aprovecha humana fuerza
ni resisten valedores
el tropel de los dolores
que en ofendérseme es fuerza.
Y el menor de ellos me aterra,
porque al fin le han de ayudar
*el aire, el fuego y la mar,
Amor, el cielo y la tierra.*

Si suspiro el aire enciendo,
y después al respirar,
encendido, vuelve a entrar
al corazón que está ardiendo.
Amor el paso me cierra
del bien, y el cielo a la par,
que ni le hallo en la mar,
ni espero verle en la tierra.

Estancia de Garcilaso

*Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,*

*indigna de llegar a tus oídos
pues de ornamento y gracia va desnuda.
Mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuente.*²⁸

Glosa propia

Las cristalinas aguas murmurando,
y estos fauces que mueve el viento frío
y ver nuestro ganado despintando,
con tal sosiego el prado a su albedrío.
Y estarte, Galatea, contemplando,
hará que dé principio al canto mío,
y aunque con él sean mal entretenidos,
aplica, pues, un rato los sentidos.

Comenzaré a cantar la fe más pura
que jamás puso Amor en mortal pecho,
y la más peregrina hermosura,
y con que más estrago Amor ha hecho.
Y en la más pobre suerte de ventura,
el pastor más perdido y satisfecho,
si holgar tú de oírlo en esto ayuda,
al bajo son de mi zampoña ruda.

Que un Zagal como yo, tosco y grosero,
solo sabrá decirte con llaneza
verdades puras, de ánimo sincero,
desnudas de artificio y sutileza.

²⁸ Corresponde a la sexta estrofa de la «Égloga III. Tirreno, Alcino», de Garcilaso.

Y aunque esto solo darte puedo, y quiero,
sé bien que ha de ofenderte la simpleza
(de estos mis rudos versos, mal pulidos)
indigna de llegar a tus oídos.

La cítara de Apolo no pudiera
ser con lo que merecen, ajustada,
cuanto más mi zampoña, tan grosera
tan rústica y tan mal ejercitada.
Mas al fin, diré en ella (como quiera)
la fe pura de esta alma enamorada,
que al vivo aquí verás, cierta y sin duda,
pues de ornamento y gracia va desnuda.

Y en esto verás bien, que no encarezco
ni adorno de artificio mis pasiones,
que en decir que a tu causa las padezco
digo más, que dijera en mil razones.
Sentimientos del alma, solo ofrezco
sin arte, sin color, sin invenciones,
el gusto no darán que los fingidos,
mas a las veces son mejor oídos.

No diré los tormentos con que muero
que se van renovando cada hora,
ni los extremos encarecer quiero
de la fe que en mi pecho se atesora.
Ni diré cómo espero y desespero
por tu ocasión, dulcísima pastora,
que no saben dar cuenta tan menuda
el puro ingenio y lengua casi muda.

Y aunque para decirte lo que siento
me falten las palabras y conceptos,
no me da pena que este sentimiento
suele a veces turbar los muy discretos.

Y aunque la lengua calle mi tormento,
mejor lo entenderás: de los efectos
que el verte hace en mí, continuamente,
testigos limpios de ánimo inocente.

Y pues con ellos te has desengañado
de mi fe en tan diversas ocasiones,
no pagues con olvido este cuidado,
ni dudes la verdad de mis pasiones
(que ya no es mi dolor para dudado),
y tú lo has visto, en las demostraciones
que lo dan a entender más fácilmente
que la curiosidad del elocuente.

Canción

*Por sola la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se halla por ventura.*

Las mujeres muy hermosas
son buenas para miradas
mas no para ser tratadas
si no tienen otras cosas.
Lo menos es la figura
para que yo el alma dé
y lo más, un no sé qué
que se halla por ventura.

La vista dejan en calma
unos hermosos despojos
y esto solo es de los ojos
pero no de los del alma.

Y yo soy de una hechura
que nunca me aficioné
sino de algún no sé qué
que se halla por ventura.

Un donaire extraordinario
que promete maravillas
y esté haciendo cosquillas
en el alma de ordinario.
Es bien, que la mía procura
y el que siempre desee
y en efecto es no sé qué
que se halla por ventura.

De esta gloria sienten poca
algunos que se desvelan,
por damas que se les hielan
las palabras en la boca.
No miran en la pintura
más de aquello que se ve
y olvidan un no sé qué
que se halla por ventura.

Carta en estancias a una dama que estaba ausente

Quereros escribir, señora mía,
el menor mal que a vuestra causa siento
será sin luz imaginar que hay día,
quitar el agua al mar, medir el viento.
Y será ir a buscar el alegría
al reino del eterno sentimiento,
y lo que es más, creer que sin vos tenga
esta alma vuestra bien que la entretenga.

En mi dolor no hay medio ni templanza
tanto que por milagro tengo vida,
y está rendida a la desconfianza,
mi alma, en un infierno detenida,
y mándanme fiar de la esperanza
que anda conmigo ya tan desvalida,
los que no sienten, como yo lo siento,
que es cada hora un siglo de tormento.

Y si esto imagináis que lo encarezco,
será hacer ofensa al que os adora,
pues que basta ser vos por quien padezco
y ausencia de este daño causadora.
Con suspiros las fieras enternezco,
y con llorar, las piedras cada hora,
y aunque sois causa del dolor que muestro,
en mí no hay otro bien, sino ser vuestro.

Hará que pongáis duda en lo que os quiero,
y en el mal que por vos el alma siente,
vérmelo encarecer, y que no muero,
y hay sufrimiento en mí, que lo consiente.
Y es la ocasión que con el bien que espero
para aliviar tan áspero accidente,
dilata la esperanza el acabarme,
que si se alarga, acortaré el matarme.

Aunque mi mal se tiene ese cuidado,
y el triste imaginar que trae consigo,
y no ver cosa yo, que no sea enfado,
hasta la vista del mayor amigo.
Mas quien está a no veros condenado,
forzoso ha de tener por enemigo,
la tierra, el cielo, el fuego, el mar, el viento,
y por verdugo, el mismo pensamiento.

Y no solo el que a mí me da cuidado,
y mostrándome el bien, pasa huyendo,
sino el creer, y estar asegurado
que como yo, con él estáis muriendo.
Esto causa un dolor desesperado,
con que estoy cien mil muertes padeciendo,
saber que ha de tenerme compañía
la que yo adoro, en la desdicha mía.

En parte alivia el grave mal que siento,
tener tal ocasión de padecello,
que yo cuando por vos sufra tormento,
hay infinitas causas para ello.
Pues belleza, valor y entendimiento
(que no es posible a nadie encarcello)
son ocasión de verme cual me veo,
señora, tan esclavo del deseo.

Y este me falte, y fálteme la vida,
que si él me falta, faltará forzoso,
si de la fe os faltare, tan debida
al bien que os dio el pintor maravilloso.
Y antes esta alma triste se despida,
dejando el cuerpo en su final reposo,
que por nueva ocasión se acoja olvido
en el lugar que siempre habéis tenido.

Que el amor que fue causa que os quisiese,
ya no lo podrá ser de que no os quiera,
pues cuantas ocasiones me ofreciese,
harán con vos mi fe más verdadera.
Y si alguna de mí acogida fuese,
con un rayo del cielo al punto muera,
que no es bien que se dé menor castigo,
a quien os fuere a vos ingrato amigo.

Canción ajena

*Pues mi muerte deseáis
a buscarla quiero ir,
que no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.*

Coplas propias

Pensar que habéis de acabarme,
viéndoos yo no puede ser
porque sanáis con el ver
cuánto mal podéis causarme.
Y así me habré de partir
a cumplir lo que ordenáis
*que no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.*

No es bien que yo tenga vida
si he de ofenderos con ella,
y será gloria perdella
si vos sois de ello servida.
Que al fin podré con morir
hacer algo en que os sirváis,
*y no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.*

Cuanto mi alma pretende
en premio de lo servido,
otro viera merecido
con lo que de mí os ofende,
y así me cansa el vivir,
porque vos de él os cansáis,
*y no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.*

Mas quiero dar los despojos
de la vida, a mis pasiones,
que sufiros sin razones,
tan a vista de los ojos.
Que es bajeza consentir
que sin causa las hagáis,
y no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.

Muriendo cesará el mal
que con la vida se aumenta,
y pondrase a vuestra cuenta
hazaña tan principal,
y acertaros he a servir
en lo que más procuráis,
que no es vida de sufrir,
señora, la que me dais.

Soneto

Ya conozco que en vano me fatigo,
y que a sordos publico mi tormento,
y veo que escribo en agua, en polvo, en viento,
cuando lo que padezco a Silvia digo.

Hacer quiero al cordero, el lobo amigo,
y el mar cerrar en chico vaso intento,
asegurar procuro el pensamiento,
que tantas variedades trae consigo.

Procuro sacar lumbre de lo oscuro,
y en el junco ver nudo, y en el suelo,
florido el prado, en medio del invierno.

En hielo busco llama, en fuego hielo,
y espero ver Amor en mármol duro,
y un dulce paraíso en el infierno.

Estancias

Viendo tus ojos abrasarme siento,
con un fuego que mata y satisface,
señora mía, y si de ti me ausento,
aun la vida sin verte, me desplace.
Y pues verte, y huirme da tormento
en tu presencia más morir me place,
que eternizarse al mundo, es bien que espere
quien peregrinamente amando muere.

Mi corazón se ha hecho fragua ardiente,
y mis ojos de lágrimas un río,
y el Amor que me abraza no consiente,
ni que en agua se anegue el cuerpo mío.
Sino que en tal estado, me sustente
renovando mi pena a su albedrío,
siendo lo menos de ella, de tal suerte
que hace mil ventajas a la muerte.

Si en tanto mal, algún favor te pido
siempre te hallo sorda a mi lamento,
mas quien el corazón por ti ha perdido,
no es mucho que sus voces lleve el viento.
Y viéndome de ti tan ofendido
nunca jamás de amarte me arrepiento,
mira si de querer es nueva suerte,
desamándome, amar quien me da muerte.

Vivió en mi corazón, muy satisfecho,
un poco tiempo Amor, y ordenó luego
manera de abrasarle (que este hecho
solo podía hacerle un niño ciego).
Encendíole, y creyendo estar deshecho,
entró en él, y abrasose con su fuego
las alas, y en mi pecho se ha quedado
tal que salir de allí será excusado.

Por ser de ella descompuesta, con sosiego,
vive la Salamandra en llama pura,
y Fenisa es de hielo, y yo de fuego,
y en mi corazón vive, muy segura,
que Amor a su defensa acude luego,
y hace que el calor mucho más dura
le deje, y en lugar de derretirse,
de hielo en piedra viene a convertirse.

Amor, sujeto el mundo todo has hecho
y Fenisa jamás te corresponde,
y aunque le tiras flechas sin provecho
sin ofenderla el tiro a mí responde,
debe de ser la causa que en su pecho
muestra mi corazón, y el suyo esconde,
y cuando vas a dar el golpe crudo,
se vale siempre de él, como de escudo.

Estoy tal que en un punto lloro y río,
y en otro juntamente espero y temo,
y en un instante estoy ardiendo, y frío,
y en otro libre, y condenado al remo.
No sé yo que haya estado como el mío
de padecer y amar, en tanto extremo,
solo estoy cierto de esto, y satisfecho,
que el infierno de amor está en mi pecho.

Estancias en diálogo con la muerte

Para qué triste muerte me has buscado.
Muerte. Quitarte el corazón y el alma quiero.
Esto ha gran tiempo que le tengo dado
a Fenisa, y cobrarlo nunca espero.
Muerte. Pues como vives de alma despojado,
a ese daño previno amor primero,
y esta jornada a ti mal te sucede,
porque sin alma nadie morir puede.

Suele haber en un alto monte nieve,
teniendo el Sol ardiente más cercano,
y aunque arder lejos mucho menos debe,
arde con mayor fuerza en lo más llano.
Y esto ha querido Amor que en mí se pruebe
que de cerca ese rostro soberano
me hiela, y en estando de él ausente,
mi alma en vivo fuego arder se siente.

Del águila se dice que fijados
los ojos en el Sol resplandeciente,
no quedan de sus rayos ofuscados
ni en ellos novedad ninguna siente.
Mas los que de esto están maravillados,
podrán ya no lo estar muy fácilmente
pues yo vi sin cegar los ojos bellos,
de Fenisa, que el Sol toma luz de ellos.

Y el que de ser más libre se ha preciado
extrañe el verlos, cuanto más pudiere,
que el pecho más exento y libertado
no lo será del punto en que los viere.
Y al que vive de sí más confiado,

darán más ocasión que desespere,
porque son como el rayo, que es de suerte
que hace mayor daño en lo más fuerte.

Cuando el agua faltare al verde prado
mis ojos la darán en un momento,
y el que va navegando el mar salado
llámame si a sus velas falta viento.
Y al que fuego en invierno le ha faltado,
en mí tendrá ocasión de estar contento,
que de tres cosas rico Amor me ha hecho,
agua, aire, fuego, enojos, boca y pecho.

Y el que la causa de esto ver quisiere
venga a mirar a aquella que yo adoro,
y cosa que le iguale ver no espere
hasta subir al sacrosanto coro,
y en ella podrá ver cuando la viere,
del ciego Dios, la gloria y el tesoro,
la discreción, donaire, gracia y gala,
que ninguna en la tierra se le iguala.

Cual Fénix ardo, y consolado muero,
que con la fama pienso renovarme,
y como cisne al paso postrimero,
canto, que con el mal siento acabarme.
Remedio ni le pido, ni le quiero
(si Fenisa no quiere remediarme),
que otro cualquiera es fuerza ser en vano,
sino solo el que diere aquella mano.

Estancias

A Dios, que manda Amor que parta y muera.

Glosa

El mismo Amor que me forzó a quereros,
manda que os deje, para no cansaros
y con saber que está mi vida en veros
me ausento de la gloria de miraros.
Y pues con esto dejo de ofenderos,
y quiero más la muerte que enfadaros,
pastora ingrata, desdeñosa y fiera,
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

Aunque me veis partir de vos no aparto
el alma, que es de mí la mejor parte,
con el cuerpo mortal solo me aparto,
que lo inmortal de vos no hay quien aparte.
Y aunque el cuerpo y el alma, así reparto,
el pensamiento nunca se reparte,
y pues forzoso he de ir de esta manera
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

El ansia que padezco rigurosa
en tan triste y amarga despedida,
bien entiendo que os ha de ser gustosa,
porque de importunaros me despida,
y serlo ha para mí, por hacer cosa
en que imagino que seréis servida
(y si en efecto es esta la primera),
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

Después que el alma os di, vuestro cuidado
es por quien he vivido, en lugar de ella
y si no me la dais, será excusado
que muera yo, dejando de tenella.
Pero vuestro desdén furioso, airado,

me forzara a tomarla sin querella,
y pues con eso acaba lo que espera,
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

Si muero yo, será muy envidiada
mi muerte, porque al fin es muy honrosa
y vos de ingrata quedaréis notada
(cosa indecente a dama tan hermosa).
Y si como fue siempre mal pagada
ha de serse tan rara, y tan preciosa,
tener más vida yo no es bien que quiera
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

Solo siento que a manos de la ausencia
mi vida acabe, con tan gran tormento
que no lo alivie sobra de paciencia,
ni aproveche de nada el sufrimiento.
Y pues gozando yo vuestra presencia
era imposible humano sentimiento
causar dolor en mí con que muriera,
a Dios, que manda Amor que parta y muera.

Estancias a este verso ajeno

Lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

Glosa propia

Quien fue dueño de ti después de veros
no mereció la gloria de miraros,
pues es fuerza el que sabe conoceros
del alma enajenarse por amaros.
Que con esta fineza ha de quereros,

el que pensare amándoos obligaros,
pues con ser en la tierra mortal Diosa
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

La blanca Luna junto a vos es fea,
que un rayo de esa lumbre la oscurece,
y en vos se halla cuanto se desea
del bien que más agrada y enriquece.
Y con no ser posible que se vea
en las que más la fama desvanece,
algo de esa belleza milagrosa,
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

La discreción, la gala y bizarría,
el dulce y regalado acogimiento,
el valor, el donaire y cortesía,
que no lo alcanza humano entendimiento,
con tal extremo están, señora mía,
en vos, que no será encarecimiento
deciros el sujeto de esta glosa,
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

Aunque la nieve envidia esa blancura
y los rubíes y perlas del Oriente,
esa boca hermosa que asegura
el regalo de Amor eternamente.
Y aunque esos ojos bellos, la luz pura
turban del claro Sol resplandeciente,
y sois en todo tan maravillosa,
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

Aunque en vos se atesora la riqueza
queda el que puede con su larga mano,
y con nuevo poder naturaleza
os dio la perfección del ser humano.

Y con ser de manera la belleza
de ese angélico rostro soberano,
que Venus puede estaros envidiosa
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

Lo más, ninguno sabe encarecello,
puesto que sepa el alma contemplarlo,
mas llegando, señora, a tratar de ello
está muy en la mano el agraviarlo.
Y así lo dejo yo, por no ofendello,
y con esta verdad pienso dejarlo,
que es la más cierta y más sabida cosa,
lo menos que hay en vos, es ser hermosa.

**Estancias respondiendo a la ordinaria
pregunta: ¿cuál es la más digna de ser amada,
mujer fea y discreta, o hermosa y necia?**

El que de fea discreta es bien tratado,
podrá estar a su gusto entretenido,
cuando acertare ser tan avisado
que olvide los despojos del sentido.
Estará de mudanza asegurado
sin ser en competencias ofendido,
y si hay enfado en esto son los celos
que suelen feas tenerlos de los cielos.

Yo para mí traer necia y hermosa,
si hubiese de quererla escogería
porque una mala cara es triste cosa
y a los ojos cansada compañía.
Y la mucha agudeza es más dañosa
porque os hará mil tiros en un día

y puesto que entretengan las razones
de Amor, siempre no alivian las pasiones.

Porque Amor es deseo de belleza
y nunca está sin ella satisfecho
y querer otra cosa, es extrañeza
que el ordinario trato acaso ha hecho.
Que una razón discreta, una agudeza
aviva el gusto, pero nunca el pecho
rinde al Amor del todo sus despojos
sino es entrando al alma por los ojos.

Lo que a mí en la discreta me amoína
tras aquel sobreuso de ser fea,
es que lo que entre sueños adivina
quiere (a pesar del mundo) que se crea.
Y sus antojos llama razón fina
queriendo que la vuestra no lo sea,
y son tantas las trazas de que usa,
que no la tendréis vos de darle excusa.

La que no fue discreta y hermosura
le quiso el cielo dar con larga mano,
la bien proporcionada compostura,
la buena condición el trato humano,
regala y entretiene y asegura
a la gloria de Amor el paso llano,
pero la fea discreta triste cosa
que siempre es como mula cosquillosa.

Y al fin para descanso a los enojos,
que suele padecer el que bien ama,
una discreta que es tizón con ojos,
no sé yo quién la escoge por su dama.

Mas esto del querer todo es antojos,
y como aplica sin razón su llama,
cómese con los mismos esta fruta,
y en negocio de gustos no hay disputa.

Estancias a una dama muy libre y muy desenvuelta

Acabe yo remando en las galeras,
señora de mi vida, si no he dado
en gustar de ser tuyo tan de veras
que adoro por tu causa mi cuidado.
Téngote de querer aunque no quieras,
y cuando de tu mano condenado
me viere a triste y rigurosa muerte,
será morir por ti dichosa suerte.

Estos ojos hermosos me quitaron
del alma los despojos que quisieron,
y rendido y contento me dejaron
con el mal venturoso que me dieron.
Mil gracias a rendirme se juntaron
que estos dichosos míos en ti vieron,
y yo no viva un hora si no vivo,
más bien que en libertad siendo cautivo.

Y el de las patas negras me arrebate
si mudaré propósito en mi vida,
que cuando tu desdén más me maltrate,
serás con mayor fe de mí querida.
Y con un rayo Júpiter me mate,
si a nuevos pensamientos acogida

diere, señora, en tanto que yo tenga
vida con que en amarte me entretega.

Corrido estoy del tiempo que he gastado,
solicitando gusto en otras cosas,
que lo menos que en ti hallo sobrado,
tiene a cien mil corridas y envidiosas.
Y las que más mi pluma ha celebrado,
por gallardas, discretas y hermosas,
son tus mozas (señora) y yo malquistado
por tu causa, de todas las que he visto.

Cuanto más tu donaire considero,
más ocasiones hallo para amarte,
y tengo por frisado majadero,
al que no ha dado el alma por mirarte.
La mía sabe bien lo que te quiero,
y tú de ella podrás certificarte,
pues de ti no se aparta ni un momento,
que tanto es mi querer y mi tormento.

El fuego es grande y el dolor agudo,
y así no sufre dilación la cura,
y si el remedio tarda, yo no dudo
morir a manos de mi desventura.
Mi alma te ha rendido cuanto pudo,
y si no desmerece fe tan pura,
que des vida al que más a sí te quiere.

Soneto

Con solo el resplandor de vuestro gesto,
y el son de las dulcísimas razones,

ablandéis los más duros corazones,
y el Sol hacéis parar en solo un puesto.

Y no para la fuerza suya en esto,
sino que al mismo Amor ponéis prisiones
haciéndole quinientas sinrazones,
sin poderle mudar de presupuesto.

En mí extrañezas tales habéis hecho,
que yo a mí mismo ya no me conozco,
viéndome del que he sido tan trocado.

El yo que fui primero, está deshecho
al parecer, porque otro reconozco,
de sola vuestra mano fabricado.

Estancias a una dama habiéndosele de ausentar el que amaba

Qué suerte puede haber de desventura,
que pueda compararse con la mía,
pues en teniendo una hora de ventura
ponen luego entredicho a mi alegría.
Apenas un placer se me asegura,
cuando un triste pesar me lo desvía,
y es el penar en mí tan sin gobierno,
que sin morir estoy en el infierno.

La mudable fortuna no consiente
que los bienes me duren un momento,
y si los tengo son por accidente,
y los males sin tasa, y muy de asiento.
No hay en la tierra cosa permanente,
si no es el riguroso mal que siento,

que es de manera corta mi ventura,
que vengo a ser la misma desventura.

Cuando entendí que estaba ya cansado
el tiempo y la fortuna de ofenderme,
y que entrambos de acuerdo me habían dado
descanso que pudiera entretenerme,
con un furor revuelven más airado
a perturbar mi gloria, y a ponerme
en tan amarga y desdichada suerte,
que tendría por regalo triste muerte.

Quieren que quien yo adoro haga ausencia,
y que siempre a mi alma esté presente,
solo para que pierda la paciencia
viéndome de mi bien y gloria ausente.
Para morir aún no me dan licencia
(que la tomara muy alegremente),
mas no me la darán, porque reciba
mil muertes cada hora, estando viva.

Apártanme mi dulce compañía,
quítanme mi descanso, vida y gloria,
y déjanme por ella noche y día
(para que me atormente la memoria).
Serán más bien retados do solía
en tan amarga y desabrida historia
y por los ojos tristes de mi pecho
saldrá mi corazón lágrimas hecho.

Sospechas, ansias, celos y temores,
perseguirán esta alma desdichada,
soledad triste, angustias y dolores,
la traerán de ordinario rodeada,

y si otras penas puede haber mayores,
de todas será siempre atormentada,
mientras Atropos fiera se tardare,
y el hilo de mi vida no cortare.

De este rigor airado la extrañeza
ni de la tierra el más duro tormento,
no mudaran un punto mi firmeza,
ni olvido ofenderá mi pensamiento.
Mostraré siempre en esto mi fineza,
cuando fuere mayor el sentimiento,
y acabarse mi vida es cosa cierta,
antes que a nuevo Amor abrir la puerta.

Redondillas²⁹ en que un galán muestra a su dama las razones que tiene de favorecerle

Mostraros el corazón,
señora, si yo pudiera,
la mayor fe y afición,
y más esquivia pasión
que se ha visto, en él se viera.

Y viéndole tan fiel,
con pena tan rigurosa,
sé que os doliérades de él,
aunque tenéis de cruel,
tanto, como de hermosa.

²⁹ El autor llama *redondillas* a variadas composiciones, incluso de más de cuatro versos, como en este caso de cinco. Esta nominación es típica de su época, en la que don Vicente Espinel llamó «redondillas de diez versos» a la que luego sería conocida como «décima espinela». Vid. *Diversas rimas* (1591).

Y yo no puedo dejar
de quereros como os quiero,
y entretiéneme esperar
que el Amor ha de ablandar
ese corazón de acero.

Aunque esperanza oportuna
a mi bien, no dura un hora,
y está menos que ninguna,
porque Amor y la fortuna
os conocen por señora.

Y así morirme es forzoso,
porque reparo no siento
en trance tan riguroso,
donde el remedio es dudoso,
y cierto mi perdimiento.

Pues moriré por amaros
sin que nada me repare,
porque pensar obligaros
con serviros y adoraros,
es pedir al Sol que pare.

Y sé bien que no es bastante
a componer tal discordia,
verme morir tan constante
que en corazón de diamante
no cabe misericordia.

Y con tener entendido
cuanto me ha de suceder
(de amaros no me despido)
que donde Amor ha cabido
no puede olvidar caber.

Sin remo y vela navego
por un mar tempestuoso,
y sé que voy tras un ciego
que me ha de despeñar luego
al paso más peligroso.

Y aunque de este modo esté
me queda una confianza,
fundada en un no sé qué,
más que digo, bien lo sé,
que amando todo se alcanza.

Y amante que desconfía
nunca merece favor,
ni descanso, ni alegría,
que con quien ama y porfía,
hace milagros Amor.

Y mudar mi voluntad,
aun pensarlo, es desvarío,
y esta es llaneza y verdad,
con ver la desigualdad
de vuestro valor y el mío.

Que a mi alma satisface
por vos, el dolor terrible,
ver lo que soy me deshace,
mas para lo que Amor hace
todo es poco lo posible.

Soy vuestro, y vuestro seré,
y aunque queráis que no os quiera,
sabed que no lo haré,
porque ya estoy de manera
que aunque quiera no podré.

Y así vano será usar
conmigo más extrañeza,
pues primero he de acabar,
que se deje de hallar
en mi fe mayor firmeza.

Y pues tan poco provecho
sacaréis de atormentarme
con el fuego de mi pecho,
quede el vuestro satisfecho
y dispuesto a remediarme.

De esto sacaréis más gloria
que no de mi daño, cierto,
y acuerdeos vuestra memoria
que no es honrosa victoria
dar lanzada a Moro muerto.

Ante vuestros pies tendido
y Amor solo por tercero,
os me presento rendido
y ninguna cosa os pido,
sino que miréis que muero.

Y muévaoos a compasión,
a lástima y a piedad,
no mi tormento y pasión,
sino que acabe afición
conmigo, de tal verdad.

Pero si soy más servida
de perderme y de perdella,
acabad luego mi vida,
que siendo vuestra rendida
bien podréis disponer de ella.

Y si mi vida os enfada
haréis mal en no acabarme,
porque no os traerá cansada
el veros importunada,
y a mí será remediarme.

Y pues me sois tan esquiva,
desdeñosa, brava y fiera
(si os ha de ofender que viva),
este bien solo reciba
yo, que a vuestras manos muera.

Verso ajeno

Más quien tendrá las riendas al deseo.

Glosa propia

Quien merece gozar el bien de veros,
con ese solo queda bien pagado
aunque pierda la vida por quereros
y esté de lo demás desconfiado.
Loco estará el que piense mereceros,
y tanto que pudiera estar atado,
y es para mí tan cierto que lo veo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

No se podrá ocupar sino en amaros
el alma que os viere conocido
y tras esto es forzoso desearos,
como imposible veros merecido.
Imaginar que Amor podrá obligaros
es ir lejos de haber bien entendido

la pérdida que ha hecho en este empleo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Forzoso ha de haceros esta ofensa
el que os merezca ver, señora mía,
mas dejaros el alma en recompensa
es cierto, como el Sol dar luz al día.
Lo contrario es engaño del que piensa
que cuesta menos ver tal gallardía
y pensarlo es locura y devaneo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

En vos de cuanto puede desearse
lo más cendrado y más gallardo vemos,
y no puede dejar de contentarse
el alma viendo en vos tales extremos.
Mas no deja el deseo de alargarse
que tiene la licencia que sabemos,
yo no pido más bien del que poseo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Sé bien que si mil años os sirviese
y mil vidas por vos aventurase
y que si más tormento padeciese
que quien sobre la tierra más penase,
os ofende en pensar que mereciese
que mi esperanza en algo asegurase
y así lo entiendo, lo confieso y creo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

No quisiera, señora, otra ventura,
sino solo gozar de haber mirado
tan rara y peregrina hermosura,
sin que jamás la hubiera deseado.

La gloria que el miraros me asegura
fuera premio bastante a mi cuidado,
y el más alto blasón de mi trofeo,
más quien tendrá las riendas al deseo.

Villancico

*Entró por los ojos míos
fuego de Amor en mi pecho
y después acá se han hecho
de lágrimas sendos ríos.*

Ellos fueron ocasión
que Amor en el alma entrase,
y con su fuego abrasase
el más libre corazón.
Y para sus desvaríos,
no hay remedio de provecho
aunque por darle se han hecho,
de lágrimas sendos ríos.

Piensan apagar el fuego
derramando siempre agua,
mas es como el de la fragua
que consume el agua luego
y vuelve con nuevos bríos
a hacer ceniza el pecho,
que no vale haberse hecho
de lágrimas sendos ríos.

Canción ajena

*Hace milagros Amor
a mi costa y su albedrío,*

*y entre otros, el mayor,
hace que mi desvarío,
no dé muestras del dolor.*

Glosa propia

Hállome sin mí conmigo
siempre que me considero,
soyme mortal enemigo,
lo que más me ofende sigo,
y en un punto vivo y muero.
Hallo gloria en el tormento,
y esperanza en desfavor,
y esto me tiene contento,
porque en mí cada momento,
hace milagros Amor.

Con fuego me tiene helado,
y con un hielo me enciende,
trocó el alma a mi cuidado,
y me ha puesto en tal estado,
que con la vida me ofende.
Ha hecho demostración
en mí de su poderío,
y sin causa ni razón
las pruebas que hace son
a mi costa y su albedrío.

Por milagro me sustento,
que sin él no puede ser,
yo solo sé lo que siento,
y Amor, que en darme tormento,
muestra todo su poder.

Tiene cifrado en mi mal,
todo cuanto da dolor,
que es mi tormento mortal,
por sí solo, sin igual,
y entre otros, el mayor.

Contrarios a su albedrío
busca Amor para matarme,
uno, el mal con que porfío,
y el segundo, un desvarío
de morir y no quejarme.
De los dos, quien me dé muerte
señala, y dale más brío,
y por contrario más suerte,
para que mejor acierte
hace que mi desvarío.

Y este me ha hecho callar
lo que no puedo sufrir,
que a poderlo declarar,
fuera descanso penar
y dulce suerte morir.
Y vivo de esta manera,
con un tormento mayor
que amor a ninguno diera,
pues me hace que aunque muera
no dé muestras del dolor.

Ajena

*De piedra pueden decir
que son los dos corazones,
el mío en sufrir pasiones,
y el vuestro en no las sentir.*

Glosa propia

Nunca tendréis aunque muera
lástima de verme tal,
que os hizo Dios de manera,
que sois duro pedernal,
aunque parecéis de cera.
Si alguno en verme morir,
de mis males satisfecho
(viendo que os puede sufrir),
pregunta de qué soy hecho,
de piedra pueden decir.

Y ha sido bien menester
para sufrir la extrañeza
con que pagáis mi querer,
corazón de tal dureza,
a quien podáis ofender.
Que no os duelen mis pasiones,
ni habrá fuego que os caliente,
y en todas las ocasiones
no hay cosa más diferente
que son los dos corazones.

Porque el vuestro es de diamante,
y más duro, pues no siente
esta llama penetrante,
que defensa no consiente
de la fuerza más pujante.
Para vuestras sinrazones
aliento nuevo procuro,
y entre cien mil corazones
entiendo ya que es más duro
el mío en sufrir pasiones.

Y no se sufre esperar
del hielo que hay en el vuestro,
que Amor le pueda obligar,
ni que del dolor que nuestro
muestre un fingido pesar.
Mi corazón de sufrir
fatigas no está cansado,
y en esto hasta morir
ha dado en ser porfiado
y el vuestro en no las sentir.

Estancias

Las flechas con que amor el alma hiere,
y con que da tormento, o los quita,
y la red con que prende cuantos quiere,
y el fuego con que mata o resuscita.
El que estas cosas todas ver quisiere,
en sola una beldad, que es infinita,
*mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.*

El que solicitare cuidadoso
ver el retrato de la hermosura,
hecho de aquel pintor maravilloso
que hizo en este mundo tal pintura.
Para que vea un efecto milagroso
que del Sol oscurece la luz pura,
*mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.*

Quien busca, Amor, la gloria que tú tienes,
y el aposento bello do te anidas,

y el tesoro divino de los bienes
que les das a las almas favoridas,
las iras, los enfados, los desdenes
con que cortas el hilo de las vidas,
mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.

Quien hace en el invierno, primavera
y serenar el cielo muy nublado,
y hace derretir, cual blanda cera,
cualquier pecho de mármol duro, helado.
El que (para admirarse) verlo quiera,
y quien tiene al amor enamorado,
mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.

El que quisiere ver que no aprovecha
andar contra el amor apercebido,
cuando ha quedado el alma satisfecha
de una divina perfección que vido,
y que defensa es cosa contrahecha
para los duros golpes de Cupido,
mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.

Quien quisiere saber del mal que siento,
si en fe de quien le causa, es gloria o pena,
y si tengo razón de estar contento
con el bien que en mi mal Amor me ordena,
para que tenga envidia a mi tormento,
y su libertad juzgue por cadena,
mire los ojos de mi ninfa bellos,
si deja ver la luz que sale de ellos.

Villancico ajeno

*Claro está que está doliente
el que enamorado está,
pero mientras bien le va,
con el favor no lo siente.*

Coplas propias

El amorosa pasión,
aunque alegre y entretiene,
está siempre el que la tiene
enfermo del corazón.
Y ningún dolor habrá
que el alma así le atormente,
*pero mientras bien le va
con el favor no lo siente.*

Ha hecho saber decoro
a muchos el desfavor,
que los regalos de Amor
son ponzoña en vaso de oro.
Y al que más bien Amor da,
le da un mortal accidente,
*pero mientras bien le va
con el favor no lo siente.*

El andar desvanecido,
el morir y el padecer,
llama descanso y placer
un galán favorecido.
Y en el daño hallará
toda su gloria presente,
*porque mientras bien le va
con el favor no lo siente.*

Adormece el sentimiento
el favor de este potaje
como cuando dan brebaje
al que quieren dar tormento.
Y el que de esta suerte está,
sufre el mal alegremente,
porque *mientras bien le va,*
con el favor no lo siente.

Romance pastoril

Sobre un cayado de pechos
y un blanco zurrón al lado,
los ojos dos fuentes hechos
de llorar ciego y cansado,
estaba Silvano un día
quejándose de su hado,
y del Amor que le había
a tal pena condenado.
No tiene acuerdo ninguno
ni de sí, ni del ganado,
que el pensamiento importuno
le trae tan desacordado,
del tirano Amor se queja
por haberle enamorado,
donde el temor no le deja
vivir punto asegurado.
Maldice el atrevimiento
que sin ocasión le ha dado
de subir el pensamiento
donde acaba despeñado,
dejarasme Amor, decía

como estaba sosegado,
en paz, con el alegría,
de apacentar mi ganado.
Bastara haberte servido
también el tiempo pasado,
que ya tenía merecido
galardón, y no cuidado,
y si dármele querías
no fuera tan levantado,
si acaso no pretendías
que viva desesperado,
porque todo cuanto ordena
tu poder tan celebrado,
no acabara con Silena,
que sienta verme penado.
Ofendola si la miro,
si la hablo, doyla enfado,
y si alguna vez suspiro,
me mira con rostro airado.
Sabes, Amor, lo que entiendo
que le estás aficionado,
o que el favor que pretendo
contra ella te ha faltado.
De ti no quiero valerme
ni me traigas engañado,
que sabes desvanecerme
y lo mejor me has negado,
y en un rabel que traía
que del zurrón ha sacado,
a Silena así pedía
el remedio deseado.

Estancias prosiguiendo

Aunque muy gran exceso te parezca
pedir, Silena, que el ardor que siento
ablande ese tu pecho, y enternezca
tus entrañas heladas mi tormento.
Porque dirás que nadie hay que merezca
que le acudas con solo un pensamiento,
yo por humilde merecer lo quiero,
y porque a causa tuya en vida muero.

No mires a quien soy, que es baja cosa,
y que a nada en mi bien podrá obligarte
que no conviene a tan gallarda Diosa
poner los ojos en tan baja parte.
Ponlos en aquesta alma venturosa
en saber conocerte y adorarte,
y allá la fe verás con que procuro
amansar tu rigor esquivo y duro.

Si tú has de ser de alguno merecida,
hate de merecer quien más padezca,
y el alma de quien fueres más querida,
está muy en razón que te merezca.
El mal que yo padezco es sin medida,
y mi fe ya no hay más adonde crezca,
mira bien si por esto he merecido
el galardón, señora, que te pido.

Por verdadero Amor, Amor pretendo,
y aunque hay tan desigual merecimiento,
Silena mía, en esto no te ofendo
(cuando se alargue a mucho el pensamiento).
Porque otra paga yo no comprendo,

sino que Amor, de Amor tome descuento,
y si en valor estamos desiguales,
en las almas nos basta ser iguales.

Qué podrás tú ganar de que yo muera,
si no es dejar de ser importunada,
y esto haralo muy de otra manera
otro, de quien estés más enfadada.
Porque una Diosa engañase si espera
hallarse de importunos libertada,
y así será el trabajo muy más fuerte
de quien piensas librarte con mi muerte.

Mejor es que se diga que hiciste
vivir de nuevo un hombre que expiraba,
y que tan generosa con él fuiste
[ininteligible]³⁰ amar, porque te amaba.
Consuela, mi Silena, esta alma triste
que verse cual está nunca pensaba
y siquiera de lástima, señora,
no consientas morir a quien te adora.

Segundo romance con que se acaba este discurso

Y en diciendo estas razones
luego el rabel ha dejado,
porque las muchas pasiones
el aliento le han quitado,
y cuando el que le faltaba

³⁰ Esta(s) palabra(s) aparece(n) borrada(s) en la fotocopia que poseemos como original para esta edición. Ante la imposibilidad de consultar desde La Habana alguno de los escasos originales del libro, se prefiere darla(s) por ininteligible(s).

tuvo del todo cobrado,
levantose de do estaba
a recoger su ganado,
y ya que cerraba el día,
a su cabaña ha tornado,
mas tan pobre de alegría
cuanto rico de cuidado.

Redondillas en las cuales se pinta la firmeza de un pastor y el retrato de su pastora

El Amor hizo a Silvano
ser esclavo de Silena,
y estimar de ella la pena
más que gloria de otra mano.

Es plenario jubileo
que el mismo le concedió
carta de pago, que dio
la ventura a su deseo.

Es su gusto y su regalo,
su bien y contentamiento,
y es un entretenimiento
que no tiene rato malo.

Al fin Silvano la quiere
sin esperar galardón,
sino en la satisfacción
de ver que por ella muere.

Y es del zagal el intento
y todo el bien que pretende,
que entienda que no la ofende
ni con solo el pensamiento.

Y tras esto, el mismo Amor
no debe tener poder,
para acertar a hacer
fe, que pueda ser mayor.

Que no puede ser querida,
Silena, con menos fe,
y no es mucho que se dé
por verla, el alma y la vida.

Es su hermosura y gala
con lo que Amor se entretiene,
porque en efecto la tiene
sin azar de cosa mala.

Y es tal su merecimiento,
que a los más libres pastores
les hace morir de Amores,
y ninguno hay descontento.

Y tiene tanto primor
con ellos en cuanto ordena,
que le agradecen la pena
como si fuese favor.

Siempre que sale al ejido
a repastar su ganado,
aunque esté el campo agostado
suele quedar florecido.

Están envidiosas de ella
las zagalas más hermosas,
porque hallan cien mil cosas
dignas de envidiar en ella.

Los muy hermosos cabellos
de Silena negros son,

y dichoso el corazón
que está enlazado con ellos.

La bella frente serena
es en sí tan extremada
que al alma más libertada
bastará poner cadena.

Las cejas son arcos bellos
con que tira siempre Amor,
y no hay fuerza ni valor
ni defensa contra ellos.

Son sus ojos la luz pura
de quien la recibe el Sol,
y en efecto es el crisol,
de toda la hermosura.

Es su nariz afilada,
hecha por tan sutil arte,
que por esta sola parte
pudiera ser celebrada.

Perlas y rubís su boca
tienen de riqueza llena
tal, que toda la terrena
si se les compara, es poca.

En obra tan soberana
mostró el cielo maravillas,
y así puso en sus mejillas
nieve esparcida por grana.

Oídos, manos y cuello,
y aquel pecho alabastrino

alabe amor, pues es dino³¹
de hacer albergue en ello.

Y a Silvano el mundo esté
con gran razón envidioso,
pues ha sido tan dichoso
en saber poner su fe.

Que cuando otro bien no tenga,
sino estar bien empleado,
en la gloria del cuidado
hallará quien le entretenga.

Villancico

*Porque Silvano me di [sic.]
das muestras de tanta pena,
porque vi ayer a Silena,
tan triste como tú a mí.*

Alguna melancolía,
zagal, debiera de ser.
En lo que daba a entender
mayor mal me parecía.
Lo que entendiste me di,
no hay que decir de mi pena,
pues basta ver a Silena
tan triste como tú a mí.

A quien ama se le antoja
mil veces lo que no es,

³¹ Ya se ha advertido y puesto en práctica al respecto de la rima, que se deja la antigua ortografía de la palabra, en este caso: *dino* por *digno*; de igual modo como arriba se dejó *rubís* por *rubies*, por razones de respeto del conteo métrico.

A mí no, porque después
le vi la misma congoja.
Pues qué mal te viene a ti
del disgusto de Silena,
haberla visto con pena,
que yo sé que no es por mí.

Sospechas que es de aflicción,
no sospecho lo que veo,
Silvano, yo no lo creo.
Yo sí, que vi su pasión.
Podrá ser que sea por ti,
no podrá, que no es Silena
de fuerte que sienta pena
con mal, causado por mí.

No le rogaste, zagal,
que su pasión declarase.
Antes que se lo rogase
dijo en viéndome, estoy mal.
Y yo luego respondí,
haga el cielo que estéis buena,
aunque yo entiendo, Silena,
que de amor estáis así.

Silena que respondía,
que yo en esto me engañaba,
y cuanto más me juraba,
mucho menos la creía.
Y en efecto yo me fui,
sabe Amor con cuánta pena
de ver hallado a Silena
tan triste como tú a mí.

Carta en redondillas a una mujer morena

Negra pascua me dé Dios,
y la primera que venga,
si hay blanca que me entretenga,
negra, la mitad que vos.

Nunca enfada entreteneros,
hermosa negrilla mía,
la negra suerte sería
no poder gozar de veros.

Gusto, vida, ni alegría,
sin vos en nada se ofrece,
y lo negro en vos parece
mejor que la luz al día.

Proveyó naturaleza
de ese velo delicado,
para que fuese mirado
el Sol de vuestra belleza.

Que si todo deslumbrara
cuanto en ese rostro viera,
sola el águila pudiera
ver la luz de vuestra cara.

Y así no tengáis en poco
ser de esa color, negrilla,
pues basta esa colorcilla
a tornar un hombre loco.

Y podéis vivir ufana
de que os dieron la mejor,
que la morena color
es honesta y es galana.

Y tiene una compostura
en que no hay cosa imperfecta,
que como en la más perfecta
sobre negro, no hay tintura.

Esa es la color más bella,
lo demás no es estimado,
y así ningún hombre honrado
deja de vestirse de ella.

Todos os pueden cantar
por lo que ese bien esconde,
más envidia he de vos, conde,
que mancilla ni pesar.

Las pinturas extremadas
de cien mil primores llenas
siempre las pintan morenas
para ser bien acabadas.

Y así el pintor soberano
que os pudo tanto esmerar
os quiso perfeccionar
con el matiz más galano.

Y Dios me dé negra vida
(perdiendo lo que más amo)
si fue negra de su amo
como vos de mí querida.

Y cuando todo el poder
de mi riqueza bastara
a compraros yo os comprara
si os me quisieran vender.

Mas para que no socorra
esperanza a mi dolor,

de enamorado, os dio Amor
por mi mal carta de horra.

Que a tardarse en ahorraros
(estoy por vos de manera)
que a mí mismo me vendiera,
señora, para compraros.

Desde el momento que os vi,
dulcísima negra mía,
la libertad que tenía
y el alma con ella os di.

Y viene el bien tan escaso
a lo que mi fe merece,
que a vuestra color parece
la vida que por vos paso.

Y es lo que hace perder
la esperanza deseada,
que negra tan entonada
nunca nació de mujer.

Negras se suelen hallar
a servir, acomodadas,
y otras tan enternegadas [*sic.*]
que hacen desesperar.

Y por la desdicha mía,
sois vos, de aquellas postreras,
que en las burlas y en las veras
dais en tener fantasía.

Y con cierto desengaño
que Amor os tiene ahorrada,
dais en andar entonada
siempre, como negra en baño.

Pues no deis en ser esquivas,
ni tengáis tal pundonor,
que podrá ser que el Amor
os vuelva a hacer cautiva.

Y pues mi alma lo está
y estará, en vuestro servicio
agradecedle el oficio
que en bien amaros hará.

Que aunque sois negra os adoro,
y tenga yo el corazón
más negro que es el carbón,
si no está en vos mi tesoro.

Porque el bien sois de mi vida,
y aunque hay negras entonadas
buenas para ser mandadas,
lo sois vos para servida.

Epístola en estancias

Esta dorada y penetrante flecha,
Amor, con que mi pecho atravesaste
debió por mi regalo de ser hecha,
pues tanto bien con ella me causaste.
Vive contenta el alma y satisfecha
de ver que con tal fuego la abrasaste
y si de ti ofendida se ha quejado,
es por lo que en herirla te has tardado.

Sin duda fue aquel tiro de los ojos
hermosos de mi dulce Galatea
que con mayor presteza, más despojos,
quitarán al más libre que los vea.

Allí hallan descanso los enojos,
allí el corazón triste se recrea,
de allí sale el vencido con victoria,
y en ellos tiene Amor toda su gloria.

Es la cifra de cuantas cosas bellas
de la naturaleza están criadas,
ni Galatea, y tienen todas ellas
de su belleza, mil cosas prestadas.
Que como el Sol da luz a las estrellas,
así a todas las cosas extremadas
presta de su beldad mi dulce Diosa,
que no es la hermosura más hermosa.

Sola mi fe tan gran beldad iguala
por ser aquel extremo de manera
que con él, gentileza, gracia y gala
en ella hacen nueva primavera.
Donde nunca se halla cosa mala
ni que enmendar que todo es de manera
que a pesar de fortuna, tiempo y muerte,
se ha de inmortalizar su mortal suerte.

Como penetra el Sol la vidriera
y da luz y calor después do toca
por mis ojos pasó de esta manera
vuestra luz que del Sol la luz apoca.
Hace el calor que yo abrasado muera,
y el resplandor el alma torna loca,
que viendo tanto bien casi no atina
a ver si es cosa humana, o si es divina.

Dad lugar, hermosísima señora,
para que acuda el alto pensamiento

vuestro, a mirar de un alma que os adora,
el riguroso y áspero tormento.
Y pues que siempre la clemencia mora
en las que tienen tal merecimiento
de lástima este mal tan inhumano,
remediad que le ha dado vuestra mano.

Romance pastoril

Silvano par de una fuente
que muy clara agua corría,
levantado el rostro al cielo
a Lucida así decía:
Rica y soberana Diosa,
venturoso fue aquel día
en que a la luz de tus ojos
rendí yo el bien que tenía.
No tuve tanto contento
cuando en libertad vivía,
como ahora estando preso
que el penar me es alegría.
Imaginar que soy tuyo
cualquier pena me desvía,
y el gusto que a mí me sobra
al más triste alegraría.
Entró por la vista al alma,
el fuego que Amor tenía
en la tuya aderezado,
con que abrasarme quería.
Y al primer lance llevo
de mí lo que pretendía
que no tiene entendimiento

quien de amarte se desvía.
Entendió que con su fuego
el alma me destruía,
y sin pensarlo me ha dado
el mayor bien que tenía.
Quien más de mi pena entiende
ese tiene más envidia,
porque conocen la lumbre
de la estrella que me guía.
El fresco viento detiene
la voz que tu boca envía,
y tu alegre risa al cielo
los nublados le desvía.
No quiero vida sin verte,
ni descanso, ni alegría,
que ni Amor sin ti le tiene
ni yo sin ti le tendría.

Versos ajenos

*Tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.*

Glosa propia

Si para poder quejarme
Amor me diera lugar,
bien me pudiera quejar
de ti, que con olvidarme
tanta fe quieres pagar.
Sé bien que no merecí
ese desdén zahareño,

y aunque me trates así
tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.

Fortuna no será parte,
ni hará el tiempo que haga
jamás mudanza en amarte,
aunque olvido sea la paga
de quererte y adorarte.
Yo soy el que siempre fui,
y de esto mi fe te empeño,
y aunque ofendido de ti,
tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.

Dar a nuevo Amor la puerta
no me harán ocasiones,
que es mi fe tan firme y cierta,
que adora tus sinrazones
viendo su esperanza muerta.
De verme morir por ti,
muestras el rostro risueño
(y aunque yo lo endiendo así),
tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.

Conozco que fue cansarte
con tantas veras quererte,
y así vino a resfriarte
lo que debiera encenderte
o a lo menos obligarte.
Con solo Amor te ofendí
(que es exceso bien pequeño)
y aunque por él te perdí,

*tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.*

De engañarme qué ganaste
dime, tirana cruel,
qué falta en mi fe hallaste,
qué tan de presto olvidaste
las promesas de fiel.
Jamás ingrato te fui,
y aunque con enfado y ceño
soy mal tratado de ti,
*tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.*

Estancias

Qué ley de Amor que razón consiente,
que a quien de tu servicio solo trata
huelgues que de ordinario le atormente,
tanto mal sin cesar, Silena ingrata.
Porque ese duro corazón no siente
que tiene sentimiento a quien maltrata,
y que esa condición es de manera
que solo cabe en corazón de fiera.

Si del daño que haces entendieses
como mi alma entiende, alguna parte,
yo sé que aunque de acero hecha fueses
vendrías a enternecerte y ablandarte.
Que no sería posible, aunque quisieses,
que dejase mi mal de lastimarte
que es tal, que se desprecia y a la muerte,
de acabarme, por verme de esta suerte.

Qué corazón habrá que sufra tanto
como yo por tu causa he padecido,
continuo suspirar y eterno llanto,
es galardón de lo que te he servido.
Moviera el reino oscuro del espanto
lo que tu duro pecho no ha movido,
que por gustar mejor de atormentarme
ni me quieres dar vida, ni acabarme.

Debes de imaginar que ya no siento
(y tienes gran razón de imaginallo)
que el sentido, lo menos del tormento
que yo sufro por ti, basta quitallo.
Pues no te pase tal por pensamiento,
ni tomes por indicio, ver que callo,
que nunca el mal, el alma torna loca,
sino en el entredicho de la boca.

Y si acaso te ofendes de mi vida,
para que muera yo rico y ufano,
te suplico, si de esto eres servida,
que reciba yo muerte de tu mano.
Acabarás de ser tan ofendida,
y harásme un regalo soberano
que se diga de mí, por suerte buena,
murió Silvano a manos de Silena.

No es mucho pues que no has de remediarme
dar fin con esto al cuerpo desdichado,
aunque no lo harás, por no sacarme
de este infierno en que soy atormentado.
No hagas caso de honra, el acabarme,
por verme ya tan cerca de acabado,
que yo con esto iré muy satisfecho,
pues muero por tu gusto y mi provecho.

Villancico

*Si a nadie el Amor dio cuyo,
tal como a mí me le dio,
disparate haría yo
en no decir que soy suyo.*

Si yo por Lucida muero
y me es gloria el padecer,
qué ofensa le he de hacer
con descubrir que la quiero.
Y si amor se señaló
en querer darme tal cuyo,
*disparate haría yo
en no decir que soy suyo.*

Por ser amada y servida
no pierde ninguna cosa
la dama ilustre y hermosa,
antes será en más tenida.
Y a quien el amor tal cuyo
para su gloria otorgó,
ninguna razón sé yo,
para que niegue ser suyo.

La ocasión de mi tormento
encubrirla es desconcierto,
porque no es para encubierto
tan honrado pensamiento.
Y teniendo tan buen cuyo
que ninguno le igualó,
*disparate haría yo
en no decir que soy suyo.*

Yo sé que no desalabo
a mi dama en tratar de ello,

porque solo hago en ello
honrarme de ser su esclavo.
Siempre su disgusto huyo,
y esto pues no la ofendió,
disparate haría yo
en no decir que soy suyo.

Si el gozar del bien de vella
cuanto mi alma pretende,
claro está que no se ofende
en que yo muera por ella.
Del mal con que me destruyo,
solo este bien me quedó,
que puedapreciarme yo
dondequiera que soy suyo.

Romance pastoril con un diálogo entre dos pastores

Con el alma entristecida,
y el corazón abrasado,
combatido del deseo,
y rendido a su cuidado,
a la sombra de una peña,
de llorar ciego y cansado,
estaba Silvano un día
quejándose de su hado,
del Amor también se queja,
porque habiéndole obligado
a poner el pensamiento
en el cielo levantado,
le quitaba la ocasión

del remedio deseado,
pues viéndole de esta suerte
nunca licencia le ha dado
para decir a Silena
el daño que le ha causado,
sino que el recelo y miedo
le tienen en tal estado,
que viéndola no se atreva,
de medroso y de turbado,
a decirle lo que siente
viviendo desesperado,
para quejarse mejor
del suelo se ha levantado,
y un rabel que allí tenía
de un verde pino colgado
luego le descuelga y tiembla,
sobre el gabán sentado
así comenzó a contar
el mal que el amor le ha dado.

Soneto

Ya que se sufra, Amor, andar cual ando
de ordinario siguiendo su bandera,
ya que se sufra estar en tu galera,
todos durmiendo, y solo yo bogando.

Ya que se sufra estar el alma dando
con cara tan alegre y placentera,
ya que se sufra que sin culpa muera,
cómo se sufrirá morir callando.

Si lágrimas no son las que corriendo
van por mi rostro al suelo derramadas,
no sé qué pueda ser, que no lo entiendo.

Palabras son, que se han quedado heladas,
y ahora las derrite el fuego ardiendo,
y salen por los ojos destiladas.

Al tiempo que esto cantaba,
Silvio le estaba escuchando
que el ganado apacentando
a aquella parte llegaba.
Y dióle tanta pasión,
y tanta pena escuchalle,
que salió por medio el valle
cantándole esta canción.

Canción

*No te aflijas ni te penes,
Carrillo, que es por demás
que el bien que ahora no tienes
con el tiempo lo tendrás.*

No cortes a la esperanza,
los pasos con el morir,
que con amar y servir,
y esperar, todo se alcanza.
A pena no te condenes
con que presto acabarás,
*que el bien que ahora no tienes
con el tiempo lo tendrás.*

No te acabes, que es locura
venirte a desesperar,
que tu mal ha de curar
quien todos los males cura.
Y si en esto te entretienes,

poco tiempo durarás
y el bien que ahora no tienes
con el tiempo le tendrás.

Silvano bien se holgara
que Silvio allí no le viera,
que a solas mejor pudiera
llorar, y así descansara
de su pena lastimera.
Pero fingiendo alegrarse
con verle le recibió
muy contento, y le sentó
par de sí, que al saludarse
con brevedad se acabó.

Y Silvio muy deseoso
de entretener a Silvano
sacó un rabel muy galano
de un zurrón blanco, hermoso,
hecho de su propia mano.
Y pidióle que templase
Silvano el suyo, y tañese,
y que luego comenzase
a cantar, y respondiese
a lo que le preguntase.

Estancias en diálogo y glósase el último verso en todas ellas

Silvano amigo, grande es tu tristeza,
es tal que ha desterrado la alegría.
Que haces solo aquí en esta aspereza,
hallo en la soledad más compañía.

No solías tú tener tal extrañeza,
Silvio amigo, no soy quien ser solía.
Pues dime la ocasión de tu fatiga,
hame mandado Amor que no lo diga.

Pues qué piensas hacer de esta manera,
vivir así, pues no puedo mudarme.
Esta que quieres debe de ser fiera,
parecelo en saber atormentarme.
No la obliga tu pena lastimera
no, porque no me atrevo a declararme.
Dísela, y el callar no te persiga,
hame mandado Amor que no lo diga.

Si no le hablas cómo ha de entenderte,
temo que el declararme no me ofenda.
Si esto temes de qué piensas valerte
de solo Amor que haga que me entienda.
Primero acabarás con triste muerte,
no hay cosa que yo ahora más pretenda.
Por qué deseas tan áspera enemiga,
hame mandado Amor que no lo diga.

Lo que no hace Amor hágalo olvido,
yo tan bajo remedio no le quiero.
Pues qué piensas ganar de estar perdido,
el gusto de morir del mal que muero.
Callando serás tarde socorrido
por no pedir socorro no lo espero.
Por qué contra ti mismo haces liga,
hame mandado Amor que no lo diga.

Tú mismo haces este mal sin cura,
y es mi gloria pensar que lo padezco.

Y no pretendes de él otra ventura,
pienso que la que tengo no merezco.
Pide remedio a quien te da tristura,
estoy tal que los males le agradezco.
Dilo y serate acaso más amiga,
hame mandado Amor que no lo diga.

Redondillas con que se pone fin a este discurso

Cansado de preguntar
dejó Silvio de tañer,
y para darle a entender,
que quien no sabe hablar
nunca ha de esperar placer.
Dijo: querido Silvano,
ya yo entiendo que Silena
es la causa de tu pena,
quéjate, zagal hermano,
del mal que el Amor te ordena.

Mira aquel refrán usado
que dice que la porfía
hace morir cada día
al más ligero venado
que en la espesura se cría.
Y esto aquí para entre nos,
cuando os viéredes los dos
no es bien estar hecho tabla,
porque al hombre que no habla,
dicen que no le oye Dios.

Con esto el triste pastor
quedó muy determinado

de no encubrir su dolor
a la que le había causado.
Y antes que el Sol traspusiese
porque Silvano entendiese,
que el consejo aprovechaba,
fue donde Silena estaba
porque sus males oyese.

Silena muy desabrida,
quedó de este atrevimiento
y él declaró su tormento
y el estado de su vida.
Y aunque mostró desamor
y no buen rostro al dolor,
que Silvano descubría
mucho menos que temía
le entendió de sinsabor.

Y con esto persuadido
de acomodar su privanza
resucitó la esperanza
que por muerta había tenido.
Y yo estoy desengañado
que todo lo deseado
de su pastora alcanzó,
si por necio no dejó
de serle muy porfiado.

Discurso en tercetos en una ausencia

En una vega fértil y abundosa,
que riega un caudaloso y ancho río
con su corriente clara y espaciosa.

Donde en la fuerza del mayor estío,
nunca faltan jamás al Sol reparos
ni albergue deleitoso, verde y frío.

Y de las fuentes, los arroyos claros,
tienen tan fresco, y tan florido el suelo,
que podrá con descanso convidaros.

Abundosa la tierra, alegre el cielo,
la caza mucha, muchos los pescados,
y templado el rigor que causa el hielo.

Lugar que a un alma libre de cuidados
podría entretener sabrosamente
los demás, muy gustosos, olvidados.

Pero yo que mi fuego tengo ausente
(mas qué digo: que el fuego no se ausenta),
solo la causa de él no está presente.

Sin esta, lo que es más no me contenta
que a otros diera gusto y alegría,
y a mí me enfada, cansa y atormenta.

En el trono más alto no querría
estar (siendo posible) colocado,
si no tuviese a Celia en compañía.

Ni me sería con ella, muy pesado
vivir en las muy ásperas montañas,
riéndome del más acompañado.

Que viéndola las fieras alimañas,
amansado el rigor de su aspereza,
no tratarían con ella como extrañas.

Y cuando en el extremo de pobreza
viniera estar, con ella sola fuera
envidiada de todos mi riqueza.

Que si gozar de tanto bien pudiera,
sin sobresalto, aquello me bastara
para que alegre vida poseyera.

Mas faltando la luz de aquella cara,
y el resplandor de aquellos dulces ojos,
qué cosa podrá ser al alma cara.

Los entretenimientos son enojos,
y los lugares frescos y sombríos,
para mí no producen sino abrojos.

Los árboles, las fuentes y los ríos
(que son alivio a otros de su pena),
me acrecientan a mí los males míos.

La mies crecida al labrador es buena
y para los que crían sus ganados,
la dehesa de verde yerba llena.

Para los cazadores, los venados,
la pesca a los que viven tan ociosos
que ya los deja Amor por olvidados.

A mí los pensamientos amorosos,
en soledad, me dan mayor tormento,
y más en los lugares más vistosos.

Que en lo que puede haber contentamiento,
hallo siempre ocasión de más tristeza,
con lo que allí me ofrece el pensamiento.

Porque me representa le belleza
de mi Celia hermosa, cuanto miro,
donde muestra el poder naturaleza.

Y contra mí, con gran razón, me aíro
viendo abrazar la hiedra al olmo amado
y que yo de mi Celia me retiro.

Viva alegre de ver el verde prado,
y el agua clara del corriente río,
y el soto de arboledas adornado.

El que puede vivir a su albedrío
y juzga descansada alegre vida,
lo que tuviera yo por desvarío.

Los montes, de las fieras, son manida,
el agua, de los peces y del hombre
donde tiene la cosa más querida.

Busqué la soledad, quien huye el nombre
de cortesano, y de galán discreto
que para mí no hay mal que así me asombre.

Si el álamo gustara de un soneto,
y de una razón buena, la mimbrera,
y el aliso, y la haya, de un concepto,

y todo preguntara y respondiera,
fuera sabrosa y dulce compañía
la soledad que a mí me desespera.

No deje yo de ver tu lozanía,
gallarda Celia, como el Sol hermosa,
que en todo lo demás no hay alegría,
que no me sea cansada y enfadosa.

Epístola en tercetos de un galán muy deseoso de mostrar a su dama en muchas ocasiones cuán de veras deseaba servirla

Si pudieran la lengua y el deseo
las parejas correr, señora mía,
descubriendo la gloria que poseo.

O para mi descanso y alegría
el Hacedor eterno permitiera
al alma descubrir (lo que podría).

En ella cuán al vivo se pudiera
leer lo que mis ojos han mostrado,
señora, menos bien que yo quisiera.

A serviros estoy tan obligado,
que lo menos que tengo recibido,
de mi caudal no puede ser pagado.

Este bien con que soy enriquecido
es lo que más me ofende, pues no puedo
pensar pagarlo sin quedar corrido.

Merced recibo ya de vos con miedo
por ser de suerte que con alma y vida
cuando lo satisfaga corto quedo.

El favor que me dais es sin medida,
y la posible poca recompensa,
y la imposible a nadie concedida.

Mi alma solicita, busca y piensa,
qué cosa puede haber con que pagaros
y queda sin hallar corta y suspensa.

Si no tomáis en cuenta el adoraros,
satisfacción no hallo que convenga
para la paga sola de miraros.

Permita mi ventura que yo tenga
de serviros alguna coyuntura
(y que sea tan forzosa la que venga).

Que se haya de poner en aventura
la vida, el alma y más si cosa queda,
que se pueda arriesgar de esta hechura.

Y cuando tanto bien no me suceda,
las estrellas fuercen a mandarme
cosa que solo yo hacerla pueda,
pues podrán solo en esto regalarme.

Romance de Paris y Helena

Un hijo del Rey de Troya,
que Paris por nombre había
en hábito de pastor
sus ovejuelas regía,
y puesto que su belleza
otro traje merecía,
le puso en este su padre,
por no quitarle la vida,
estando certificado
que si este mozo vivía,
su nombre, fama y estado
del todo se perdería,
y queriendo prevenir
al gran daño que temía,
con el rústico aparato
disfrazado le traía,
aunque su daño buscaba,
creyendo que le huía,
porque en aquella contienda
que entre las diosas había,
sobre la bella manzana
que cada cual pretendía,
que a la más hermosa de ellas
forzoso darse tenía,
como en esta diferencia

ningún buen medio se vía
que cada cual por más bella
para sí la pretendía,
pasando por la montaña,
donde el pastor residía,
a su juicio dejaron
que la dé a quien se debía
haciéndole las promesas
como cada cual podía
Palas le ofrece en las armas
invencible valentía,
y tras este don tan alto,
muy grande sabiduría,
Juno le ofrece riquezas,
pero Venus le ofrecía
una reina muy hermosa
que Helena por nombre había,
mujer del Rey Menelao,
que en la Grecia residía,
el pastor juzgar no quiso
por lo que de fuera vía,
y así desnudas las tres,
él juzgó que merecía
sola Venus la manzana
porque más bien parecía,
y a darle quedó obligada
lo que prometido había,
y así desde a poco tiempo
por lo que al hecho cumplía,
vino a saber que era hijo
de aquel rey a quien servía,
y conocido por tal
al punto se apercibía,

y con muy gran aparato
para Grecia se partía,
al cual el rey Menelao
en su casa recibía
haciéndole mucha honra,
mas él que a la reina vía
el alma con vivo fuego
se le abrasaba y ardía,
y en el rostro le mostraba
lo que en el pecho sentía,
y saliendo el rey a caza
tomó Paris osadía
de descubrir a la reina
lo que por ella sufría,
y así le escribió una carta
que de este suerte decía.

Epístola de Paris a Helena

Esta te escribo, oh Reina poderosa,
de Júpiter y Leda hija amada
(que no es la hermosura tan hermosa).

El alma en vivas llamas abrasada
de su siervo Troyano, peregrino,
que espera de ti sola ser curada.

Yo confieso que es grave desatino,
decirte que me abraso en este fuego
(que aun del daño que causa, soy indi[g]no).

Mas viéndome por ti rendido y ciego,
y que él se muestra más que yo querría,
por partido como decirlo luego.

Qué mal se esconde, dulce reina mía,
de la encendida llama la luz bella,
que por momento crece cada día.

Y si te ofendo en darte cuenta de ella,
que si te ofenderás, y yo lo creo,
cuanto yo me enriquezco con tenella.

Perdóname, señora, que no veo
cosa que a menos costa, brevemente,
te descubra mi alma y mi deseo.

Vuelve serena la hermosa frente,
cuando quieras leer estos renglones,
donde te muestro el pecho abiertamente.

Y allí verás al vivo mis pasiones,
y un triste corazón envuelto en ellas,
que podrá enternecer mil corazones.

Y el remedio que espero de él y de ellas,
y él para mí dichoso dulce puerto,
es que con rostro alegre quieras vellas.

Y que esta carta donde va encubierto
mi dolor, abras con la blanca mano,
que el pecho y corazón me tiene abierto.

Con esto quedaré rico y ufano,
y entenderé que Venus no ha querido
que la promesa suya fuese en vano.

Que por su causa soy aquí venido,
y su divina lumbre me guiaba,
en los peligros grandes que he sufrido.

Solo mirar tu rostro deseaba
por ver si su belleza convenía
con la que yo en mi alma contemplaba.

Y ahora he visto en mente que tenía
la fama corta lengua en tu alabanza,
pues lo menos que tienes no decía.

Y si con firme Amor otro se alcanza,
merezca yo (con nombre de marido)
que no cortes el paso a mi esperanza.

No trates este amor como fingido,
mira lo que a tu causa he despreciado
siéndome de las diosas ofrecido.

Y mira la riqueza del estado
que se te ofrece con mi compañía,
que excede cuanto cubre el cielo amado.

Tu desdén no dé muerte a mi alegría,
pues anda aquella diosa de por medio,
que es madre del que dulces llamas cría.

Y si quisieres dar algún remedio
a mi dolor, yo tengo imaginado
para mi pretensión el mejor medio.

Que pues el rey tan solo te ha dejado,
y la noche es [ininteligible] amiga,
y yo estoy en palacio aposentado.

Que para dar alivio a mi fatiga
admitas la violencia y fuerza grata
al parecer de todos enemiga.

Y como quien de ofensa se recata
podrá mostrar del hecho sentimiento,
y el nombre excusarás de ser ingrata.

Yo llevaré la culpa del violento
hurto, que a tu pesar parezca hecho,
aunque hacerle des consentimiento.

Con esto iré contento y satisfecho,
y tú no estés de nada temerosa,
que quien para llevarte muestra pecho
te sabrá defender de cualquier cosa.

Segundo romance en que se prosigue y acaba la historia

Aquestas y otras razones
en su carta le escribía
y tuvieron tanta fuerza,
que todo cuanto pedía
respondiéndole, la reina
le otorgaba y concedía,
y así la sacó hurtada,
y para Troya volvía,
y los Griegos indignados
de ver tan gran villanía
a Troya pusieron cerco
hasta que fue destruida,
y el rey Príamo allí muerto,
y cuantos hijos tenía,
y recobraron a Helena,
y a su reino la volvían,
que disimulando el hecho,
ser engañada fingía,
y con esto se cumplió
de Paris, la profecía
pues a su causa fue Troya
en ceniza convertida.

Redondillas³²

Porque no os canse una vida
que a mí me cansa tenella,
disponed, señora, de ella,
que siendo por vos perdida
no dará pena perdella.

Y sacaréis de su asiento
este corazón fiel,
a darle nuevo tormento,
pero dádsele con tiento,
que os lastimaréis en él.

Y si tenéis por grandeza,
ser brava con un rendido,
conforme a vuestra dureza
buscad alguna extrañeza
de tormento nunca oído.

Y pues que mi fe no alcanza,
que bien ninguno me deis
(ni de tal tengo esperanza),
dadme males, sin tardanza,
si males darme queréis.

Aunque viendo lo que pasa
y cuán desdichado he sido,
esto pediré con tasa
que aun del mal seréis escasa,
solo porque yo le pido.

³² Como se ha avisado en una nota anterior, se llama aquí *redondillas* a las que en verdad son *quintillas*.

Y no es bien que lo seáis
si no os ofende acabarme,
aunque según me tratáis
pienso que no me acabáis
por gustar de atormentarme.

Y si en eso halláis gusto
yo del vuestro le tendré,
que no consiente mi fe
que se acabe mi disgusto
para que a vos os le dé.

Y aunque ser tan obediente
de nada me ha de servir,
muriendo quiero vivir
solo por veros presente,
alegre hame destruir.

Con ese pecho de acero
abrasaréis noche y día
el corazón con que os quiero,
y seréis conmigo Nero
que de nada se dolía.

Y aunque es excesivo el mal,
y rabioso el sentimiento
en fe de seros leal,
quisiera ser inmortal
para daros más contento.

Y así en tanto que viviere
tendré por gloria la pena
que de vuestra mano fuere,
pues Amor ordena y quiere
que la tenga por tan buena.

Y teniendo mi tormento
como le tengo por gloria
me la dará el sentimiento
y así saldré con victoria,
a pesar de vuestro intento.

Letra ajena

*La que nunca a nadie amó,
si me querrá bien a mí,
mi fe me dice que sí,
y mi ventura que no.*

Glosa propia

Para obligar a querer
a la que me da dolor,
entiendo que es menester
que haga milagro Amor,
que sin él no puede ser.
Porque su condición fiera
a tanto extremo llegó
(que si no es de esta manera)
será imposible que quiera
la que nunca a nadie amó.

Dulce llama penetrante
en sus ojos puso el cielo,
contra las almas bastante,
y diole pecho de hielo
y corazón de diamante.
Nadie se podrá excusar

de quererla más que a sí,
y tras un largo pensar
aún no se sufre penar
si me querrá bien a mí.

Y es el regalo que espero
sacar de tan alta empresa,
que por lo bien que la quiero
confiese que no le pesa
de ver que a su causa muero.
Duda el pecho temeroso,
si en esto que pretendí
tengo de ser venturoso,
y porque tenga reposo
mi fe me dice que sí.

Aunque yo muy cierto creo
viendo claro el desengaño
en la aspereza que veo,
que esta promesa es engaño
para burlar al deseo.
Amor que está de por medio
con tino me aseguró
que sabrá buscar un medio
con que yo tenga remedio
y mi ventura que no.

Ajena

*No hay ausencia do hay Amor
y si sucediere ausencia
esa ausencia es más presencia.*

Glosa propia

Puede la imaginación
en el alma del ausente
hacer tanta operación
que siempre tenga presente
su descanso el corazón.
Y en el amorosa historia
(por milagroso primor)
es la prenda de más gloria,
que solo con la memoria
no hay ausencia do hay Amor.

Amor es quien solicita
la memoria y la despierta,
y de tal suerte la incita,
que al alma se muestra escrita
en ella su gloria cierta.
Y durara este contento
estando Amor en presencia,
si vinieren muy de asiento
cuantos pueden dar tormento
y si sucediere ausencia.

Que siendo si no el querer,
el ausencia desabrida
no tiene tanto poder
que haga olvido caber
en alma de Amor herida.
Y aunque da desasosiego
hace Amor tal resistencia
que acaba el disgusto luego
y en cuanto dura su fuego,
esa ausencia es más presencia.

Discurso en estancias amorosas

De Amor y miedo el alma combatida
y en vivas llamas encendido el pecho
la esperanza del todo ya perdida,
y el corazón en lágrimas deshecho.
Cansado con la carga de la vida,
que quieren que sustente a mi despecho,
estoy, señora, y es mi mal de suerte,
que no tiene remedio sin la muerte.

Sin vida vivo, y con la vida muero,
sigo el pesar y el gusto me fatiga,
de ordinario esperando desespero,
y mi dolor a más penar me obliga.
Aborrecido amo, sirvo y quiero
a la que sin razón es mi enemiga:
mira cuál podrá estar la triste vida
que es de tantos contrarios combatida.

Muero a manos de un fiero desengaño,
que llegó cuando menos le temía
con un rigor tan áspero y extraño,
que trueca en llanto eterno la alegría.
Condenarme al silencio de mi daño,
es lo que siente más el alma mía,
que si la causa declarar pudiera
nueva vida en la muerte recibiera.

Fuego suspiro, en fuego me sustento,
y aunque parece a todos imposible
ardo sin acabar, que es un tormento
igual al del infierno en ser terrible.
Ardiendo sin cesar estoy contento,
y por subir a más de lo posible

a un extremo de tanta fuerza llego
que si de carne fui, ya soy de fuego.

Al abismo en un punto me bajaron
del puesto donde en otro me subieron,
cuando de veras quise, me olvidaron,
y cuando libre estaba me quisieron.
Sin culpa y sin razón me condenaron,
y contra mí cruel sentencia dieron,
y fue que viese con mis propios ojos
de mi bien gozar otro los despojos.

Soneto

Mira qué negro Amor o qué nonada,
que sin porqué se hace de los Godos
sabiendo que en la tierra saben todos
que es hijo de una dama muy taimada.

Lllamarle Dios, es cosa que me enfada
porque sé el trato yo que hace a todos,
aunque de amantes por diversos modos
siempre ha sido su fama celebrada.

Lo que él puede hacer es dar enojos
en cambio de placer y de contento,
porque sin vista parte sus despojos.

Y no vale con el merecimiento,
que como trae vendados ambos ojos,
los bienes y los males da sin tiento.

Epístola en estancias

Tan cansado está ya mi sufrimiento,
que a mí mismo no puedo yo sufrirme,

y siempre solicita el pensamiento
nuevos tormentos para destruirme.
Por dar algún alivio al mal que siento
de la vida conviene despedirme,
señora, pues tan poco me ha valido
lo mucho que por vos he padecido.

No me queda esperanza de consuelo,
y el cuerpo miserable no pretende
sino rendirle su tributo al suelo
(si ya de recibirle no se ofende).
Mas para acrecentar mi desconsuelo,
no sé ya quién la muerte me defiende,
y quiere conservar en mí una vida,
que es para mí más triste y desabrida.

De fortuna y amor estoy quejoso,
porque pusieron alas al deseo
para subir a ser tan venturoso,
que con haberlo sido no lo creo.
Y después de un extremo tan dichoso
venir a verme tal como me veo,
que todo mi bien, descanso y gloria,
queda para más daño la memoria.

Y vos de verme en tanta desventura,
sin mostrar un fingido sentimiento
parece que de ser esquivia y dura
recibís nueva suerte de contento.
Y una firmeza tal, y fe tan pura
pagáis con un exceso de tormento
tan falto de remedio, y tan extraño,
que cuanto más me curo más me daño.

El fuego del amor que al alma toca,
y que está mis entrañas abrasando
cuando sale en suspiros por la boca
el aire hasta el cielo va inflamando.
De esta suerte la vida se me apoca,
lágrimas infinitas derramando,
y son de sangre que el calor sobrado
agua para llorar no me ha dejado.

Al natural Pelícano soy hecho,
pues engendro en el alma pensamientos,
que de la viva sangre de mi pecho
de ordinario me piden alimentos.
Y estoy de verme así tan satisfecho,
viendo que gustáis vos de mis tormentos,
que tomo el padecer por ejercicio,
por ver que os es acepto sacrificio.

Por vuestra causa a tanto extremo llego
y vos de verme tal estáis burlando,
de mi dolor hacéis donaire y juego,
mis pasados servicios olvidando.
Dad lugar por do salga tanto fuego,
que para no ofenderos lo demando,
si no en el corazón do estáis metida,
quedaréis en ceniza convertida.

Así que a vuestros pies estoy rendido,
y el dolor que me dais os agradezco,
misericordia solamente os pido,
si por ser tan humilde la merezco,
ablande ya ese pecho endurecido,
pues con llorar, las piedras enternezco,
y no os esmeréis tanto en acabarme,
pues es mayor grandeza remediarme.

Discurso en tercetos contra los que prefieren al Amor el interés

Jamás hombre se vio de Amor herido
que después no quedase de él quejoso
y blasfemando el nombre de Cupido.

Unos le llama falso, mentiroso,
ciego, rapaz, ingrato, lisonjero,
falaz, traidor, astuto, cauteloso.

Atrévase cualquiera majadero
a tratarle de modo que le han hecho
(los que son de esta suerte) su terrero.

Y dan al interés (contra derecho)
el reino que el Amor ha poseído,
dejando al que bien ama sin provecho.

De Amor se queja un necio que ha subido
por su antojo, tan alto el pensamiento,
que es forzoso andar siempre desvalido.

Y piensa (con dos horas de tormento)
que ha de hacer milagros Amor luego
para solo aliviar su sentimiento.

Otro reniega de él y de su fuego,
porque en un punto el pecho no le abrasa
de aquella por quien vive sin sosiego.

En su poder y mando ponen tasa,
y quieren que a su gusto esté obligado,
y algunos le amenazan, si de él pasa.

Y el que no ha conocido su cuidado,
jura que no aprovecha cuanto puede
lo que el valor importa de un ducado.

Y otro que por su culpa le sucede,
no estar como se vio favorecido,
porque de discreción la ley excede.

Dirá luego que Amor es fementido
y siendo por su culpa castigado
andaré muy quejoso de Cupido.

Y el otro por fingirse apasionado,
quiere de Amor el premio verdadero
que suele darse al buen enamorado.

Otros en confianza del dinero
dicen que no hay Amor, y que es locura
sino poder el oro por tercero.

No se alargó con estos la ventura
a darles a entender de Amor la gloria
(do todo lo que es gusto se asegura).

Nunca gozó el regalo su memoria
que suele dar Amor al que es amado,
cuando sigue el alcance a su victoria.

En todo vivirá muy engañado
el hombre que de veras entendiére
que puede ser Amor, Amor comprado.

Acabe el interés cuanto quisiere,
que no puede dejar de entrar olvido
en el pecho que paga de Amor quiere.

Podrá durar en el Amor fingido,
mientras no se acabare la esperanza,
de lo que el interés ha prometido.

Es firme Amor el que con fe se alcanza,
y que la misma fe por paga tiene,
segura de disgusto y de mudanza.

Esto es lo que de veras entretiene,
y todo lo demás es un engaño
que a la gente indiscreta le conviene,
y después le conoce con su daño.

Discurso en estancias de un pastor a quien por otro había negado su pastora

De las ondas el Sol resplandeciente
encendido saliendo, ya mostraba
la hermosa, dorada y rica frente,
y el cielo de colores matizaba.
Cuando Silvano orilla de una fuente,
al rumor de aquel agua que pasaba,
a Silvia se quejaba de manera
como si allí presente la tuviera.

De mármol de la ínsula de Paro,
Silvia cruel, se fabricó un pecho,
pues viéndome que muero sin reparo
está de ver mi muerte satisfecho.
No me ha costado el verte menos caro,
que sustentar la vida a mi despecho,
que siendo sola tú quien la sustenta
sin ti más que la muerte me atormenta.

De ver que no me acaba estoy corrido,
un mal que por momentos empeora,
y de entender lo poco en que has tenido
un corazón y un alma que te adora.
Y que del que tan tuyo siempre ha sido,
te desprecies del nombre de señora,
y que huyas las noches y los días,
el rostro a mis querellas por ser mías.

Del amor que me debes olvidada,
no te disgusta ver que lleva el viento
la fe que a darme estabas obligada
para satisfacción de mi tormento,
pues guárdate, no vivas confiada
burlando de tan triste sentimiento,
que si das muerte al verdadero amigo
no has de quedar, ingrata, sin castigo.

Una siesta durmiendo me soñaba,
olvidado de ti y aborrecido,
y el ansia y el dolor que esto causaba
luego me despertó despavorido.
El sueño imaginé que me engañaba
aunque tan verdadero me ha salido,
que lo que allí juzgaba por engaño,
me sirve a mi pesar de desengaño.

Depositaste en otro los despojos
que yo por adorarte merecía,
apartando de mí los dulces ojos
a quien sujetó amor el alma mía.
Caminas ciega en pos de tus antojos
regalando al que no lo merecía
y por no disgustarle me destruyes,
y cuando más te busco más me huyes.

Eres afable, mansa y amorosa,
conmigo desabrida, esquiva y fiera,
amiga dulce al otro y muy sabrosa,
y para mí enemiga lastimera.
De él te parece bien cualquiera cosa,
y enfádaste de mí como si fuera
un hombre sin razón y sin sentido,
siéndole en lo posible preferido.

Bien lo podrás hacer, pastora ingrata,
y alegrarte de ver que por ti muero,
mas la pena y dolor que así me trata
en ese ingrato pecho ver espero.
Y al que te muestras tan afable y grata,
verle contigo desabrido y fiero,
y solo en esto quedará vengado
del mal que por amarte me has causado.

Estancias glosando en los primeros y últimos versos dos tercetos ajenos

*Ausente de mi bien y de mi gloria,
condenado a morir en llanto eterno,
teniendo por verdugo la memoria
y cualquiera descanso por infierno,
puesto en batalla incierto de victoria
sin esperar verano de este invierno,
estoy sin ti, hermosa Silvia mía,
sin consuelo, remedio ni alegría.*

*Sin ti me ofende todo cuanto veo,
porque no representa tu figura,
si miro al Sol parece oscuro y feo,
puesto con tan divina hermosura.
Mirarte con los ojos del deseo
tiempla el rigor a tanta desventura,
mas faltando tu dulce compañía,
forzoso he de llorar la suerte mía.*

*Que presto se enturbió aquel Sol claro,
que alivió con su luz mi desconsuelo,
y el nublado de ausencia tan avaro,*

me le ha cubierto con su triste velo.
Dejándome sin vida y sin reparo
y sin otra esperanza de consuelo,
y sin el Sol que a Febo luz prestaba,
que mi alma sostenía y alumbraba.

Viéndome ya de aquella gloria ausente,
do tuve tanto bien depositado,
lloraré sin cesar el mal presente,
pues olvidar no puedo el bien pasado.
Y viendo que acabó tan fácilmente
el descanso que fue tan deseado
podré decir lo que jamás pensaba,
al fin ni dura el bien, ni el mal se acaba.

Redondillas en que se compara la pena de un amante a las que los poetas fingieron que padecen algunos en el infierno

Dos contrarios me dan guerra
con rigurosa extrañeza,
una celestial belleza
y un infierno de la tierra.

De suerte que muero y vivo
con esta contradicción
en la más dura prisión
que jamás tuvo cautivo.

No se vio jamás estrella
como el rostro de mi Diosa,
y el mundo no tiene cosa
tan áspera como ella.

Con sus ojos prende y ata
al más libre corazón,
pero con su condición
a quien más la quiere mata.

Y es de manera el dolor
que de su mano recibo,
que para tenerme vivo
hace milagros Amor.

No halla contentamiento
con que entretenerse un hora
el día que a quien la adora
no le da nuevo tormento.

Es su regalo prender
para nunca rescatar,
y a nadie quiere matar
por ver a más padecer.

Y a mí con modos extraños,
siempre el dolor me renueva
que soy toque donde prueba
la fineza de sus daños.

Y no podrá imaginarse
ningún áspero tormento,
pena ni desabrimiento
que en mí no pueda hallarse.

La fragua está de Vulcano
dentro del corazón mío,
y son mis ojos un río
que crece invierno y verano.

Y en aquesta infernal fragua,
ni mengua el agua ni el fuego

ni me abraso ni me anego
ni muero en fuego ni en agua.

La pena de aquel es poca,
si a la mía se compara,
que el agua corriente y clara
sus sedientos labios toca.

Y aunque procura bebellá,
es trabajo por demás
porque se le baja más
cuanto más se baja a ella.

Y mortal hambre teniendo,
si a la fruta de un manzano
alarga acaso la mano
se le retira huyendo.

Yo con Gila soy así
que siempre me muestra Amor
y en pidiendo más favor
parte huyendo de mí.

El que al alto monte sube,
la piedra sin descansar
no iguala con su penar
al dolor que siempre tuve.

Que aunque su pena es extraña
puédese compadecer,
con que la piedra al caer,
aunque le da no le daña.

Yo no tengo en mi pasión
alivio ni quien le ordene
y es porque de piedra tiene
hecho Gila el corazón.

Y entre otras penas extrañas,
son eslabón mis querellas
que sacan de allí centellas
que me abrasen las entrañas.

Tampoco el mal inhumano,
se me puede comparar
de las que quieren llenar
aquel pozo tan en vano.

Que al tiempo que estén vacíos
los cántaros es forzoso
que en ellas haya reposo
y nunca en los males míos.

Ya sí no es justo que espere
sino extremos inhumanos,
que son golpes de a dos manos
con los que Gila me hiere.

Y no tuvo ni tendrá
mi dolor otro consuelo,
sino ser manos del cielo
aquellas con que los da.

Epístola en redondillas

Toma, señora, la pluma,
el Amor para escribirte,
como quien sabrá decirte
en tan abreviada suma
lo que se gana en servirte.

Él es quien rige la mano
que le sirve de instrumento

para mostrar un tormento
que aunque es dolor inhumano,
me tiene alegre y contento.

Y cuando más ofendido
me viere y desconfiado,
el mal por ti padecido
solo en ser agradecido
quedará muy bien pagado.

Y cuando sin merecello,
me quisieres dar la muerte
solo porque gustas de ello,
acordarte de querello,
aún no sabré agradecerte.

Parecerá desvarío
verme contento en prisión,
y estimar la sujeción,
y hallar en no ser mío
regalo y satisfacción.

Mas yo con ser prisionero,
tan rico y ufano vivo,
que libertad no la quiero,
porque todo el bien que espero
le tendré con ser cautivo.

Y más tengo, que esperé,
ni pudo ser deseado,
que tan dichoso cuidado
en ti, me tiene por fe
convertido y transformado.

No soy el que ser solía,
ni en la tierra hay que ser más,

hasta aquí llegó el compás
de cuanto el amor podía,
y alargarle es por demás.

No me conozco de ufano
viendo mi pecho encendido
con fuego tan soberano,
que otra nueva vida gano
de ser en él consumido.

Nunca el alma me tocó
Amor con tan dulce fuego
(que si otra vez la encendió)
una sinrazón bastó
para helar mi pecho luego.

Mas con tan dulces pasiones
como causa el bien de verte,
no hay tiempo, ausencia, ni muerte
disgustos, ni sinrazones,
que fuercen a no quererte.

En la tierra sola fuiste
como el Sol solo en el cielo,
no tiene más bien el suelo,
señora, del que le diste,
ni mi alma otro consuelo.

Solo en tu bella vi
lo mejor de las más bellas,
y no hallo en todas ellas
muchas cosas que hay en ti,
que no sabré encarecellas.

Hízome amor venturoso
en darme a tu causa enojos,

pues ha puesto mis despojos
en el albergue amoroso
de esos bellísimos ojos.

Si admite comparación
alguna tu hermosura,
es la fe sencilla y pura
que encierra mi corazón,
ya de mudanza segura.

Y es poco decir que quiero
más que cuantos han amado
y al dulce mal de que muero
hallarle nombre no espero
que pueda ser ajustado.

Ni pienso mostrar así
lo que por amar padezco,
sé bien que el mal no merezco,
y que en decir que es por ti
cuanto puedo lo encarezco.

Y a nada quiero obligarte
con decirte lo que siento,
pues bastará a suplicarte
que no vengas a enfadarte
de verte en mi pensamiento.

Discurso en estancias que un pastor enamorado hace con un retrato del Amor

A la sombra de un pino, recostado
en la espesura de una gran floresta,
habiendo recogido su ganado

del rigor caluroso de la siesta,
mirando en el remate del cayado
de Amor una figura mal compuesta,
cansado de sufrirle sinrazones,
Silvano así le cuenta sus pasiones.

Amor tirano, pues que no he dejado
de acompañar una hora tu bandera,
pues tanto ha que te sirvo de soldado,
sufriendo lo que nadie te sufriera,
porque soy de tu mano maltratado
como si de ordinario te ofendiera,
y al descubierto oficio de enemigo
haces al que te fue tan buen amigo.

Los que de obedecerte se defienden
procura sujetarlos y vencellos,
que a tu valor y a tu grandeza ofenden,
y está muy en razón el ofendellos,
los que con libertad vivir pretenden
justo será tomar venganza de ellos,
que en ofenderme a mí no ganas gloria,
pues vencer al vencido no es victoria.

Si el cazador es cuerdo y avisado
la caza que le huye aquella sigue,
que siempre da más gusto lo vedado.
y menos cansa a aquel que lo persigue.
De qué te sirve, a quién se te ha entregado
que tus flechas y fuego le fatigue,
y que sin defenderse ni pensarlo
pongas tu fuerza toda en maltratarlo.

Muchos verás que no saben quién eres,
ni sintieron dolor como este mío

y verás flaca fuerza de mujeres
mostrar contra la tuya mucho brío.
Podrás, amor, con estos si quisieres
mostrarte y ensanchar tu señorío,
y sabrán el valor de tu pujanza,
y será empresa digna de alabanza.

Yo el premio, no la ofensa, merecía,
que ya era tiempo habiéndote servido
del bien que tu esperanza prometía
dar lo que mi servicio ha merecido.
Mas qué digo, qué loca fantasía
me ha hecho demandar esto que pido,
pues de tu dulce mal gusto de suerte
que la vida sin él me sería muerte.

Y si salir de tu prisión procuro
me lleva el pensamiento acelerado,
como caballo que del freno duro
ni del que le sujeta es gobernado.
O cuál nave que a puerto muy seguro
llega después de haberlo deseado,
y vuelve acá y allá descaminada,
del riguroso viento arrebatada.

Conmigo baste, Amor, el daño hecho,
que parece que vienen tus saetas
a dar (de acostumbradas) en mi pecho
sin que tú en ordenarlo te entremetas.
Vengan que yo estoy de ello satisfecho,
y mayor mal será si te [a]quietas,
y borras de mi alma la memoria,
que todos mis sentidos tiene en gloria.

Llamarse puede mal afortunado
quien vive sin pasión dulce, amorosa,

y sin gozar el bien de este cuidado
toda la noche a su sabor reposa.
Bien puede ser a un muerto comparado,
quien duerme, que el dormir no es otra cosa
sino una triste imagen de la muerte,
y más triste quien vive de esta suerte.

Tiempo habrá en que yo viva con reposo
aunque sin bien amar me será extraño,
que ahora me parece muy sabroso,
el enfado de Celia y el engaño.
Y es regalo del Alma venturoso,
de su mano el más triste desengaño,
que no dan pesadumbre sus disgustos,
y de las otras cansan nuevos gustos.

Cuando la vea contenta o desabrida
sin razón o con ella disgustada
gastaré todo el tiempo de mi vida
en tenerla servida y regalada.
Y cuando menos quiera ser querida,
entonces ha de ser más bien amada,
que obliga no olvidar la el bien de verla,
y es por demás la vida sin quererla.

[Verso ajeno]

No quiero mayor bien que mi tormento.

Glosa en diálogo

¿Cómo te va de gustó, di, Silvano?
Ninguno se ha igualado al que poseo.
¿A tus deseos Amor dales la mano?

Bástale haberme dado tal deseo.
Dime el bien con que vives tan ufano.
Mi mal es con quien vivo, y me recreo.
¿Y con solo tu mal vives contento?
No quiero mayor bien que mi tormento.

La que causa tu mal ¿cómo se llama?
Es Lucida en la tierra mortal Dea,
es hermosa, es discreta, es gentil dama,
en ella hay todo el bien que se desea,
su nombre es celebrado de la fama,
en cuanto ciñe el mar, y el Sol rodea.
¿Y osas poner tan alto el pensamiento?
No quiero mayor bien que mi tormento.

¿No tienes esperanza de otra paga?
Basta verme morir del mal que muero.
¿Otra merced le pide que te haga?
Esto harálo amor, que es mi tercero.
¿Nunca suele dar bien que satisfaga?
Tanto me ha dado a mí que más no espero.
Paréceme ese poco fundamento.
No quiero mayor bien que mi tormento.

¿Tienes algunas muestras de su parte?
Ver que a mis quejas sin enfado advierte.
¿Y con eso ha podido aprisionarte?
Basta con esto darme vida o muerte.
¿Parece imposible libertarte?
Más que lo flaco resistir lo fuerte.
¿Al fin tu mal te da contentamiento?
No quiero mayor bien que mi tormento.

¿En tu pecho podrá caber olvido?
No puede eso hacer tiempo ni hado.

¿Y si te vieses desfavorecido?
Entonces el Amor sería doblado.
¿Y si te fuese alguno preferido?
Sería de mí de veras envidiado.
¿Y si rogarla es dar voces al viento?
No quiero mayor bien que mi tormento.

¿Y si por tanto Amor te aborreciese?
Nunca la fe que tengo mudaría.
¿Y si de verte acaso se ofendiese?
No viéndola también la serviría.
¿Y si darte la muerte pretendiese?
Por darle gusto yo me la daría.
¿Y si no te regala ni un momento?
No quiero mayor bien que mi tormento.

Romance de los celos que a Fátima pidió Xarifa

Con Fátima está Xarifa,
a una ventana parlando
y ardiendo de celos de ella,
le dice con rostro airado:
Nunca entendí que tuvieras
conmigo tan falso trato,
porque caber no podía
sino en corazón villano.
Dejasteme el otro día
con el pecho asegurado
para poderme engañar,
mucho mejor a tu salvo
créite yo como amiga,
descuidada de tu engaño

que lo que yo no hiciera
no supe en ti recelarlo.
Dice Fátima muy bien
aquel refrán tan usado,
que solo el que no se fía,
deja de ser engañado,
porque dijiste que estaba
el aposento ocupado,
y que el Moro Abindarraez
había muy tarde llegado,
sabiendo que en el lugar
saben todos lo contrario,
que públicamente anda
tu servidor declarado,
solo el engañarme siento,
que no lo que me has quitado,
pues nunca tanto me quiso,
ni estimo en más mi cuidado.
Yo sé de tu propia boca
cuánto contigo ha pasado
y que tú le solicitas,
estándose descuidado,
no tengo celos de ti
ni nadie me los ha dado,
porque cuanto de él pretendo
tengo muy asegurado,
lo que siento es que tuvieses
conmigo trato doblado,
siéndote yo tan amiga,
y habiéndotelo mostrado.
Fátima, muda el intento
porque yo te desengaño,

que son conmigo las veras
y andan contigo de falso,
del agravio que me has hecho,
el que puede me ha vengado,
y con decírtelo queda
mi corazón descansado.
Fátima responder quiso
mas Xarifa no ha esperado,
que la palabra en la boca
saliéndose la ha dejado.

Villancico

Sin Lucida no hay Amor,
que si Lucida no hubiera
nadie del Amor sintiera,
ni gloria, ni desfavor.
Son sus dulces ojos bellos
alma con que Amor respira
y las flechas con que tira
son rayos de la luz de ellos.

Y si con estos no hubiera
afinado su valor,
nadie del Amor sintiera
ni gloria, ni desfavor.
Por Lucida el Amor vive,
y su grandeza entretiene
y todo el poder que tiene
de su mano le recibe.

Y si este bien no tuviera,
no serle fuera mejor,

pues que de él nadie sintiera
ni gloria, ni desfavor.
En su favor o desdén
consiste la gloria o pena,
que en la amorosa cadena
puede hacer mal o bien.

Y si esto no poseyera
para engrandecerse Amor,
rifa, juego y burla fuera,
su gloria, o su desfavor.

Canción ajena

*Qué harán dos que Amor halla
heridos de una centella,
que ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.*

Coplas propias

Qué harán dos corazones,
que en vivo fuego se encienden,
y el remedio que pretenden
es declarar sus pasiones.
Y aunque la ocasión se halla,
para decir su querella
*ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.*

El uno al otro se mira,
pero no habla ninguno,
y cuando suspira el uno,

el otro también suspira
Y tan áspera batalla,
nadie quiere acometella,
que ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.

Ofrécense los despojos
que nacen de su pasión,
y el fuego del corazón,
manifiestan por los ojos.
Él temiendo de enojalla,
está muriendo por ella,
y ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.

Él procura que lo entienda
solamente con mirar,
y ella con disimular
le tiene al hablar la rienda.
Él sospecha que hablalla,
será ocasión de perdella,
y ella de vergüenza calla,
y él calla de temor de ella.

Canción

Si de alguna esperanza asegurada,
se viera el alma mía,
fuera yo con razón envidiado,
por tenerla empleada.
Mejor que merecía,
y rica con el bien de mi cuidado,
pero vivo sin ella,
con la fe que más pudo merecella.

Porque mirado lo que no es divino,
es una sola parte
del bien que vuestro ser en sí contiene,
y para muestra vino
del cielo, que reparte
con larga mano el alto bien que tiene,
y no le hay que tal sea,
en cuanto ciñe el mar, y el Sol rodea.

Su término halló mi pensamiento,
en este bien tan alto,
que con tanta dulzura me entretiene,
y no hay merecimiento
que no se halle falto,
aunque fuese el mayor que el mundo tiene,
para gozar la gloria,
que de él ofrece al alma la memoria.

Conozco en mí un abismo de bajeza,
y en vos la más perfe[c]ta
hermosura que Apolo vio en el suelo,
y así no es extrañeza
que el alma esté sujeta
al yugo del temor y del recelo,
y es de manera el peso,
que apenas sufre ya la carga el seso.

Cuando la fe que os tengo considero
que para imaginalla
queda el imaginar muy atrasado,
paréceme que espero
vencer esta batalla,
que entre el miedo y el alma se ha trabado,
mas pierdo esta fineza
en mirando a los pies de mi bajeza.

Y si en medio del grave mal que nuestro
no me acaba la vida,
verme rendido a tal desconfianza
es, porque siendo vuestro
el alma enriquecida
alienta a no perder la confianza,
que por lo que a mí toca,
cuando tuviera mucha, fuera poca.

Porque pensar que tiene Dios criada
cosa sobre la tierra
que pueda merecer el bien de veros,
ni estar asegurada
en la amorosa guerra
de vencer el recelo de perderos,
es la mayor locura
que en relación se ha visto, ni escritura.

Y así no ha de querer nadie obligaros
sin vuestro gusto, a cosa
que en algo para el suyo buena sea,
pues no paga el miraros
la cosa más preciosa
que del poder humano se posea,
ni en un siglo de vida
podréis ser con servicios merecida.

Si vuestra voluntad no os hace fuerza
no hay cosa que la haga
(y esto es lo que me tiene tan medroso)
aunque el alma se esfuerza
a esperar de vos paga,
conforme a su querer maravilloso,
y cuando otra no hubiere,
basta que sepáis vos que tanto os quiere.

Canción como mi alma sabedora
de la llama escondida
que en este pecho mora,
preséntate a los pies de mi señora,
que en ser de ella leída,
tú quedarás con fama, y yo con vida.

Canción ajena

*Sin vos y con mi cuidado,
mirad con quién y sin quién,
para que me vaya bien.*

Glosa propia

Solo para entretener
el bien de mi pensamiento
pido porque es menester
que dé Dios al sufrimiento
fuerzas con que padecer.
Y aunque en mi tormento creo
que está todo el mal cifrado,
es el mayor que poseo,
señora, ver que me veo,
sin vos y con mi cuidado.

Sin miraros estar vivo
es por milagro a mi cuenta,
porque mi dolor esquivo
mil muertes me representa
y las más de ellas recibo.
Amor que viva consiente
sin esperanza de bien

y con tanto mal presente,
que el corazón me atormente,
mirad con quién y sin quién.

Y no me hacen la guerra
solamente los que digo
que en el mal que me destierra
me tratan como a enemigo,
sin vos el cielo y la tierra.
De esta suerte me entretengo,
sin que remedio me den
para el dolor que sostengo,
mira el regalo que tengo,
para que me vaya bien.

Villancico

*Dé Dios vida al desengaño,
pues que tanto bien me ha hecho,
que asegura mi provecho
en medio del mayor daño.*

A tan buen tiempo llegó
el desengaño que ha sido
remedio del más perdido
corazón que Amor hirió.
Con él acaba el engaño
que me puso en tanto estrecho,
*y asegura mi provecho
en medio del mayor daño.*

Pues que tormento tan grave
con él se pudo acabar,
solo queda desear
que el remedio no se acabe.

Porque yo me desengaño,
y estoy cierto y satisfecho
que asegura mi provecho
en medio del mayor daño.

Un engaño me traía
sin sentido y deslumbrado,
y un desengaño ha quitado
los nublos del alma mía.
Fue gusto y regalo extraño
pues con haberlos deshecho,
asegura mi provecho
en medio del mayor daño.

=Estancias a una partida

El que suelta la rienda a su cuidado,
y el sabroso veneno de amor bebe,
con que sustenta el bando enamorado
en continuo pesar o gusto breve.
El que con dulce fuego está abrasado,
y que Amor no le premia como debe,
haciéndole sufrir mil tiranías,
escuche estas razones tristes mías.

Mis ojos mire, y los suspiros sienta
que el afligido corazón envía,
y viendo este dolor que me atormenta
con rigurosa y áspera porfía.
Parecerle ha bonanza su tormenta,
y el nublo de su mal sereno día,
y al fin le será alivio en su tormento,
ver otro con tan grave sentimiento.

Amando vivo yo (si es vida aquella
que en suspiros y llanto se entretiene),
mi alma esclava quiso Amor hacella,
y este es el mayor bien que ahora tiene.
Con libertad no pienso jamás vella,
porque tratar ya de esto no conviene,
siendo Lucida aquella que me ha dado
la dichosa ocasión de mi cuidado.

Está con blandos movimientos bellos,
palabras tiernas, dulces y amorosas,
y otros extremos mil, que encarecellos
no es posible las lenguas más curiosas.
Con la red que amor tiende en sus cabellos,
y en aquellas dos luces milagrosas
de sus ojos, quedé rendido, y quiero
más que la libertad, ser prisionero.

Estimo en más que a todo lo criado,
un sujeto servir tan excelente,
y lo que suele a otros dar cuidado
(que no saben querer hidalgamente).
Tengo yo por descanso regalado,
y trabajo pasado, o mal presente,
como yo pueda verla, será gloria
que el alma se entretenga en su memoria.

Sola su vista sirve de alimento
(sin que pida otra cosa) a mi deseo
y gallardo, brioso y nuevo aliento
por su causa en el alma le poseo.
Y ardiendo el corazón está contento,
en esta fe tan firme, que no creo
que hará si tuviese inmortal vida
a nuevos pensamientos acogida.

De animales hay uno que en la llama,
otro en el aire, y otro en agua pura,
vive contento, y esto solo ama,
porque lo quiso así el alma natura.
Así en esta luz viva que me inflama
mi alma está contenta, y tan segura,
que si el velo mortal no se rompiere
en ella vivirá mientras viviere.

Y es posible fortuna anunciadora
de mis males que yo partirme pueda
de mi bien, de mi alma y de do mora,
la parte de la vida que me queda.
Y que mi Fénix deje sola un hora,
sin que una triste muerte me suceda,
apartando de mí la luz hermosa,
ante quien la del Sol es tenebrosa.

En vos conviene, mi celestial Dea,
que viva más que en mí, la vida mía,
y que ausente de veros nada vea,
que pueda darme un hora de alegría.
Que si viéndoos mi alma se recrea,
todo hará cansada compañía
cuanto pudiere ver en esta ausencia,
sin esa hermosísima presencia.

Quien fue todo esperanza y todo fuego,
es ya todo temor, y todo hielo,
y así partiendo, a tanto extremo llego,
que la vida me acaba el desconsuelo.
Y si viéndoos presente no sosiego
con tanto bien, mirad qué haré luego,
que con tan gran extremo de quereros,
se me ponga entredicho al bien de veros.

Pues con tantos indicios manifiestos
de que os di el corazón estáis segura,
y el alma llena de deseos honestos,
que faltándole vos, de nada cura.
Bien es que unos extremos como estos,
en esta ausencia rigurosa y dura,
no se paguen, señora, con olvido
pues vos sois ocasión de que hayan sido.

Si mirándoos el alma está turbada,
porque tan peregrina hermosura
jamás dejó de ser solicitada,
ni temeroso aquel que la procura.
Qué hará si de vos está apartada,
do no pueda gozar de esta ventura,
y cierta, de que son las ocasiones
parte para mudar los corazones.

Yo quiero imaginar que esto no sea
(que está en vuestro valor asegurado)
y que nadie en la tierra no posea
tanto bien como ser de vos amado.
Quién me hará en ausencia que no crea
que en vos está mi fuego resfriado,
que si Amor del mirar suele causarse,
mal podrá sin la vista conservarse.

Es Amor un deseo generoso,
que siempre vive en su querido objeto,
y está ordinariamente deseoso
que gocen vista y alma aquel sujeto.
Y así la ausencia y tiempo presuroso
suelen causar en él algún defe[c]to,
que por los ojos entra Amor al alma,
y sin la vista luego queda en calma.

Aunque el temor me quite la esperanza,
y falte en vos la fe que me es debida
y se acabe también la confianza
en algunos favores sostenida,
en mi querer jamás habrá mudanza,
si no fuere acabándose la vida,
y esta sí eternamente no acabara
(olvidado de vos) no os olvidara.

Do viere lo mejor del bien del suelo,
un retrato tendré delante vuestro
y mirando las luces que del cielo
hacen hermoso el Hemisferio nuestro.
Diré que representan mi consuelo,
y en ellas puso el divinal maestro
el bien que hallo en vos, Lucida mía,
de quien toma prestada luz el día.

Si por los prados viere tiernas flores,
y aguas corrientes, puras, cristalinas,
y alegres ninfas que cantando amores,
regocijen las selvas convecinas,
y pudiere gozar de los olores
que despiden de sí las clavellinas,
y azucenas y rosas, diré al punto,
esto todo es de Lucida trasunto.

Y no será el ver cosa semejante
a las bellezas vuestras celestiales,
ocasión de placer sino bastante,
a encender más el fuego de mis males.
Porque teniendo tanto bien delante,
que de vos me dé muestras y señales,
será dar más tormento a la memoria
ausente de miraros que es mi gloria.

Yo muero, y si este solo pensamiento
puede acabarme, qué hará el efe[c]to
si una sombra me da tan gran tormento,
qué hará la verdad en tanto aprieto.
Si imaginando la partida siento
que a triste y breve muerte estoy sujeto,
solo podré tener de vos partiendo
para mayor dolor vivir muriendo.

Redondillas al Amor

Cómo podré yo de ti
alejarme, Amor, huyendo,
si cuando parto corriendo,
partes con alas tras mí.

Qué me valdrá defenderme,
si estás do no puedo verte,
dueño y señor en lo fuerte,
que pudiera socorrerme.

Muestra en mí tu poderío
que yo soy de ello contento,
si tienes contentamiento
de este vencimiento mío.

Mas mira qué ha de triunfar,
Lucida, de esta victoria,
que tú sin ella esta gloria
no la pudieras ganar.

Préciate de su renombre,
y tenlo por gran valor
que sin Lucida de Amor
nadie conociera el nombre.

Por ella fuiste quien eres,
y ella te ha dado el poder,
y dejarle has de tener
si no la reconocieres.

De tan honrados despojos,
Amor, no te coronaras
si flechas con que tiraras
no te las dieran tus ojos.

De suerte que es menester
que la tengas por tu Diosa,
pues en haciendo otra cosa,
forzoso te has de perder.

La herida que me diste,
aunque es mortal, te agradezco,
que la merced no merezco
que con ella me hiciste.

Y cuando más me atormente
el dolor de esta herida,
aunque se pierda la vida,
ninguna pena se siente.

Que no puede dar pasión
perder lo que poco dura,
gozando de la ventura
de ser con tal ocasión.

Villancico

*Aunque mi mal fuera,
infierno abreviado,
con que se creyera
quedara pagado.*

Causa el no quererme,
mal que pone espanto,
mas esto no es tanto,
como no creerme.
Y aunque padeciera
más que el más penado,
*con que se creyera
quedara pagado.*

Gila, no es posible,
si mi mal creyese,
que no la moviese
pena tan terrible.
Y aunque esto no hubiera,
para un desdichado
*con que se creyera
quedara pagado.*

Descubro el tormento
que me es enemigo,
y a cuanto le digo
me dice que miento,
y el mal que sufriera
más desesperado,
*con que se creyera
quedara pagado.*

Dice que es fingida,
falsa y cautelosa
la pena rabiosa,
que acaba mi vida.
Y de esta manera,
mi mal es doblado,
que si me creyera
quedara pagado.

Mostrando a sus ojos
el mal descubierto,
llama el penar cierto,
fingidos enojos.
Y si yo muriera,
de muy lastimado,
*con que se creyera
quedara pagado.*

Epístola en estancias

Señora mía, el celestial semblante,
los ojos de ira o de piedad cargados,
del pecho la dureza de diamante,
y esos desdenes tan desesperados.
Sin la muerte, no habrá fuerza bastante
para que no den vida a mis cuidados,
ni tendré yo más bien ni más consuelo,
que al Sol de vuestra vista, ser de hielo.

Alegrará mi espíritu cansado
de vuestro acento el son y la dulzura,
y cuando fuere a muerte condenado
por vuestra boca me será ventura.
Que a vivir tan contento en tal estado
vuestro ser me enseñó, y mi desventura,
siendo para mí mal voz de Sirena,
yo, el navegante en cuya oreja suena.

Cuando ponga entredicho al bien de veros
suspendiendo a los ojos esta gloria,
porque la tenga el alma he de teneros
presente como siempre en la memoria.

Serame ya imposible no quereros,
y aunque sin esperanza de victoria
he de seguir, señora, esta porfía,
con saber que os ofende por ser mía.

Veros entretener con mis tormentos
y ver al descubierto los engaños
que con tan aparentes movimientos
he visto conjurados en mis daños,
ver acogidos mal mis pensamientos,
y de mi muerte tantos desengaños,
no podrán en mi fe causar mudanza,
aunque corten el paso a la esperanza.

Esa tirana furia, esa dureza
que veo de mi morir tan deseosa,
y esas divinas prendas de belleza,
de quien la luz del Sol está envidiosa.
Ese desdén airado, esa aspereza
con que sois tan cruel como hermosa
me tienen tal (con ser tan ofendido)
que no es posible verme arrepentido.

Bien conozco que soy la mariposa,
que en torno a vuestra luz muerte procura,
hormiga que con alas codiciosa
sube solo a buscar su desventura.
Nave que con el viento presurosa
va a deshacerse en una roca dura,
y que Medusa para mí habéis sido
con que he de ser en piedra convertido.

Con plomo sé que labro en el diamante
de ese hermoso, ingrato y duro pecho,

que para enternecerle no es bastante
verme morir en lágrimas deshecho.
Y de quien me desama, eterno amante
soy y seré, del mal tan satisfecho,
que siendo cera a vuestro ardiente fuego
sin él, me faltarán vida y sosiego.

Vos sois mi claro Sol resplandeciente,
yo la flor que le sigue de manera,
de do muestra su luz hasta el poniente
que parece con él que nazca y muera.
Vivir sin vos, Amor, no me consiente,
y acabe yo en el punto que tal quiera
que en veros está el fin de mis enojos,
con ser de basilisco vuestros ojos.

Nunca faltara el fuego de mi pecho
con esas luces bellas encendido,
ni deseara salir de tanto estrecho
el corazón cansado y afligido.
De mi mal nunca menos satisfecho
me veré hasta verme consumido,
ni el alma cuando más desconfiado
viviere, acogerá nuevo cuidado.

A la rara beldad nací sujeto,
que en vos la mano soberana puso,
y el fuego de esos ojos, lo imperfe[c]to
que un tiempo tuve, acrisoló y compuso,
en sola vuestra vista me quieto
que esto el hado y amor en mí dispuso
que si mil ocasiones al encuentro
salieren, pase a vos que sois mi centro.

Con ver mi daño en tantas cosas cierto
navego por el mar de mis pasiones
sin que espere mi nave tomar puerto
contratada de tantas sinrazones.
Durará el porfiar hasta ser muerto,
que no es bien tan honradas pretensiones,
acabarlas primero que la vida,
que perdiéndose en esto es bien perdida.

Vos sois la luz, yo el aire que ilustrado
con ella, muestra en sí varios colores,
primavera sois vos, yo soy el prado,
que con verle cubrís de bellas flores.
Vos sois gloria de amor, yo condenado
al infierno de vuestros desfavores,
vos de mi libertad sois el destierro,
y sois la piedra imán, yo soy el hierro.

En vuestros ojos he de ver mi cielo,
el gusto de mi alma en vuestro aviso,
temblaré con el fuego, arderé en hielo,
contemplando ese dulce paraíso.
Y cuando me acabare el desconsuelo
dichosa muerte pues Amor me quiso
hacer, señora, un bien tan soberano
que me vea yo acabar por vuestra mano.

Ajena

*De vos y de mí quejoso,
de vos, porque sois esquivia,
y de mí, que nunca viva
si mi mal deciros oso.*

Glosa propia

Si hay más querer del posible,
ya yo os quiero en aquel más
que se acerca a lo imposible,
y es mi dolor insufrible
como mi fe sin compás.
Vuestro desdén riguroso,
y mi cuidado amoroso
me hacen desesperar,
y por esto vengo a estar
de vos y de mí quejoso.

Y he venido a conocer
de infinitos desengaños,
que con ser tal mi querer
puede solo merecer
que os entretengan mis daños.
Pues con presunción altiva
holgáis cuando se me priva
el bien de os poder mirar,
y no hay otro que esperar
de vos, porque sois esquivia.

Solo conmigo, señora,
mostráis el desabrimiento
inventando cada hora
contra un alma que os adora
mil géneros de tormento.
Y para que yo reciba
rigurosa muerte esquivia,
procuráis, con varios modos,
decir mil bienes de todos,
y de mí, que nunca viva.

Y estoy tan acobardado
de ver vuestra condición,
que vivo desesperado,
combatido del cuidado,
del miedo y de la aflicción.
Y aunque el dolor trabajoso
me tiene tan congojoso
que me acaba el sufrimiento,
nunca yo tenga contento
si mi mal deciros oso.

Epístola pastoril

Hemosísima pastora
a quien dé Dios la ventura
igual con la hermosura,
y la gracia que en ti mora.

Oye un rendido pastor,
que en amarte se entretiene,
y en el alma ya no tiene
parte do quepa el dolor.

Mira que de su ganado
está olvidado por ti,
y que se olvida de sí
por no olvidar tu cuidado.

No harás mucho en oír,
aunque su mal no te duela
al que nunca se desvela,
sino en saberte servir.

Y aunque de vivir penando
baste por satisfacción

tener, zagala, ocasión
de estarte un punto mirando.

Muéstrate ahora en pagarle
un poco más liberal,
no en dolerte de su mal,
sino en querer escucharle.

Y con solo este contento
tendrá por dulce partida
apartarse de la vida
por darte contentamiento.

Que si le debes tener
de que con presteza muera,
pues no has querido siquiera
lo que te quiere saber.

Mira que muere sin culpa
sino es de este atrevimiento,
de quien es causa el tormento,
y tu belleza disculpa.

Y mira que fe tan pura
nunca la tuvo zagal,
y que es tanta, que es igual
casi con tu hermosura.

Qué ganarás en su muerte
sino perder un amigo
que es ya mortal enemigo
de sí mismo por quererte.

No te pido que me quieras,
ni que mi tormento amanse,
sino que en mí no te canse
quererte con tantas veras.

Porque nadie imaginara
que esto pasara por mí,
que temo perderte a ti
con lo que a muchas ganara.

Y no me da Amor lugar
para dejarlo de hacer,
que nadie sabré temer
sino el que supiere amar.

Mira a lo que me condena,
zagala, mi desventura,
que no pido más ventura,
sino que escuches mi pena.

Porque el cielo me destruya,
si en mi mal consuelo espero,
si no que sepas que muerdo
y que es esto a causa tuya.

Y no habrá mal que me ofenda,
con un bien tan soberano,
como acabar por tu mano
y que el mundo así lo entienda.

Que son males tan sabrosos,
los que causas con el verte,
que he de tener de mi muerte
muy gran suma de envidiosos.

Y no sentiré el morir
por lo que da de pasión,
sino porque es ocasión
de no poderte servir.

Y si fueres tan esquiva
que con saber que es así,

por no servirte de mí,
quisieres que yo no viva.

Porque más contentamiento
te dé mi muerte después,
solo te pido que estés
presente al enterramiento.

Y si disgusto entendiera
que allí pudieras tener,
por dejarte de ofender
aun esto no te pidiera.

Canción

Salía repastando,
al tiempo que ya Febo parecía,
sus orientales rayos esparcido,
Gila rodeando
las mansas ovejuelas que traía,
envidia con su rostro al Sol poniendo.
Rico de despojos,
dejaba dondequiera que pisaba,
el prado que en señal de la alegría,
al volver los ojos,
el soto y la ribera que miraba
de tiernas flores todo se vestía.

Al son de su albedrío,
iba cantando en pos de su ganado
canciones con que muestra su contento,
y lleva tanto brío,
que deja de escucharla enamorado
el prado a quien faltaba entendimiento.

Y luego desatando
de un rico prendedero sus cabellos,
creyendo que ninguno la miraba,
estúvolos peinando,
deteniendo suspensa para vellos
la corriente del agua que pasaba.

Y de la espesura
que estaba allí a la fuente más cercana,
saliendo acaso Silvio a la pradera,
vio la hermosura
de Gila, pastora soberana,
y reparose a verla desde fuera.

Púsose una mano
sobre los ojos con que defendía
su vista de la luz que contemplaba,
y el rostro soberano,
de la misma manera que le vía
en su alma el Amor lo trasladaba.

Y fuera de sentido
el pecho en vivas llamas abrasado,
que el riguroso Amor así lo ordena,
cerca se ha venido,
y llegando en el suelo arrodillado,
le comenzó a dar cuenta de su pena.

Gila, desdeñosa,
sin responder palabra le ha dejado,
y con la alteración que ha recibido,
parte presurosa,
en pago de su fe y de su cuidado,
llamándole mil veces atrevido.

[Versos ajenos]

*Un solo bien que tenía,
fortuna me lo desvía.*

Glosa a estos versos ajenos

Hallé tanto bien en veros,
fue me tan dulce el miraros,
que di el alma por quereros
y fue mi bien regalaros,
y mi gloria entreteneros.
Y con bien tan extremado,
rico y ufano vivía,
mas el Amor y mi hado
de envidiosos me han quitado
un solo bien que tenía.

De la vida me apartaron
que en vuestra vista recibo,
y si el veros me quitaron,
el fuego no me apagaron
que siempre estaré más vivo.
Y aunque por tan firme fe
otro premio merecía,
ya nunca lo esperaré,
porque sin saber por qué
fortuna me lo desvía.

Estancias loando [a] una dama

Si la pluma igualara al pensamiento
y el obrar se ajustara a mi deseo

aún tuviera por gran atrevimiento
encarecer lo menos que en vos veo.
Sé bien que no lo alcanza entendimiento,
mas lo que falta en él por fe lo creo,
Lucida, a quien jamás Amor sujeta,
más que cuantas lo son, bella y discreta.

Donaire, aviso, gala, hermosura,
se halla en vos y el más hidalgo trato,
modestia y soberana compostura,
que son de autoridad vivo retrato.
Valor inmenso, gran desenvoltura,
ornada de honradísimo recato,
gravedad valerosa con llaneza,
que es lustre y perfección de esa nobleza.

Cabellos de quien toma lustre el oro,
frente bella, espaciosa, igual, serena,
ojos que son de Amor rico tesoro,
boca de mil rubís [*sic.*] y perlas llena.
Rostro envidiado del celeste coro,
que las más libres almas encadena,
manos con que el Amor sus flechas tira,
rindiendo sin defensa a quien las mira.

Amor está de vos enamorado,
rendido a vuestros pies manso y beni[g]no,
y nuestro siglo bien afortunado
con tener este extremo peregrino.
Venus muy envidiosa en ver que ha dado
al suelo, en ese rostro tan divino
mucho más perfección que ella contiene,
pues no os iguala a vos lo más que tiene.

Templo donde se hace el sacrificio
al Amor de las almas libertadas,

ilustre fundamento al edificio
de las bellezas más aventajadas.
Rendir almas tenéis por ejercicio,
y dejarlas después desesperadas,
que aunque es divina vuestra hermosura
la condición es más que piedra dura.

Soneto

Después que consintió mi dura suerte
que yo fuese del ciego Amor herido,
la muerte a largo paso me ha huido,
como si viera en mí otra nueva muerte.

Si la llamo, a mi voz jamás advierte,
y con tapar el uno y otro oído,
gasto en llamarla tiempo mal perdido,
y en mí nunca se gasta el dolor fuerte.

Por ninguna ocasión pienso que huye
con paso presuroso mi presencia,
y a mi ruego jamás no se convierte.

Sino porque del mal que me destruye,
teme que si le da la pestilencia
ella se ha de morir, y yo ser muerte.

Epístola

Hermosísima María,
de la belleza crisol
de quien la recibe el Sol,
que la da al cielo y al día.

Quieres ver si te pagué
el bien de haberte mirado
que el alma por el cuidado
de regalarte troqué.

Mi bien será obedecerte
en todo lo que ordenares,
salvo si no me mandares
que me olvide de quererte.

Mas esto no puede ser,
si no dejo de ser yo,
que quien una vez te vio,
forzoso te ha de querer.

En otras hay hermosura,
pero sin gracia, ni aseo,
mas yo en ti cifrado veo
cuanto puede dar ventura.

Y nunca en nada la tenga
el que una vez te mirare,
y en viéndote no dejare
todo cuando le entretenga.

Tus ásperos desengaños
son al alma muy sabrosos,
porque darlos amorosos
no saben tan pocos años.

Sabré yo al menos creer
que para ser bien amada,
belleza tan extremada
nunca nació de mujer.

Y esas hermosas lazadas
de cabellos son tesoro

de amor, y grillos de oro
de las almas libertadas.

No hay indias como tu boca
de rubís [*sic.*] y perlas llena,
y la belleza terrena
si se le compara es poca.

Yo no tengo qué ofrecerte,
porque al punto que te vi,
todo cuanto pude di,
y aun no pagué bien el verte.

Y con qué poder servirte,
si alguna cosa quedara,
y del verte se escapara,
me la quitara el oírte.

Todas podrán envidiarte
que nada hay hecho a tu modo,
porque eres tú en todo el todo,
y todas las otras, parte.

Y en mí sobraré el contento,
con que una vez en el año
me des algún desengaño,
que te doy contentamiento.

Y esto de gracia ha de ser,
porque por obligación,
el alma y el corazón
quien te vio queda a deber.

Mas estará loco y ciego
el que a mirarte llegó,
si un momento suspendió
para no pagarte luego.

Goce yo de ver tus ojos
que por lo que en esto gano
el mayor bien de otra mano
trocaré por tus enojos.

Parece que cada día
nuevas bellezas te veo,
con ver antes mi deseo,
con cuanto pedir sabía.

Yo no sé más que mirarte
y contentarme con verte,
que si quiero encarecerte,
en efecto es agraviarte.

La misma imaginación
queda atrasada y con mengua,
pues qué harán pluma y lengua,
contando tu perfección.

Yo sola una cosa sé
con que tu belleza entiendo,
que en lo que no comprendo
me aprovecho de la fe.

Y mira lo que mereces
y si es dichosa mi suerte,
que nadie podrá quererte
también como tú pareces.

Y aunque es grande la fe mía,
hermosísima zagala,
si te dijese que iguala
a tu beldad, mentiría.

Yo cuanto puedo te quiero
mas no lo que tú mereces,

y aunque en verte me enloqueces
por enloquecerme muero.

Y no debes de cansarte
de que me atreva escribirte,
pues nunca pienso pedirte
sino el gusto de mirarte.

Estancias a los celos

Sabe el amor que no hubiera nacido
ningún hombre en la tierra más dichoso
que yo, si cuando soy favorecido,
pudiese irme a la mano en ser celoso.
Cualquiera no sé qué, vano, fingido,
me perturba el sosiego y el reposo,
y del placer que apenas he gozado,
doy siempre este subsidio y excusado.

Espíritus me toman por momentos
cuando me pongo a componer quimeras,
y de muy desvalidos pensamientos
hago en mi daño peligrosas veras,
llamando los favores cumplimientos,
y la verdades muestras lisonjeras,
y en cualquier menudencia me detengo,
porque estoy loco, o no sé qué me tengo.

No hay mula de alquiler que así se asombre
como un ciego temor a mí me asombra,
salvaje soy en esto, no soy hombre,
que apenas de razón me queda sombra.
No sea tal condición ponerle nombre,
si necedad acaso no se nombra,

la que me hace cuando no aprovecha
hallar en lo más cierto más sospecha.

Este necio temor los ratos buenos
no me deja gozar como podría,
y siempre con los ojos de agua llenos
traigo puesto entredicho a la alegría.
Soy gusano de seda con los truenos,
que ahorcarse en oyéndolos querría,
y yo de cosas que podría holgarme
por momentos estoy para ahorcarme.

Con cualquier no sé qué me desespero
gozando el bien de la mayor privanza,
yo me hago la guerra con que muero,
y hallo más tormenta en la bonanza.
Es pura condición de majadero
no hacer de quien ama confianza,
estando cierto ya y desengañado
con obras que de veras es amado.

Hago cien mil ofensas a mi dama
en cosas que sin causa temo de ella,
a cualquiera que mira pienso que ama
sabiendo que pensarlo es ofendella.
Yo solo quiero bien a quien desama,
y aborrezco a quien trata de querella,
y muérome de envidia del que mira,
y a Satanás la doy cuando suspira.

Gozando sin medida del contento
no llega a tanto gusto y alegría,
como la pena y el desabrimiento
que me causa cualquiera niñería.

Temo que ha de llevar mi dama el viento,
y como es todo el bien del alma mía
es causa de mi mal y de ofenderla,
amarla y tener miedo de perderla.

Epístola

Señora, nombre no hallo
que iguale a mi sentimiento,
que si le llamo tormento,
entiendo que es agraviallo.

Porque daño que tal mano
haya querido hacer,
tormento no puede ser
sino gusto más que humano.

Lllamarle gloria de Amor
tan poco no le conviene,
porque toda la que él tiene
en efecto es muy menor.

Nombre de bien y de mal
a mi sentimiento falta,
que para cosa tan alta
ninguno se halla igual.

Y pues que no se le hallo,
no es mucho no referirlo,
bástame saber sufrirlo
aunque no sepa nombrallo.

Y de aquí puedo inferir
que ningún hombre llegó
al punto que llego yo,
sin acertarlo a decir.

Que sentimiento sin nombre
sola vos le habéis causado,
y si a vos es comparado,
no hay porqué nadie se asombre.

Que el valor y hermosura,
vuestro como fue sin par
solo ha podido causar
efectos de esta hechura.

Y yo vivo descuidado
viéndome preso y rendido,
de poder ser socorrido
de vuestra mano y curado.

Que si el enfermo no puede,
ni sabe decir su mal,
es forzoso estando tal
que sin remedio se quede.

Y esto a mí no me da pena,
que se deje de curar,
porque no quiero sanar
de herida que es tan buena.

Y nunca del alma mía
tan venturoso bien pase,
que en el punto que sanase,
entiendo que moriría.

Sola una cosa quisiera
para vivir muy contento,
que parte de lo que siento,
señora, se agradeciera.

Pues no se sufre pedir
que más merced me hagáis,

sino que me agradezcáis
la voluntad de serviros.

Que con penar y querer,
no piense nadie obligaros,
pues al gusto de miraros,
se queda todo a deber.

Y aquesta merced que pido
pues no ofende a vuestro ser
bien se me puede hacer
por humilde y comedido.

Índice

Prólogo al *Tesoro* de Padilla /5

Nota previa: criterio editorial /23

Una bibliografía pasiva básica /28

El Rey /33

Carta dedicatoria /35

[Prefacio del autor] /37

Soneto de Pedro Laínez al autor /39

Soneto del Maestro Juan de Vergara al autor /40

Soneto de Rui López de Zúñiga, Catedrático de Cánones
en la Universidad de Alcalá, al autor /41

Soneto de López Maldonado al autor /42

Soneto del doctor Francesco Fortunato de Patti al autor /43

Del Medesimo /44

Soneto del Maestro fray Antonio Suárez al autor /45

Versos latinos del mismo /46

Canción en alabanza de una dama /47

Soneto /53

Discurso en redondillas, de un galán desfavorecido /53

Carta en tercetos asegurando a su dama que nunca dejaría
de quererla /57

Villancico /58
Canción en alabanza del gusto que tiene sirviendo mujeres
principales /60
Ajena /63
Glosa propia /64
Fábula de Adonis y Venus, en estancias /66
Villancico /68
Tercetos /69
Glosa del romance de Gaiferos /72
Estancias a la libertad de la esposa de Gaiferos /76
Romance siguiente de la historia /78
Liras prosiguiendo /79
Segundo romance prosiguiendo /80
Estancias con que se concluye la historia /82
Soneto /83
Carta en redondillas /84
Estancias de un pastor desesperado que, viéndose cercano
a la muerte, declara las mandas de su testamento /87
Romance /90
Carta de Xarifa al Rey de Granada /91
Romance segundo prosiguiendo la historia /93
Carta del Rey de Granada a Xarifa /93
Romance con que se da principio a un coloquio pastoril /97
Coloquio en redondillas prosiguiendo la historia /101
Segundo romance prosiguiendo /102
Canción de Gila siguiendo el mismo suceso /103
Tercer romance al mismo propósito /104
Canción entre Pelayo y Gila /105
Cuarto romance prosiguiendo /106
Villancico siguiendo el propósito /108
Quinto romance prosiguiendo /109
Villancico desengañando a Silvia /110
Canción siguiendo el suceso /110
Villancico en que Gila desengaña a Pelayo /112
Sexto romance prosiguiendo /113

Villancico en que Silvia desengaña a Antón /114
Redondilla con que se acaba el coloquio pastoril /115
Villancico /115
Liras a una dama que dudaba en la voluntad del que la servía /116
Elegía en tercetos de un amador desesperado /119
Ajena /122
Glosa propia /122
Canción /124
Soneto /127
Carta en redondillas de un galán que se disculpa con su dama
por haberle ser forzoso decir su pena /127
Soneto /131
Estancia propia y glosa del autor /132
Glosa /132
Soneto a una señora que se puso un día, delante de un su servidor,
un almilla de acero /134
Soneto /135
[Verso ajeno] /135
Glosa propia a este verso ajeno /136
Ajena /137
Glosa propia /137
[Verso ajeno] /139
Glosa de contrarios efectos amorosos /139
Verso ajeno /141
Glosa propia /141
Redondillas a una dama que salió al campo un día en que hubo
gran concurso de gente /143
Versos ajenos /145
Glosa propia /145
Soneto /147
Romance /147
Glosa /148
Retrato en estancias /153
Carta en redondillas /156
Estancias, glosando este verso ajeno /159
Glosa propia /159

Canción de firmeza /161
Ajena /164
Glosa propia /164
Romance pastoril /165
Estancias estando ausente /166
Segundo romance que prosigue /168
Estancias /169
Ajena /171
Glosa propia /171
Discurso en redondillas haciendo comparación en contrario sentido
de los efectos del alma a los de una dama /173
Soneto de un caballero a quien había una señora imposibilitado
en verla /176
Ajeno /177
Glosa propia de este verso /177
Carta en redondillas /178
Liras retirándose de querer por haber sido mal pagado /182
Carta en redondillas donde se tocan de paso las amorosas
transformaciones de Júpiter /185
Estancias glosando este verso /191
Glosa /191
Carta en redondillas, satisfaciendo a una dama,
en una celosa sospecha /193
Estancias glosando este verso ajeno /196
Glosa /197
Estancias glosando este verso ajeno /198
Glosa /198
Versos ajenos /199
Glosa propia /200
Carta en redondillas encareciendo la belleza de una dama /202
Carta en tercetos, estando un galán ausente de su dama /203
Carta pastoril en redondillas /205
Soneto /208
Soneto /209
Estancias a una partida /209

Estancias /212

Villancico /214

Tercetos en que a una dama muy esquivia promete el que la servía
una constante firmeza /215

Soneto /217

Soneto /217

Liras en que se proponen algunas dudas de los varios
efectos de Amor /218

Ajena /220

Glosa propia /220

Ajena /221

Glosa propia /221

Ajeno /223

Glosa propia /223

Ajeno /225

Glosa propia /225

Carta a una dama que en una carta puso al remate,
vuestra enemiga /226

Canción /229

Glosa /229

Carta en lirás /232

Carta en redondillas a una dama que dejó de hacer a un galán
el acogimiento que solía, por una falsa información
que le hicieron /233

Ajena /241

Glosa /241

Soneto Lleva este soneto el nombre de una dama en las primeras
letras /243

Carta a una dama que habiendo recibido un papel, le puso
en el pecho /243

Discurso de firmeza entre el Amor y un Enamorado /247

Canción /250

Canción en alabanza de una dama /252

Liras de un pastor enamorado y desfavorecido /256

Romance en loor de unos hermosísimos ojos, en el cual,
fingiendo una metáfora, se muestran algunos efectos
de la razón y la voluntad /259

Villancico /262

Romance de una pastora ingrata y mudable /263

Villancico /265

Estancia de Garcilaso /266

Glosa propia /267

Canción /269

Carta en estancias a una dama que estaba ausente /270

Canción ajena /273

Coplas propias /273

Soneto /274

Estancias /275

Estancias en diálogo con la muerte /277

Estancias /278

Glosa /279

Estancias a este verso ajeno /280

Glosa propia /280

Estancias respondiendo a la ordinaria pregunta: ¿cuál es la más
digna de ser amada, mujer fea y discreta, o hermosa y necia? /282

Estancias a una dama muy libre y muy desenvuelta /284

Soneto /285

Estancias a una dama habiéndosele de ausentar el que amaba /286

Redondillas en que un galán muestra a su dama las razones
que tiene de favorecerle /288

Verso ajeno /292

Glosa propia /292

Villancico /294

Canción ajena /294

Glosa propia /295

Ajena /296

Glosa propia /297

Estancias /298

Villancico ajeno /300

Coplas propias /300
Romance pastoril /301
Estancias prosiguiendo /303
Segundo romance con que se acaba este discurso /304
Redondillas en las cuales se pinta la firmeza de un pastor
y el retrato de su pastora /305
Villancico /308
Carta en redondillas a una mujer morena /310
Epístola en estancias /313
Romance pastoril /315
Versos ajenos /316
Glosa propia /316
Estancias /318
Villancico /320
Romance pastoril con un diálogo entre dos pastores /321
Soneto /322
Canción /323
Estancias en diálogo y glósase el último verso en todas ellas /324
Redondillas con que se pone fin a este discurso /326
Discurso en tercetos en una ausencia /327
Epístola en tercetos de un galán muy deseoso de mostrar a su
dama en muchas ocasiones cuán de veras deseaba servirla /330
Romance de Paris y Helena /332
Epístola de Paris a Helena /334
Segundo romance en que se prosigue y acaba la historia /337
Redondillas /338
Letra ajena /340
Glosa propia /340
Ajena /341
Glosa propia /342
Discurso en estancias amorosas /343
Soneto /344
Epístola en estancias /344
Discurso en tercetos contra los que prefieren al Amor el interés /347
Discurso en estancias de un pastor a quien por otro había negado
su pastora /349

Estancias glosando en los primeros y últimos versos dos tercetos
ajenos /351

Redondillas en que se compara la pena de un amante
a las que los poetas fingieron que padecen algunos
en el infierno /352

Epístola en redondillas /355

Discurso en estancias que un pastor enamorado hace
con un retrato del Amor /358

[Verso ajeno] /361

Glosa en diálogo /361

Romance de los celos que a Fátima pidió Xarifa /363

Villancico /365

Canción ajena /366

Coplas propias /366

Canción /367

Canción ajena /370

Glosa propia /370

Villancico /371

Estancias a una partida /372

Redondillas al Amor /377

Villancico /378

Epístola en estancias /380

Ajena /383

Glosa propia /384

Epístola pastoril /385

Canción /388

[Versos ajenos] /390

Glosa a estos versos ajenos /390

Estancias loando [a] una dama /390

Soneto /392

Epístola /392

Estancias a los celos /396

Epístola /398

Esta edición de 500 ejemplares de
TESORO DE VARIAS POESIAS
de
Pedro de Padilla
tomo I,
Versión actualizada, prólogo
y notas de
Virgilio López Lemus
se terminó de imprimir en
junio de 2006.

La supervisión de la producción estuvo a cargo de
Alfonso Sánchez Dueñas

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel cultural,
la portada sobre cartulina sulfatada.

Impreso en los talleres de
Impresora Mexfotocolor. S. A. de C. V.
Calle Hidalgo No. 25
Colonia Aragón
07000, México, D. F.